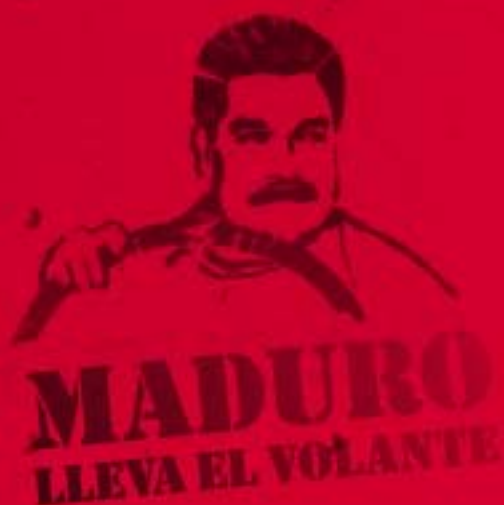


CUARTA SERIE

EXPLORADOR VENEZUELA 3



LE MONDE
diplomatique

Un país en pugna

Nos importa el crecimiento
de nuestro país.

En PAE, estamos presentes en las cuatro principales cuencas de la Argentina. Allí desarrollamos yacimientos de gas y petróleo convencional y no convencional.

En el último año:

- Invertimos 1.500 millones de dólares.
- Incrementamos la producción de hidrocarburos y el nivel de las reservas.
- Generamos trabajo para 13.000 personas.

Nos importa Argentina.
Por eso, hacemos.

Pan American
ENERGY

www.pan-energy.com

VENEZUELA EXPLORADOR

LE MONDE
diplomatique

3

CUARTA SERIE

Un país en pugna

Edición

Pablo Stancanelli

Diseño de colección

Javier Vera Ocampo

Diseño de portada

Javier Vera Ocampo

Diagramación

Ariana Jenik

Edición fotográfica

Pablo Stancanelli

Investigación estadística

Juan Martín Bustos

Corrección

Alfredo Cortés

**LE MONDE
DIPLOMATIQUE**

Director

José Natanson

Redacción

Carlos Alfieri (editor)

Pablo Stancanelli (editor)

Creusa Muñoz

Luciana Garbarino

Laura Oszust

Secretaria

Patricia Orfila

secretaria@eldiplo.org

Producción y circulación

Norberto Natale

Publicidad

Maia Sona

publicidad@eldiplo.org

www.eldiplo.org

**Redacción, administración,
publicidad y suscripciones:**
Paraguay 1535 (C1061ABC)
Tel.: 4872-1440 / 4872-1330

*Le Monde diplomatique /
Explorador* es una publicación de
Capital Intelectual S.A. Queda
prohibida la reproducción de
todos los artículos, en
cualquier formato o soporte,

salvo acuerdo previo con

Capital Intelectual S.A.

© Le Monde diplomatique

Impresión:

Forma Color Impresores S.R.L.,

Camarones 1768, C.P. 1416ECH

Ciudad de Buenos Aires

**Distribución en Cap. Fed.
y Gran Buenos Aires:**

Vaccaro Hnos. Representantes

editoriales S.A. Entre Ríos 919,

1º piso. Tel.: 4305-3854

C.A.B.A., Argentina

Distribución interior y exterior:

D.I.S.A. Distribuidora Interplazas

S.A. Pte. Luis Sáenz Peña 1836

Tel.: 4305-3160

C.A.B.A. Argentina

Le Monde diplomatique (París)

Fundador: Hubert Beuve-Méry

Presidente del directorio y

Director de la Redacción:

Serge Halimi

Jefe de Redacción:

Philippe Descamps

1-3 rue Stephen-Pichon,

70013 París

Tel.: (331) 53949621

Fax: (331) 53949626

secretariat@monde-diplomatique.fr

www.monde-diplomatique.fr

INTRODUCCIÓN

Antes y después de Chávez

por Pablo Stancanelli

La irrupción de Chávez en la política venezolana marcó un quiebre en la historia del país. Pero la crisis que azota a la nación caribeña muestra continuidades con el régimen anterior y amenaza su legado.

“Yo fui pobre desde siempre. Y cuando te digo siempre, es siempre; un siempre donde están mis papás, y los papás de mis papás y los papás de los papás de mis papás y así hasta el infinito, todos pobres, jodidísimos. Creíamos que la pobreza era para siempre, que era algo que estaba en nuestra naturaleza, pues. [...] Nosotros sentíamos que no éramos nadie, que no teníamos valor, que no importábamos. Y eso fue lo que cambió Chávez. Eso fue lo que nos dio. [...] Chávez me enseñó a ser yo y a no tener vergüenza.”

Estas palabras, pronunciadas por un personaje de la novela *Patria o muerte* (1), del escritor Alberto Barrera Tyszka (pág. 77), pertenecen al mundo de la ficción, pero podrían haber brotado de la boca de cualquiera de los millones de venezolanos que a lo largo de las últimas dos décadas abrazaron la Revolución Bolivariana liderada por el “comandante presidente” Hugo Rafael Chávez Frías. Su sentido, probablemente el mayor logro de ese proceso, eleva a Chávez al panteón de héroes populares latinoamericanos.

Pues si de algo no existen dudas es que, con sus aciertos, errores y contradicciones, Chávez fue y será una figura ineludible de la historia regional de fines del siglo XX y principios del siglo XXI. Fuerza motriz del giro político suramericano a fines de los noventa, embistió contra el dogma neoliberal imperante y sacó de su letargo vergonzante a las izquierdas afectadas por el derrumbe soviético, devolviendo a muchos, incluidos aquellos que recelaban de su pasado militar y golpista, el entusiasmo y la esperanza.

Chávez se lanzó a la carrera presidencial al salir de prisión en 1994, sobrepasado por el presidente Rafael Caldera, dos años después de saltar a la vida pública nacional, el 4 de febrero de 1992, cuando tras liderar un golpe fallido contra el entonces presidente socialdemócrata Carlos Andrés Pérez, pidió por televisión a sus compañeros rendirse, al tiempo que afirmaba que sus objetivos no habían sido alcanzados... “por ahora”.

Éstos consistían básicamente en poner fin a la IV República, emanada del Pacto de Punto Fijo, celebrado tras la caída del dictador Marcos Pérez Jiménez en 1958 por los grandes animadores de la vida política venezolana de la segunda mitad del siglo XX: Acción Democrática (AD) y COPEI. Dos partidos que mantuvieron a la nación caribeña en una situación de excep-

cionalidad democrática para la región, alternándose en el poder, repartiendo cargos y prebendas, sacando provecho del fabuloso maná petrolero nacionalizado en 1975. Miembro fundador de la Organización de Países Exportadores de Petróleo, Venezuela creó gracias al oro negro un espejismo de progreso que mantuvo en su cauce al flujo de ciudadanos pobres que se agolpaban en miserables ranchos alrededor de las grandes urbes con la esperanza de disfrutar algo de ese presente griego de la naturaleza que ató al país a su papel de exportador primario e importador suntuoso.

La “siembra del petróleo” pregonada por el intelectual Arturo Usler Pietri en 1936 se reveló infructuosa. Sus beneficios, dilapidados, no sirvieron a construir una industria competitiva. Y cuando, a partir de la década de 1980, la economía ingresó en una espiral de endeudamiento, fuga de divisas, inflación y aumento de la pobreza, Venezuela emprendió la vía neoliberal que llevó a la violenta revuelta popular del 27 de febrero de 1989. Conocida como “El Caracazo”, sorprendió al país a menos de un mes de que Carlos Andrés Pérez iniciara su segundo mandato anunciando un fenomenal plan de ajuste. Ante el aumento de la nafta –servicio básico nacional– y el transporte, estalló la furia. La brutal represión dejó miles de muertos, y marcó el principio del fin del bipartidismo pactado. La corrupción, la desigualdad y la creciente inseguridad se hicieron insostenibles frente a la crisis económica.

Polarización

En ese marco, Chávez se convirtió en el *outsider* que fustigaba al sistema con sus críticas a la corrupción, la globalización y la influencia de Washington. Su origen humilde, su piel mestiza, su rigor militar, su energía y labia inagotables acrecentaron su popularidad. Ganó las elecciones en 1998 con más del 56% de los votos y terminó de enterrar al bipartidismo al jurar sobre la “Constitución moribunda” y convocar a reconstruir la República bajo el signo de Simón Bolívar.

Forjó una nueva Carta Magna, que amplió los derechos ciudadanos, con mecanismos de democracia directa y participativa. Fue elegido nuevamente, y a partir de entonces, amado y odiado por igual –sin matices–, se convirtió en el sol alrededor del cual giró la vida política, económica y social venezolana. Su luz

irradió a los humildes, que fueron incluidos en el debate político y se beneficiaron del auge de los precios del petróleo y la recuperación de PDVSA, un “Estado dentro del Estado”, que volcó inmensas sumas de dinero a “misiones” populares, mejorando notablemente los índices sociales. Su sombra se abatió sobre la antigua burguesía tradicional venezolana, los medios de comunicación concentrados y sobre todos aquellos que se le opusieron, convertidos en “escuálidos”. Éstos vieron enseguida en él a un enemigo e intentaron derrocarlo por todos los medios: golpe de Estado, sabotaje petrolero y un referéndum revocatorio –uno de los instrumentos novedosos de la Constitución–, del que salieron derrotados y desconcertados.

La sociedad se polarizó y Chávez se movió a sus anchas en ese juego. Ganó elección tras elección y, radicalizado, gobernó a voluntad, sin contrapesos, con completo control de la Asamblea Nacional y la Justicia. Llevó a Venezuela por el camino de un inasible “socialismo del siglo XXI”, mezcla de nacionalismo antiimperialista, cristianismo y capitalismo de Estado. Profundizó la participación a través de nuevos poderes comunales, pero su gobierno devino cada vez más verticalista. Creó milicias populares en defensa de la Revolución, militarizando a la sociedad y volcando más armas en un país con niveles alarmantes de violencia. Lanzó innumerables proyectos faraónicos que nunca se concretaron. Y a medida que incrementó los controles del Estado sobre la economía, crecieron también la especulación, la ineficiencia, el contrabando, la criminalidad, la corrupción y una nueva élite satélite, que aprovechó para sacar su tajada de la renta petrolera.

Por sobre todas las cosas, incrementó la dependencia del petróleo. Así, cuando los precios del crudo bajaron bruscamente, en coincidencia con una larga enfermedad que llevó a Chávez a la muerte, la magia se desvaneció. Y los graves problemas que aquejaban a Venezuela antes de su Revolución volvieron a la superficie.

Su sucesor, Nicolás Maduro, heredó un país en recesión, con una inflación desbocada y una grave penuria de alimentos y productos básicos, que amenazan con revertir por completo los logros sociales del proceso. Sufrió a su vez una dura derrota electoral en las legislativas del 6 de diciembre de 2015, cuando la heterogénea coalición opositora reunida en la Mesa de la Unidad Democrática (MUD) alcanzó una amplia mayoría en la Asamblea Nacional, provocando un conflicto de poderes con el Ejecutivo y el Poder Judicial.

Envalentonada por el nuevo giro a la derecha regional, la MUD busca ahora aislar al régimen y sacar a Maduro del poder a través de otro referéndum revocatorio. Pero a pesar de sus divisiones internas, el chavismo mantiene su capacidad de movilización a través de una base social y electoral importante, reflejada en el Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV). El futuro se anuncia cargado de tensiones. ■

1. Tusquets, Buenos Aires, 2015.

SUMARIO

VENEZUELA

Un país en pugna

INTRODUCCIÓN

2| Antes y después de Chávez

Pablo Stancanelli

1. DE LA LIBERACIÓN A LA DEPENDENCIA

Lo pasado

7| La lucha por la libertad

Elena de la Souchère

10| La segunda independencia

Philippe Labreuveux

13| Un “grande” del Tercer Mundo

Jean-Pierre Clerc

17| El bipartidismo pactado

Gustavo Morales

19| Últimos carnavales

Ignacio Ramonet

22| Guerra social

Ignacio Ramonet

25| En el umbral de un gran cambio

Arturo Uslar Pietri

2. EL SUEÑO DE UNA NUEVA REPÚBLICA

Venezuela hacia adentro

31| El enigma de los dos Chávez

Gabriel García Márquez

34| Objetivos de la Revolución

Ignacio Ramonet

37| Golpe de Estado abortado en Caracas

Maurice Lemoine

42| “Revolución en la Revolución”

Renaud Lambert

45| Claroscuros bolivarianos

Ana María Sanjuan

48| Estado y sociedad

Margarita López Maya

51| Crisis y decepción

Pablo Stefanoni

3. LA ESPADA DE BOLÍVAR

Venezuela hacia afuera

57| La “diplomacia de los pueblos”

Daniele Benzi

63| Lucha por el “espacio atmosférico”

Tony Phillips

64| Banco del Sur, ¿liberación o ilusión?

Julio Sebares

66| El despuntar del ALBA

Emir Sader y Riccardo Pravettoni

4. CONTRASTES IRRECONCILIABLES

Lo vivido, lo pensado, lo imaginado

71| La guerra por otros medios

Philip Kitzberger

75| El cinetismo

Jacques Michel

77| Patria o muerte

Alberto Barrera Tyszk

5. EL COLAPSO DEL “ESTADO MÁGICO”

Lo que vendrá

82| La urgencia de otro rumbo

Tomás Straka



1

Lo pasado

DE LA LIBERACIÓN A LA DEPENDENCIA

Tierra de Simón Bolívar, Venezuela cumplió un rol determinante en la independencia de América del Sur. Pero sus ideales de emancipación y unión regional sufrieron las guerras intestinas por el control de un Estado que se modernizó tras el descubrimiento del petróleo. La caída del dictador Marcos Pérez Jiménez en 1958, dio paso a una República bipartidista pactada, excepción democrática en la región, que sucumbió ante el avance de la corrupción, las desigualdades y la violencia social.





Independencia, petróleo, conmoción social

La lucha por la libertad

por Elena de la Souchère*

Cuna de Simón Bolívar, Francisco de Miranda y Antonio José de Sucre, Venezuela desempeñó un papel determinante en las luchas por la emancipación y la unión de América Latina. Pero las guerras de independencia dejaron al país exangüe, presa de fuerzas centrífugas exacerbadas por el descubrimiento del “oro negro”.

Venezuela fue el primer país de América del Sur al que llegaron los españoles. Cristóbal Colón desembarcó en la Isla Margarita y las costas del Golfo de Paria, en el este del país, en 1498, al cabo de su tercer viaje. Un año más tarde, el italiano Américo Vespucio, piloto a bordo de un navío español que había anclado en la entrada del Lago de Maracaibo, observaba las chozas que los indígenas habían construido sobre pilotes. La ciudad, que parecía surgir de las aguas, le recordó a Venecia. Ese paraje conservó por siempre el nombre de “pequeña Venecia”: Venezuela (1).

Sin embargo, la colonización avanzó con extrema lentitud. Recién en el siglo XVII los colonizadores comenzaron a aventurarse en los vastos llanos del interior (260.000 kilómetros cuadrados), donde vivían tribus indígenas. A fines del siglo XVIII y principios del XIX, en los llanos de Portuguesa y Guárico, al pie de la cadena costera, no había más que algunas grandes estancias, que practicaban la cría extensiva de bovinos. El llano aún pertenecía a los indígenas y los misioneros capuchinos y franciscanos, quienes establecieron pueblos de indígenas en los llanos del Orinoco y en la región del delta (misión de Maturín). En ese país de más de 900.000 kilómetros cuadrados, la población apenas alcanzaba las 728.000 personas, incluyendo mestizos, indios y negros. Venezuela, al margen del Imperio, no era más que una zona pionera, claramente subadministrada.

La larga marcha de Bolívar

Los motivos de queja de los criollos de Venezuela eran por lo tanto muchos y diversos. El centralismo de Castilla no admitía siquiera la conformación de asambleas

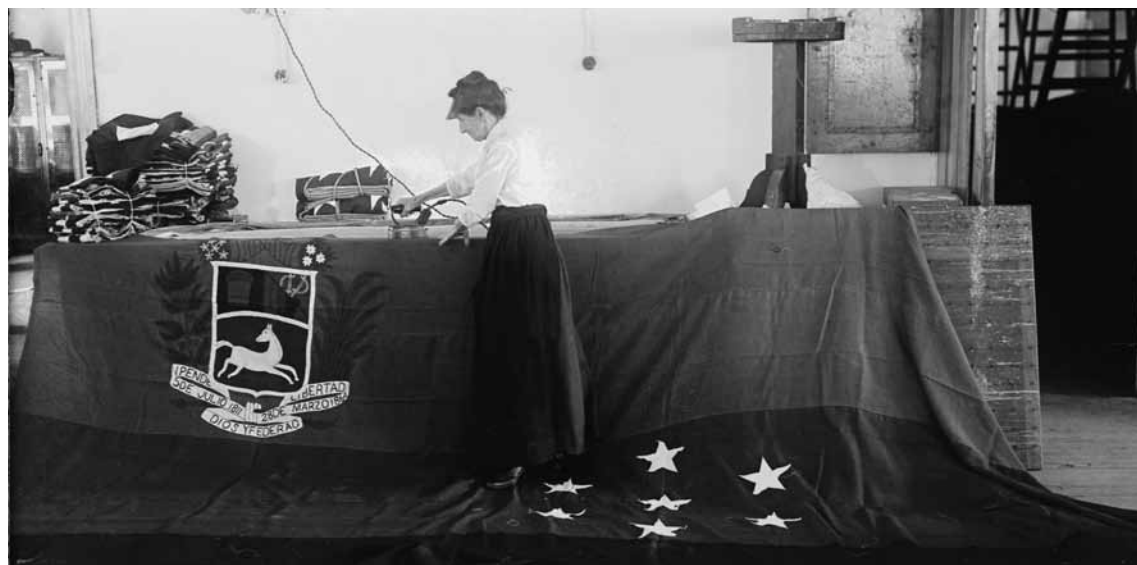
consultivas en los territorios de ultramar y los empleos administrativos estaban reservados a los españoles peninsulares. El monopolio comercial, apenas suavizado en el siglo XVIII, sofocaba el progreso de las colonias, mientras que una rivalidad latente oponía a criollos y chapetones (viejos colonos contra nuevos colonos). A estos reproches, comunes a todas las colonias españolas, se sumaba otro: Venezuela se sentía olvidada por la metrópolis. Todo el sistema administrativo y comercial estaba diseñado en función y a favor de Perú, que cumplía el papel de submetrópolis en América del Sur. No debe sorprender pues que el movimiento por la independencia naciera en Venezuela y Argentina (otra zona pionera), progresara a través de Colombia por un lado y Chile, por el otro, para finalmente llegar a Perú, “liberado” tardíamente y contra su voluntad.

La señal de lucha fue dada por los golpes del ejército napoleónico contra el Estado español, cuya ausencia provocó una explosión de municipalismo. Los miembros del Cabildo de Caracas, reunidos el 19 de abril de 1810 en el gran salón de la Casa Amarilla, decidieron deponer al capitán general y tomar el nombre de “Junta Conservadora de los Derechos de Fernando VII”. El primer paso estaba dado: el Consejo Municipal de la capital se erigió como gobierno regional.

Con la intención de indagar las intenciones del gabinete de Londres (por ese entonces aliada de España contra Napoleón), la nueva Junta de Caracas envió a Inglaterra al hijo mayor de uno de los grandes notables de Venezuela, un joven llamado Simón Bolívar. En la capital inglesa, el joven aristócrata criollo conoció al viejo Miranda, un ejemplo típico de chapetón. →

Héroe de la Revolución

El nombre de Francisco de Miranda se encuentra grabado en el Arco de Triunfo en París en reconocimiento a su participación en combate en 1792 en defensa de la Revolución Francesa. En una carta de agosto de 1792 Miranda afirmaba luchar consciente de la gloria que alcanzarían aquellos que tenían el honor de defender la libertad.

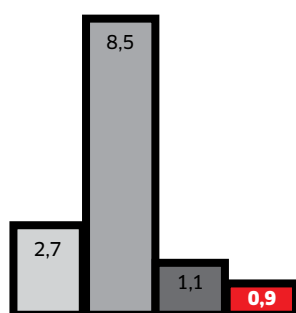


© Bain News Service / George Grantham Bain Collection / Library of Congress

Bandera. Ideada por Miranda, fue reconocida como estandarte nacional el 15 de julio de 1811 e izada por primera vez como tal el día siguiente. La que aparece en esta fotografía porta el escudo de la Constitución del 28 de marzo de 1864.

Territorio

(en millones de km²)



Argentina
Brasil
Colombia
Venezuela

→ La existencia de Francisco de Miranda en la Europa de las Luces estuvo plagada de aventuras: fue desertor de la Armada Española, favorito de Catalina II, general de la Revolución Francesa y recibió pensiones de Rusia e Inglaterra. Francia lo expulsó por agente inglés, pero los ingleses sospechaban que se trataba de un agente francés. A donde iba, vivía en el lujo.

Bolívar y Miranda volvieron juntos a Venezuela y fueron elegidos diputados de la Asamblea Legislativa convocada por la Junta de Caracas. Miranda, que en la París de la Revolución había aprendido de qué modo los clubes podían manipular una asamblea, logró que el 7 de julio de 1811 se votara una moción para proclamar la independencia de Venezuela. Las hostilidades entre las ciudades republicanas y las realistas surgieron de inmediato. Los realistas recuperaron Caracas y detuvieron a Miranda. Acusado de desertor, terminó sus días en una cárcel de Cádiz. Bolívar se refugió en Curaçao, pero no tardó en volver a tomar las armas. En Nueva Granada (Colombia), reclutó voluntarios que se unieron a los emigrados venezolanos. Volvió a su país a la cabeza de una tropa de cuatrocientos hombres. Una “admirable campaña” –que recuerda la primera campaña italiana del joven Bonaparte– lo condujo del exilio al poder en cinco meses. Pero el triunfo fue corto.

Al poco tiempo, la ciudad de Caracas se vio amenazada por el levantamiento de los llaneros, mestizos o indígenas, del interior venezolano. Para los vaqueros de la sabana tropical, el enemigo era el gran propietario criollo. El odio por los hacendados los lanzó al bando contrario: el de la Corona. Su intervención, así como su triunfo, marcaron el momento en que la guerra política, anhelada por los notables criollos, se convirtió en una guerra social y racial.

La victoria de los realistas venezolanos no fue un hecho aislado. La derrota del ejército de Napoleón y la restauración de Fernando VII pusieron fin al fenómeno de “muerte del Estado” que provocó, o al menos permitió, el levantamiento de las colonias. Muchos de los criollos se sometieron y el ejército de la metrópolis no tuvo ninguna dificultad para volver a ocupar sus dominios de ultramar. Bolívar parece haber hecho caso omiso al sentido común al intentar implantar, una vez más, una resistencia armada en Venezuela. Debí pasar dos años difíciles en las sabanas desérticas de Guyana, cerca del delta del Orinoco.

Pero los partidarios más recalcitrantes de España no tardaron en sentirse defraudados por el centralismo de Fernando VII y las luchas entre conservadores y liberales que tenían lugar en la metrópolis. Por otra parte, Inglaterra, que ya no debía mimar a España, envió armas y voluntarios a los insurgentes venezolanos: la paz firmada después de Waterloo había dejado oficiales inactivos en busca de nuevos campos de batalla. Y los propios llaneros se sumaron a la guerrilla gracias a la influencia de un nuevo jefe, el mestizo Páez. En su larga marcha de este a oeste a través de los llanos, los guerrilleros de Bolívar atravesaron los Andes para llevar la guerra a Colombia, lograron adhesiones masivas y ocuparon Bogotá. De regreso en Venezuela, Bolívar obtuvo la victoria definitiva sobre los realistas en la llanura de Carabobo (24 de junio de 1821).

Como presidente de la Gran Colombia (Colombia y Venezuela), Bolívar logró la adhesión de la provincia de Quito (Ecuador) y avanzó sobre Lima. Allí, el Congreso peruano le otorgó plenos poderes. Pero los realistas aún daban lucha en los Andes. El 9 de diciembre de 1824, el teniente favorito de Bolívar, Antonio José de

Sucre, aplastó en Ayacucho al ejército vicerreal, compuesto en su mayoría por criollos peruanos y aymaras.

América Latina era al fin libre, pero ya era presa de fuerzas centrífugas. Bolívar, que soñaba con conformar una vasta confederación, convocó un Congreso en Panamá (1826). Los países del Sur (Chile y Argentina) no se presentaron y los delegados que asistieron se separaron sin haber tomado ninguna decisión. Bolívar comenzó a apoyarse cada vez más en el partido conservador e intentó imponer un sistema dictatorial que detuviera la “balcanización”. Pero el Consejo Municipal de Lima aprovechó una ausencia del Libertador para deponerlo. Uno tras otro, el Alto Perú (Bolivia) y Ecuador proclamaron su independencia: en 1828 y 1830 respectivamente.

La era de los caudillos

Venezuela se adelantó por unos días a la República de Ecuador. La patria de Bolívar estaba exhasuta por los levantamientos de tropas, en ruinas por los préstamos forzados y los venezolanos observaban con amargura que el Libertador, a costa de sus sacrificios, había establecido la capital federal en Colombia. Los descontentos se agruparon en torno al ex jefe de los llaneros, Antonio Páez, quien tomó el poder y convocó un Congreso. El 20 de abril de 1830 se votó la moción que consagraba la “segunda independencia” de Venezuela. Bolívar ya sólo gobernaba Colombia y pronto sería derrocado por la burguesía liberal.

En Caracas reinaba Páez. El ex vaquero, esta vez con el apoyo de las fuerzas conservadoras, dominaría —de manera directa o por intermedio de un presidente— la historia de su país durante más de treinta años. Vencido por las fuerzas liberales del general Falcón tras una atroz guerra civil, debió exiliarse en 1863. Los liberales, que se mantuvieron en el poder hasta 1899, dotaron al país de una Constitución federal. Su figura más influyente, Guzmán Blanco (presidente entre 1870 y 1887), impuso el control del clero y pobló Caracas con extraños edificios neogóticos y neoclásicos.

En 1899, un movimiento surgido en la cordillera de Mérida puso fin al reinado liberal. La insurrección, que se anunciaba conservadora y se declaraba “restauradora”, expresaba las quejas de los pequeños propietarios y campesinos de Táchira, demasiado numerosos para sus valles angostos y sus faldones rasgados por la erosión. En octubre de 1899, Caracas vio cómo salvajes montañeses en harapos entraban en la ciudad e instalaban sus hamacas en los árboles de la Plaza Bolívar. Su jefe, el general Cipriano Castro, se esfumó silenciosamente para dar lugar a su teniente, Juan Vicente Gómez, un mediano propietario que se unió al movimiento con sus ahorros y sesenta peones. Este Páez de las montañas, que se instaló en el poder por treinta y seis años, tenía tres pasiones: las mujeres, las tierras y el dinero.

El descubrimiento de yacimientos petrolíferos le permitió satisfacer sus gustos. Los terrenos se otorgaban sin contrapartida a las compañías extranjeras, que efectuaron una oportuna distribución de sobor-

nos. A medida que el clan Gómez se enriquecía, Venezuela caía cada vez más profundamente bajo la dominación de los trusts estadounidenses. Sin embargo, el auge del petróleo provocó una conmoción social. La avalancha de inmigrantes en busca del oro negro y el aumento demográfico duplicaron la población, que pasó de dos millones y medio de habitantes a principios de siglo a cinco millones en 1945, cuando el reinado de los herederos de Gómez estaba llegando a su fin.

Una nueva institucionalidad

El 18 de octubre de 1945, una sublevación de los adecos (militantes de Acción Democrática, socialdemócrata), apoyados por un grupo de jóvenes oficiales y soldados, derrocó a la dictadura. La Asamblea Constituyente, elegida en octubre de 1946, votó una nueva Constitución y llevó a la Presidencia de la República al ilustre novelista Rómulo Gallegos. Rómulo Betancourt, ex presidente interino quien en realidad conservó el poder, otorgó a los obreros del petróleo aumentos salariales y beneficios sociales. Además, logró que se votara la ley del *fifty-fifty*, que obligaba a las compañías a entregar al Estado el cincuenta por ciento de sus ganancias.

Es por ello que la opinión pública sospecha que las compañías estadounidenses inspiraron el golpe de Estado de noviembre de 1948, que llevó al poder a una junta de oficiales presidida por el joven coronel Delgado Chalbaud y luego por el coronel Pérez Jiménez, un artillero frío y metódico que gobernó el país durante ocho años. El aumento de la producción petrolera le aseguró a Venezuela un período de loca prosperidad.

Pero la opinión pública se mostraba indignada por la corrupción desenfrenada del clan en el poder, la carestía de vida y el contraste entre el lujo de los privilegiados y la miseria de los desempleados de los ranchos. Finalmente, el 23 de enero de 1958, una insurrección puso fin al régimen. Destacamentos de la Marina y la Aviación combatieron junto a los insurgentes. Por ello, la presidencia del gobierno provisorio recayó por derecho en el joven contralmirante Wolfgang Larrazabal. No obstante, éste fue vencido en las elecciones de diciembre de 1958 por Rómulo Betancourt, quien recibió el voto campesino.

Una escisión en Acción Democrática permitió que el candidato del partido demócrata cristiano COPEI, Rafael Caldera, obtuviera la victoria en las elecciones de diciembre de 1968. El nuevo jefe de Estado aplicó una política que no se distinguió demasiado de las de sus dos predecesores, pero puso el acento en la defensa de los intereses del país en materia petrolera. ■

1. Predomina hoy en día la versión de que el nombre “Venezuela” provendría de vocablos autóctonos indígenas, cuyo significado sería “agua grande”, en referencia a la gran laguna de Maracaibo. Véase Eumenes Josué Fuguet Borregales, “El origen del nombre de nuestro país. Veneci-uella es Venezuela”, *El Nacional*, Caracas, 18-11-14.

*Escritora y periodista, fallecida el 8 de junio de 2010. Autora de *Lo que han visto mis ojos*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2007.

Traducción: Georgina Fraser

EMANCIPACIÓN

1811

Independencia

5 de julio: Venezuela es la primera colonia en declarar su independencia de España. Nace la Confederación Americana de Venezuela.

1819

Unión

15 de febrero: Bolívar es elegido Presidente. El 11 de diciembre llama a la Unión de la Gran Colombia (Colombia, Ecuador, Panamá y Venezuela).

1821

Victoria

24 de junio: las fuerzas de la Gran Colombia sellan su victoria sobre los realistas en la batalla de Carabobo. En 1824, Bolívar y Sucre aseguran la independencia sudamericana en Perú.

1830

Separación

6 de mayo: el Congreso Constitucional ratifica la separación de Venezuela de la Gran Colombia y nombra presidente a José Antonio Páez. Sucre es asesinado el 4 de junio. Bolívar muere en Santa Marta el 17 de diciembre.

1845

Reconocimiento

30 de marzo: Tratado de Madrid. España reconoce la independencia de Venezuela.

1975, nacionalización del petróleo

La segunda independencia

por Philippe Labreveux*

El año 1975 constituye un hito en el afán de Venezuela por conquistar la soberanía económica. El 1° de enero, el presidente Carlos Andrés Pérez anunció la nacionalización del hierro. Luego se crearía Petróleos de Venezuela S.A. destinada a manejar a partir de 1976 los recursos petroleros de la nación. En un discurso titulado “Hacia la gran Venezuela”, Pérez declaraba: “Ahora no tendremos excusas para nuestros fracasos”.

“La patria no es el petróleo, el dinero o los negocios”, afirmaba hace apenas algunas semanas [octubre de 1975] el presidente Carlos Andrés Pérez, después de haber puesto en funciones el Consejo Nacional de la Cultura. El CONAC se propone devolverle a Venezuela una imagen de sí misma que perdió con la explotación de los hidrocarburos y el torbellino de los “petrobolívars”. El jefe de Estado está vigorosamente empeñado en utilizar las nuevas riquezas en beneficio del país evitando al mismo tiempo los males que le pueden ocasionar. Al respecto, es significativo que Pérez haya promulgado el mismo día la ley de nacionalización del petróleo y la que establece la creación del CONAC.

Bolívar, Miranda, Sucre: a principios del siglo XIX, Venezuela le dio a América Latina sus libertadores más brillantes, hombres de acción partidarios de las ideas de los filósofos que intentaron iluminar con las “luces” del siglo anterior a un continente todavía hundido en las sombras de la conquista y de una sociedad esclavista cuasi medieval. Con la ayuda de Napoleón, que hostigaba a los españoles en su propia casa, pusieron fin al dominio de los Borbones, pero no a un sistema político y social que se prolongaría hasta la mitad, o casi, del siglo XX.

Entre un momento y el otro, el país se desgastó en sangrientas guerras intestinas. La era de los caudillos feudales recién acabó hacia 1920, cuando el general Juan Vicente Gómez, él mismo caudillo, estableció definitivamente su poder desde los Andes, frontera con Colombia, hasta el Delta del Orinoco al sur y el Lago de Maracaibo al norte. Y fue allí, en el fondo de esas aguas calmas (y hoy contaminadas), que se descubrió el “El Dorado”, el oro negro que perjudicó a los venezolanos tanto quizás como el oro de los incas, de los chibchas y de los pueblos de México a los españoles.

Llegado a Caracas siguiendo los pasos de otro guerrero, Cipriano Castro, el general Juan Vicente Gómez, que, con más de cuarenta años, nunca había salido de su estado natal de Táchira, en las montañas andinas, dirigió durante treinta años al país como su propia hacienda. Siguiendo una tendencia de moda “retro”, historiadores, periodistas y cineastas dirigen actualmente [1975] sus miradas hacia este campesino taimado que modeló el ejército a su imagen y supo, mediante el uso terror y las prebendas, mantener sobre una sociedad agrícola y pastoral un régimen patriarcal que prácticamente nada puso en cuestión.



© Carlos García Rawlins / Reuters / Latinstock

Sólo algunos universitarios alteraron la fiesta del patriarca. Son los que, después de su muerte, asumieron, en el poder o en la oposición, los primeros roles políticos. Rómulo Gallegos, el primer presidente electo en 1946 mediante voto universal, era también el principal escritor de Venezuela. Dos años más tarde fue reemplazado por un triunvirato militar. El hombre fuerte, el general Marcos Pérez Jiménez, dirigiría al país durante diez años: tan implacable como Gómez, dejó en sus adversarios una marca indeleble. Pero no dudó en lanzar a Venezuela al siglo de las autopistas.

Democracia y miseria

No sorprende que después de una historia tan atormentada –Venezuela tuvo veinticuatro Constituciones– las elites políticas rindan culto a la democracia y la estabilidad. Es, junto al petróleo, lo que distingue a este país del resto de América Latina. Desde el derrocamiento del general Marcos Pérez Jiménez en 1958, hubo elecciones a intervalos regulares; los dos partidos principales, Acción Democrática (AD, socialdemócrata) y COPEI (social cristiano) se alternan en el poder. Sus relaciones nada tienen que envidiarles a las civilizadas costumbres de los conservadores y los laboristas. Por encima de las disputas cotidianas, los presidentes Rómulo Betancourt (AD) y Rafael Caldera (COPEI) cumplen el rol de guardianes de las instituciones. Mejor remunerados que en cualquier otra parte de América Latina, e incluso mejor que en Francia, los militares se ocupan de sus tareas específicas.

País único en ciertos aspectos, Venezuela se asemeja en muchos otros a las Repúblicas “hermanas” de la comunidad latinoamericana. La tasa de crecimiento demográfico –2,9%– es ligeramente superior a la media regional, al igual que la proporción de menores de veinte años. Sobre alrededor de doce millones de habitantes, siete millones viven en las ciudades y la población urbana crece más rápido que en otros países. A pesar de la reforma agraria, que en realidad no modificó en absoluto la distribución de la tierra, el campo se despuebla. En Caracas, que se extiende sobre unos treinta kilómetros al fondo de un valle cerrado, la mitad de los habitantes se amontonan en ranchitos colgados de la ladera de la montaña, quizás las villas más miserables de la región.

Según el Ministerio de Planificación, más de dos tercios de la población están subalimentados y la tasa de mortalidad infantil es de 54 [cada 1.000 nacidos vivos]. La mitad de las

viviendas no tiene ni agua corriente ni cloacas; una cuarta parte no tiene electricidad. La tasa de analfabetismo “funcional” entre las personas mayores de catorce años es del 42%. Más del 12% de la población manifiesta síntomas de retraso mental y la proporción llega al 25% entre las clases más pobres. Las disparidades en la distribución de los ingresos se agravan año a año: según Gumersindo Rodríguez, ministro de Planificación, el capital se apropia del 73% de cada unidad adicional de ingreso, dejando solamente el 27% al trabajo.

Nada de todo esto se les escapa a los dirigentes venezolanos, generalmente honestos y lúcidos. “La democracia se juega su última carta”, no dejó de repetir Carlos Andrés Pérez durante la campaña electoral de 1973. Elegido con casi la mitad de los votos, se esfuerza, con el apoyo del partido Acción Democrática, mayoritario en ambas cámaras, de los sindicatos e incluso de la patronal, en redistribuir riquezas e ingresos. Si no lo logra con los recursos extraordinarios con los que cuenta, Pérez corre el riesgo de ser condenado sin circunstancias atenuantes, él, su partido y quizás también el régimen. Todos los políticos son conscientes de la situación y hablan abiertamente o *sotto voce* de la crisis que acecha al país.

Riesgos y responsabilidades

El año 1975, sin embargo, quedará en la historia de Venezuela. El 1º de enero, el gobierno nacionalizó las empresas estadouniden-

Todos los políticos hablan abiertamente de la crisis que acecha al país.

ses que explotaban los yacimientos de hierro, y sobre todo el fabuloso Cerro Bolívar que se alza en medio de la sabana de Guayana. El 31 de diciembre expiran todas las concesiones otorgadas a las transnacionales para explotar los hidrocarburos. El Estado tomará entonces posesión de los activos de las empresas extranjeras, cuyo valor supera los 5.000 millones de dólares, que quedarán bajo la tutela de PETROVEN (Petróleos de Venezuela S.A.); las dos principales, Créole, filial de Exxon, y Shell, se convertirán en MARAVEN y LAGOVEN.

La nacionalización del petróleo marca, según el jefe de Estado, la “segunda independencia” de Venezuela. Es en todo caso un signo de madurez. Audaz pero realista, durante todo el año Pérez no dejó de recordarles a sus conciudadanos las responsabilidades que implica una decisión semejante y también los riesgos que trae aparejados. “Ya no podremos –dice– echarle la culpa de nuestros errores a Estados Unidos o a las transnacionales.”

La expropiación “en frío” de las transnacionales establecidas en Venezuela también hará época en la historia de América Latina. Hasta hace poco tiempo, una decisión semejante con seguridad habría acarreado un conflicto. De la nacionalización del petróleo en México en 1938 a la del cobre en Chile en 1971, la historia de las relaciones interamericanas ofrece numerosos ejemplos de ello. Los tiempos han cambiado. También hay que reconocer que el gobierno de Pérez procedió con prudencia, negociando con las empresas expropiadas para proseguir con una cooperación que se considera mutuamente beneficiosa.

Al mismo tiempo que tomó hacia adentro medidas que habrían podido arrastrar conflictos, el gobierno de Acción Democrática no dudó en apoyar valientemente, junto a sus socios de la OPEP y en el campo del Tercer Mundo, un enfrentamiento lleno de riesgos con los países industrializados, con Estados Unidos a la cabeza. En América Latina, el presidente Pérez se esfuerza en lanzar, al margen del “gran país del Norte”, todos los proyectos de integración. La creación, en el mes de octubre, del Sistema Económico Latinoamericano (SELA), cuya sede estará en Caracas, recompensó esos esfuerzos.

Pero para exigir justicia en las relaciones internacionales, hay que garantizarla en su propio país. Para mantener la fuerza y la unidad de la OPEP, es necesario que sus miembros sepan utilizar con sabiduría las divisas de las que ahora disponen. “El miedo de la OPEP –dice Juan Pablo Pérez Alfonzo, que inspiró su creación– se debe menos a las amenazas de los países industrializados que a la conciencia de las extravagancias cometidas por los países miembros.” ■

*Periodista.

Traducción: Aldo Giacometti



Del buen uso de la solidaridad

Un “grande” del Tercer Mundo

por Jean-Pierre Clerc*

Miembro fundador de la Organización de Países Exportadores de Petróleo, Venezuela fue en los años setenta un actor importante en el seno de las naciones en desarrollo. Su visión del petróleo como un instrumento al servicio de la integración latinoamericana y los intereses del Tercer Mundo se sustentaba en la defensa de la democracia y la búsqueda incansable de convergencias.

El presidente Carlos Andrés Pérez acaba de realizar [mayo de 1977] un viaje de aproximadamente dos semanas a Medio Oriente. Visitó a los jefes de los cuatro Estados junto con los cuales, diecisiete años antes, en Bagdad, Venezuela había fundado la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP): Kuwait, Arabia Saudita, Irán e Irak. La gira de Pérez había comenzado en Qatar, cuyo ministro de Energía, el jeque Abdelaziz Ben Khalifa, es el actual presidente en ejercicio de la OPEP.

Con el fin de viajar a esos Estados de donde proviene una parte apreciable de “todo el oro negro del mundo”, Carlos Andrés Pérez no dudó en alterar un programa que incluía, primero, escalas como Belgrado –la meca de los No Alineados– o París, sede de la Conferencia Norte-Sur.

Es cierto que el objetivo de ese “peregrinaje” al Golfo era importante: para el jefe de Estado venezolano, se trataba nada menos que de intentar “recomponer los vínculos” al interior de la OPEP y favorecer la unificación de los precios del petróleo.

En efecto, desde la Conferencia de Doha, en diciembre pasado [1976], la Organización se encuentra seriamente dividida: once países miembros decidieron, a partir del 1º de enero de este año, un aumento del precio del crudo equivalente al 10%, mientras que otros dos –y no menores, ya que se trata de Emiratos Árabes Unidos y, sobre todo, Arabia Saudita– sólo aceptaron una suba del 5%. La diferencia podría seguir profundizándose, ya que los “once” están dis-

puestos a aplicar, a partir del 1º de julio próximo, una suba adicional del 5%.

Los responsables del sector petrolero venezolano, recientemente nacionalizado, afirman que la diferencia de precios no tuvo, hasta el momento, repercusiones negativas en sus ventas. “Somos uno de los países menos vulnerables a la situación actual –nos explicó Valentín Hernández Acosta, ministro de Energía y Minas–. Gozamos, en efecto, de una reputación excepcional; como proveedor nunca, en sesenta años, interrumpimos nuestras entregas. Eso se sabe, y es valorado por nuestros clientes. Por otra parte, nuestra ubicación geográfica, muy cercana a los grandes centros de consumo, es una gran ventaja. Por último, la variedad de nuestros ‘crudos’ es tal que, siempre se necesita, en alguna refinería, petróleo venezolano.”

Hernández asegura incluso no temer los efectos negativos en las ventas venezolanas de un eventual incremento al 10%, a partir del 1º de julio próximo, de la diferencia entre los precios de los diferentes países productores.

Una voz escuchada

En Caracas, en cambio, se muestran más preocupados por las implicancias geopolíticas de la brecha surgida, en diciembre pasado, en el seno de la OPEP. En efecto, los dirigentes son muy conscientes de que la Organización sólo tiene sentido, credibilidad, o razón de ser si constituye un frente unido. Las naciones →

Inspiración

Según el escritor Ibsen Martínez, durante su exilio en Washington tras el derrocamiento de Rómulo Gallegos en 1948, Juan Pablo Pérez Alfonzo estudió las estrategias de regulación desarrolladas por la División de Gasolina y Crudo de la Comisión de Ferrocarriles de Texas en los años 1920. Allí encontró la inspiración para su propuesta de cuotas de producción que derivó en la creación de la OPEP.

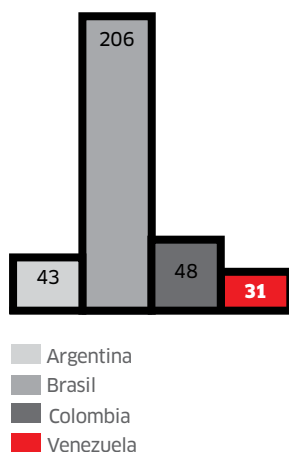


© Watchtheworld / Alamy / Latinstock

Paz. A lo largo de toda su historia democrática, la diplomacia venezolana ha defendido de manera continua al petróleo como un instrumento al servicio de la paz, la solidaridad, el desarrollo y la integración de los pueblos.

Población

(en millones, 2014)



→ industriales –piensan– no van a dejar de ejercer todo su peso para ampliar la fisura surgida en Doha, e intentar así que la OPEP vuele en pedazos.

Para el gobierno de Carlos Andrés Pérez, esta eventualidad –considerada por lo demás altamente improbable– sería, en efecto, catastrófica: “Si bien más allá de su interés estrictamente económico el petróleo es, para los árabes, un arma en su batalla contra Israel, para nosotros, los venezolanos, que no tenemos conflictos con ningún Estado en particular, es un instrumento al servicio de nuestra cruzada por la integración de América Latina y por la defensa de los intereses del Tercer Mundo”, nos explica un analista de la política exterior de Caracas. Ahora bien, son muy conscientes, en esta capital, de que la herramienta de defensa de los ingresos del petróleo es la OPEP.

La fisura surgida en Doha es considerada allí tanto más inoportuna cuanto que debilita la posición del Tercer Mundo en la Conferencia Norte-Sur, cuya última etapa debe desarrollarse a fines de este mes, en París, bajo la presidencia conjunta de Venezuela. En efecto, ¿no es acaso la OPEP un instrumento de presión y un modelo posible para las naciones subdesarrolladas en busca de los medios más eficaces para defender sus materias primas?

Si, más allá de este aspecto coyuntural, uno tuviera que buscar la idea central de una política exterior venezolana muy activa, es sin duda la noción de “solidaridad” la que se impondría. “Todos para uno, uno para todos”, tal podría ser el eslogan de la Casa Amarilla, el

Ministerio de Relaciones Exteriores de Caracas; o incluso: “El altruismo bien entendido”.

Los venezolanos fueron unos de los primeros defensores de esta idea, hoy banal, de que frente a las potencias industriales, las naciones subdesarrolladas –calificadas entonces, púdicamente, de “países nuevos”– debían ponerse de acuerdo, y luego unirse. En 1949, un año antes de la nacionalización del petróleo iraní, una misión venezolana había viajado a Teherán para explicar las razones que habían llevado al primer gobierno de Acción Democrática (AD) a instaurar el principio del *fifty-fifty* (distribución en partes iguales de las ganancias de los hidrocarburos entre empresas y gobiernos).

En 1960, el ministro de Minas del presidente Rómulo Betancourt, Juan Pablo Pérez Alfonzo, iniciaba una gira por las capitales de Medio Oriente con el fin de convencer a los países productores de la región de aliarse contra la política de reducción de precios y entregas masivas implementada por las compañías. El resultado de este esfuerzo sería, el 14 de septiembre de ese mismo año, la Conferencia de Bagdad, donde nació la OPEP.

Desde entonces, Caracas fue siempre uno de los elementos motores –aunque “razonable”– de la Organización, interviniendo a menudo, con discreción, para limar las asperezas entre los Estados ribereños del Golfo. Desde comienzos de los años 70, Venezuela fue superada por Arabia Saudita e Irán como primer exportador mundial de petróleo: su peso evidentemente decreció. No obstante, su larga experiencia petrolera –¡sesenta años de exportación este año!– y

su posición preeminente en el mercado norteamericano le permiten seguir siendo muy escuchada por sus doce socios.

Realismo y generosidad

El espacio geográfico en el cual Caracas aplica prioritariamente su política de solidaridad es, evidentemente, América Latina. El objetivo de "integración" continental que anima a la diplomacia venezolana tiene sus antecedentes históricos: a Simón Bolívar, el Libertador, lo impulsaba la convicción de que el subcontinente sólo adquiriría su independencia globalmente, uniendo sus esfuerzos contra los colonizadores. Este tema de la integración latinoamericana hoy es retomado, de diferentes maneras y con suerte diversa, por los dirigentes de Caracas (1), sin tener en cuenta las diferencias de régimen político, en claro contraste con la antigua "doctrina Betancourt" (2).

Así, Venezuela sigue siendo hoy, a pesar de todas las vicisitudes, el más ferviente defensor del Pacto Andino. Ni el retiro de Chile de esta organización hace algunos meses, ni la reticencia cada vez mayor de Bolivia, ni las dificultades para ponerse de acuerdo sobre las tarifas externas comunes, ni las demoras, incluso los desengaños, en materia de programación sectorial, ni tampoco los retrocesos que hubo que

aventura. Actualmente, el SELA no tiene defensor más activo que Venezuela y su sede se encuentra en la capital de ese país.

Hasta la Organización de los Estados Americanos –sin embargo muy atenta a los deseos de Washington– fue transformada por Caracas en su provecho, en una ocasión al menos, en un instrumento de solidaridad latinoamericana: ¡caso la OEA no condenó, en diciembre de 1974, la Trade Act –ley de comercio exterior–, por la cual el Congreso estadounidense acababa de eliminar a Venezuela de la lista de países que podían aspirar a preferencias tarifarias debido a su pertenencia a la OPEP!

Los dirigentes de Caracas se propusieron además beneficiarse de la posición eminente que les confieren sus recursos petroleros para "impulsar", a nivel mundial, su convicción de que la solidaridad es la única arma eficaz para los débiles. Las Naciones Unidas, en sus diversas formas, son, obviamente, el escenario privilegiado de esta acción. Venezuela es actualmente uno de los miembros no permanentes del Consejo de Seguridad. Tuvo una participación muy activa en los trabajos de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), de la que el actual ministro de Asuntos Económicos Internacionales, Manuel Pérez Gue-

Integración

En febrero de 1973, el gobierno de Rafael Caldera firmó el Acuerdo de Cartagena que ratificó la adhesión de Venezuela al Pacto Andino (actualmente Comunidad Andina de Naciones). Más que una decisión económico-comercial, la postura de Caracas afirmaba la vocación latinoamericana de Venezuela y su apuesta por la integración regional.

Los venezolanos fueron de los primeros en defender la idea de que las naciones subdesarrolladas debían unirse.

consentir sobre puntos tan fundamentales como el tratamiento que debe darse a las inversiones extranjeras: nada al parecer hace tambalear las convicciones comunitarias de los dirigentes de Caracas.

Caracas recién firmó el Acuerdo de Cartagena en 1973 –cuatro años después de sus cinco socios– cuando consideró que la situación de su economía lo permitía. Obviamente, las consideraciones de estricto interés nacional influyeron en gran medida: Caracas no podía ignorar los potenciales mercados ofrecidos por la región andina a una industria cuyos recursos petroleros, multiplicados por tres o cuatro, no podían dejar de estimular. Pero la voluntad de constituir, frente al coloso brasileño y al gigante norteamericano, un espacio hispanohablante integrado, cuya voz pudiera incidir en las negociaciones económicas y los foros internacionales, también explica la voluntad venezolana de defender el Pacto.

Del mismo modo, Carlos Andrés Pérez respondió con entusiasmo a la propuesta del ex presidente mexicano, Luis Echeverría, de crear un Sistema Económico Latinoamericano (SELA) sin Estados Unidos, pero con Cuba. Mejoró la idea inicial, gracias a su sentido muy venezolano del pragmatismo y a los recursos financieros que podía invertir en la

rrero, fue secretario general. El presidente Carlos Andrés Pérez pronunció ante la ONU, en noviembre pasado, uno de los discursos a la vez más "tercermundistas" y más "responsables" que se hayan escuchado jamás en ese recinto.

Venezuela no ofrece sólo discursos. Consciente del impacto que podrían tener, respecto de los países subdesarrollados carentes de petróleo, los ataques de las naciones industriales contra los "nuevos ricos" del "oro negro", Caracas es uno de los defensores más convencidos del Fondo de Solidaridad de la OPEP. Al parecer, este país entendió mejor que otros que el apoyo del Tercer Mundo –elemento vital, a largo plazo, para la supervivencia de la Organización de Países Exportadores de Petróleo– dependía de una política dinámica de ayuda al desarrollo de los países más pobres. Por otra parte, Venezuela depositó parte de sus excedentes financieros derivados del petróleo en organismos tales como el Banco Interamericano de Desarrollo, el Banco Centroamericano de Integración, el Banco del Caribe, la Corporación Andina de Fomento...

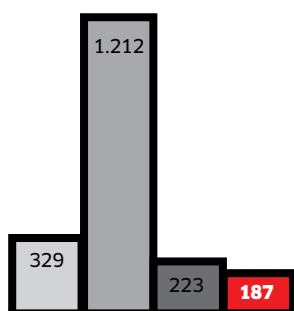
Con esa mezcla de realismo y generosidad que caracteriza a su diplomacia, los dirigentes de Caracas se preocuparon, naturalmente, por prodigar su ayuda a los países más cercanos a ellos, en América →

14 dólares el barril de crudo

Entre 1973 y 1974, el precio de referencia del petróleo pasó de 3,14 a 14,08 dólares, multiplicando los ingresos fiscales del país.

PIB

(2014, en miles de millones de dólares de 2005)



Argentina
Brasil
Colombia
Venezuela

Fronteras

A pesar de su exitosa proyección internacional, en los setenta Venezuela mantenía conflictos limítrofes con Colombia y Guyana, fruto de la pérdida desde su independencia de unos 800.000 kilómetros cuadrados (la mitad de su territorio inicial) a manos de sus vecinos. Persisten diferendos con Colombia en torno al Golfo de Venezuela, y con Guyana respecto de la región del Esequibo.

→ Central, el Caribe y la región andina esencialmente. Tampoco perdieron de vista que el dinero es un producto demasiado preciado para ser distribuido de manera irreflexiva; sus préstamos se hacen, en general, al 8,5%, lo que es considerado poco “amistoso” por algunos de sus pequeños vecinos.

Búsqueda de “convergencias”

El “tercermundismo” de Venezuela presenta sin embargo una particularidad: no se basa en el espíritu de “confrontación”, ¡la pesadilla de Kissinger! Cabe señalar, en tal sentido, que este país no es miembro pleno del grupo de No Alineados [se convirtió en miembro pleno en 1989]; es sólo un observador. Con una paciencia aparentemente inagotable, busca “convergencias” a través del “diálogo” con las naciones desarrolladas. El tono de ese “diálogo” puede a veces ser muy elevado, tal como se vio en la “carta abierta” del presidente Pérez al presidente de Estados Unidos Gerald Ford. Publicado a fines de 1974 en los grandes diarios estadounidenses, este documento del jefe de Estado venezolano criticaba duramente la Trade Act.

Estas convicciones justifican la posición tomada por Caracas en la Conferencia de París sobre Cooperación Económica Internacional. Sin embargo, quedarían indudablemente sepultadas si el diálogo Norte-Sur terminara en un fracaso.

¿Pero Venezuela puede realmente elegir? Bastante parecida en esto a México, está sin duda demasiado cerca de Estados Unidos, es demasiado indispensable –en lo que respecta al petróleo particularmente– para la gran nación del Norte, demasiado dependiente de ésta, también, desde el punto de vista económico (3), para oponerse abiertamente. Los dirigentes de Caracas entendieron que, en la jungla de las relaciones internacionales, es conveniente tratar a las grandes fieras con cierta circunspección. “El Imperio es el Imperio”, reconoce un diputado de la mayoría, respetado cronista de la política internacional de su país. De ahí esa mezcla de nacionalismo, a la vez verbal y muy concreto –¡pensemos en la OPEP!– y de gran prudencia respecto de Washington que caracteriza a la diplomacia de Caracas.

Los venezolanos no imaginaron ni por un segundo, en el otoño boreal de 1973, acompañar a los países árabes en su actitud de boicot a las entregas petroleras. En cambio, Carlos Andrés Pérez se creyó capaz de provocar un grave incidente diplomático con Estados Unidos hace algunas semanas, al ser acusado por *The New York Times* de haber recibido subsidios de la CIA, cuando era ministro del Interior del presidente Betancourt.

Para cualquier observador prevenido, el incidente no podía dejar de recordar esos conflictos familiares donde se puede elevar la voz, sabiendo que nada irreparable podrá jamás ocurrir entre los protagonistas. Una interpretación muy difundida en Venezuela es que la “filtración” provino de sectores estadouniden-

ses deseosos de arruinar un “idilio” entre Washington y Caracas que la toma de posición del presidente Carter en favor de los derechos humanos y la democracia, contra los regímenes militares, podía dejar prever.

Lo que no impide que Venezuela sea muy consciente de sus verdaderos intereses para tratar de disminuir su dependencia respecto de Estados Unidos. Para lograrlo, uno de los caminos elegidos por sus dirigentes es estrechar las relaciones con otros países desarrollados: Japón, Canadá, República Federal de Alemania, Inglaterra y, en general, Europa Occidental.

Uno de los medios más originales imaginados por los actuales responsables de la política internacional de Caracas para lograr una diversificación semejante es el fortalecimiento de los lazos entre el partido mayoritario, Acción Democrática –identificado con la socialdemocracia– y los partidos europeos miembros de la Internacional Socialista, que también se encuentran en el poder en buena parte de Europa. “Por razones evidentes, pensamos que el acuerdo y la cooperación son más fáciles entre gente que habla el mismo idioma o maneja conceptos similares”, nos señala Salcedo Bastardo, ex embajador de Venezuela en París, hoy ministro de Estado de la Presidencia de la República y, como tal, uno de los colaboradores más cercanos de Pérez. El Presidente de la República, que había recibido hace un año a los líderes socialistas europeos, no dejó de participar, durante su “gira” europea en noviembre pasado, de la reunión de la Internacional Socialista en Ginebra.

Más allá de los legítimos intereses del gobierno, el actual equipo dirigente ve al menos dos ventajas en una cooperación más estrecha con partidos europeos que tienen afinidades ideológicas con Acción Democrática. En primer lugar, considera que éstos sólo pueden ser sensibles a las preocupaciones de justicia que animan a los defensores de un nuevo orden económico internacional. Por otra parte, piensa al parecer que los líderes de estos partidos –casi todos se opusieron antes al fascismo en Europa– estarían más atentos que otros a la voluntad tenaz de Venezuela de mantener la llama de la democracia en la borrasca totalitaria que se abatió sobre América del Sur. ■

1. Tanto en este terreno como en otros aspectos de la diplomacia venezolana, el presidente Pérez fue menos innovador que continuador de la política de su predecesor, Rafael Caldera (1969-1974), sistematizándola y profundizándola. Los partidos que se alternaron en el poder estos últimos años –AD y COPEI– no se diferencian sino en detalles en lo que respecta a la acción internacional del país.

2. El ex presidente Betancourt había impuesto la idea de que Venezuela sólo debía mantener relaciones diplomáticas con los países con regímenes democráticos. Actualmente, Caracas tiene lazos con todos los países del continente salvo Uruguay, como consecuencia de un grave incidente (violación de la extraterritorialidad de la Embajada) ocurrido en 1976 en Montevideo.

3. Cerca de la mitad de las importaciones de Venezuela provienen de EE.UU., y casi la mitad de sus exportaciones se dirigen a ese país.

*Periodista.

Traducción: Gustavo Recalde

Una democracia enraizada

El bipartidismo pactado

por Gustavo Morales*

La historia política venezolana entre 1958 y 1988 tiene como claros protagonistas a Acción Democrática y COPEI. Máquinas tentaculares de producción de votos, supieron constituirse como única alternativa de poder.

De elección en elección, el dúo Acción Democrática (AD)-COPEI (Comité de Organización Política Electoral Independiente) consolidó una situación de bipolarización que ha ido reduciendo cada vez más el margen de maniobra de los demás partidos. El hecho de que el escrutinio presidencial se resolviera en una sola vuelta fortaleció el fenómeno del voto útil y permitió que estas formaciones obtuvieran más del 80% de los sufragios.

Nada puede hacerse en Venezuela por fuera de estos partidos o contra ellos. De allí la enorme responsabilidad en la administración de los asuntos del país que sus dirigentes han compartido casi en alternancia durante tres décadas. Este sentimiento de poder compartido creó amplias zonas de consenso, limó las asperezas ideológicas y transformó el combate político en una guerrilla verbal infinita, detrás de la cual se adivina un acuerdo tácito para preservar y profundizar un sistema que, electoralmente, sigue funcionando bien.

Lejos de constituir bloques monolíticos, AD y COPEI se transformaron en cajas de resonancia de las grandes aspiraciones políticas del país: las luchas internas, los acuerdos y las alianzas entre las diversas facciones son percibidos por la población como la única vía de acceso a los centros de poder. Eso explica que los venezolanos –desilusionados y saturados de promesas electorales incumplidas– sigan yendo a votar masivamente, se apasionen por las querellas que oponen a los dirigentes y conserven la esperanza de que, del monótono desfile de candidatos, surja, tarde o temprano, un hombre capaz de “resolver los problemas”.

Es por esto que este año [1988], no se enfrentan dos partidos, sino dos hombres, que ya atravesaron un primer obstáculo: la investidura de su formación. Carlos Andrés Pérez –presidente de Venezuela entre 1974 y 1979– debió vencer la ruda oposición de su compañero de AD, el actual mandatario Jaime Lusinchi, quien, durante las elecciones primarias, entregó su apoyo al ministro del Interior, Octavio Lepage. Eduardo Fernández, por su parte, debió enfrentar y vencer al fundador de COPEI, Rafael Caldera, ex presidente de la República, para lograr que lo designaran candidato. Un verdadero parricidio para este hombre de cuarenta y siete años, cuya carrera se desarrolló a la sombra de uno de los llamados “padres de la democracia”.

La sociedad de la píldora efervescente

Una tradición bien enraizada en la democracia venezolana es la existencia de guardianes de la ética nacional: personalidades que encarnan, o intentan encarnar, una conciencia moral, que ejercen su “misión” a partir de situaciones independientes de los partidos y que se dirigen directamente a la población a través de los medios de comunicación o de sus propias obras. Los escritores Arturo Uslar Pietri y Ramón Velázquez, el experto en petróleo Juan Pablo Pérez Alfonzo, uno de los fundadores de la OPEP, así como otro puñado de “sabios” han criticado sin piedad las fallas del sistema sin nunca cuestionar sus valores esenciales.

Se escuchan sus voces, se debaten sus temas de posición, pero pocas veces se aplican los remedios que proponen. No por nada Ve-

nezuela fue caracterizada como la sociedad de la píldora efervescente, donde las burbujas de un escándalo se mezclan con las del siguiente y donde, a fin de cuentas, el agua nunca pierde su transparencia. En la campaña presidencial de 1988, quien cumple el papel de piedra en el zapato de los candidatos es José Vicente Rangel. Varias veces candidato de la izquierda en el pasado, actualmente se desempeña como editor de una revista particularmente incisiva, *Reporte Privado*, que denunció a principios de este año las contribuciones financieras de los traficantes de droga a las campañas electorales.

Rangel unió sus esfuerzos a los de otros dos periodistas –uno de ellos, Marcel Granier, conduce un programa político muy popular en televisión– para lanzar un verdadero aluvión de denuncias sobre la corrupción y las irregularidades de la gestión del actual equipo de gobierno. Uno de los resultados fue la renuncia del ministro de Justicia y la imputación de otros responsables. Como siempre, la clase política se defiende acusando a sus acusadores, por lo que, en varias ocasiones, se ha tachado a Rangel de “desestabilizador de la democracia”. Lo que resulta curioso –y sobre todo revelador– en la situación actual es que una de las figuras tradicionales de la izquierda, como Rangel, y un hombre como Granier, vinculado con los sectores más conservadores del empresariado, hayan decidido al mismo tiempo poner en evidencia las llagas del sistema.

Allí reside la clave de la gestión gubernamental de ambos partidos para el futuro. Poco a poco, al margen del tándem AD-COPEI –y con frecuencia en el interior mismo de ambos aparatos– va surgiendo un sentimiento de rechazo ante el modo en que los políticos tradicionales llevan las riendas del país. Una inflación del 40% en 1987, un desempleo que afecta al 30% de la población activa, la deuda externa y la delincuencia urbana son algunos problemas concretos que deberá enfrentar el próximo Presidente. Pero el verdadero desafío es la urgencia con la que se abordará el problema de fondo: la sociedad venezolana se modernizó y dinamizó mucho más rápido que el conjunto de instituciones creadas para gobernar tras la partida del último dictador, en 1958. Las fisuras se han transformado en grietas, pero los venezolanos aún tienen confianza en la estructura. ■

*Periodista. Extractos del artículo “Une démocratie bien enracinée”, *Le Monde diplomatique*, París, junio de 1988.

Traducción: Georgina Fraser



Últimos carnavales

por Ignacio Ramonet*

A principios de la década de 1990, Venezuela se hundía en la inestabilidad. Volcado al neoliberalismo, el presidente socialdemócrata Carlos Andrés Pérez, elegido cómodamente en 1988 gracias al recuerdo de su primer mandato (1974-1979), debió hacer frente a una insurrección popular y a un intento de golpe de Estado. El hastío social ante la corrupción desenfrenada del sistema político venezolano llevaría a su destitución, anunciando el fin de una era.

Todo comenzó con una enorme decepción. Carlos Andrés Pérez, que seguía asociado en la mente de los electores al período venturoso y de opulencia de los años 70, y que había hecho campaña prometiendo “el regreso a la prosperidad”, anunció, apenas electo, que sometería al país a una verdadera “terapia de shock”, con el fin de modernizarlo. El catálogo de medidas de austeridad y ajuste causó irritación, más aun cuando se dio a conocer públicamente tras las fastuosas fiestas organizadas por el Presidente para celebrar su asunción y en las cuales se gastó ostensiblemente sin escatimar. El descontento de los habitantes más humildes de Caracas no tardaría en estallar.

El 27 de febrero de 1989, tras el anuncio del aumento del precio de la nafta, e “incitados –según el Presidente– por sectores de la policía metropolitana que atizaron el odio”, los manifestantes incendiaron vehículos, saquearon centros comerciales, levantaron barricadas. Francotiradores atacaron patrullas y comisarías. La situación, casi insurreccional, se extendió a las principales ciudades del país. El poder, desbordado, recurrió al ejército, que intervino con gran violencia en los barrios populares, causando oficialmente doscientos ochenta y seis muertos (más de dos mil, según otras fuentes). El estado de gracia del Presidente había durado tres semanas y terminaba en un baño de sangre.

A pesar de esta violenta reacción popular, Carlos Andrés Pérez mantuvo sus medidas neoliberales, proponiendo un programa de privatizaciones, de reducción del déficit público,

así como la eliminación de los subsidios a los productos de primera necesidad. Los resultados macroeconómicos de esta política fueron espectaculares. En 1991, las privatizaciones de la compañía de teléfonos, la compañía aérea Viasa y tres bancos habían reportado al Estado unos 2.000 millones de dólares. Y la tasa de crecimiento del PIB alcanzaba, en 1991, el 9,2%, es decir, una de las más altas del mundo. Pero la población, por su parte, no dejaba de ver cómo se degradaba su nivel de vida: en 1991, perdió el 37% de su poder adquisitivo.

Al renunciar a subsidiar los productos de primera necesidad y mantener artificialmente bajo el precio de algunos servicios básicos (electricidad, agua, salud), el gobierno de Carlos Andrés Pérez y su partido Acción Democrática (AD, socialdemócrata) se alejaron de sus bases, especialmente de los más pobres. La clase media también se vio muy duramente golpeada por los despidos masivos de empleados públicos y el aumento del precio de las viviendas; teme caer en la pobreza, en la que vive el 52% de la población... Lo que provoca una suerte de pánico, ya que los pobres aquí, al igual que en todos los países del Caribe, son sobre todo negros o indígenas, mientras que las clases acomodadas son mayoritariamente blancas...

Por tal motivo, a lo largo del año 1991, las huelgas y manifestaciones de descontento se sucedieron, a menudo reprimidas con extrema brutalidad. *El Diario de Caracas* registró ese año unas ochocientas manifestaciones que causaron varias decenas de muertos. Este clima de violencia y exasperación contra la

corrupción se ve bien reflejado en la película de Carlos Azpúrua *Disparen a matar* (1991), presentada recientemente en el Festival de Biarritz, que cuenta “la lucha a muerte entre el poder y la verdad”.

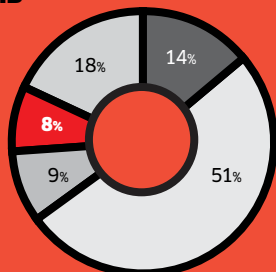
Esta situación desembocaría, tal como los persistentes rumores lo anunciaban desde hacía semanas, en un intento de golpe de Estado militar. Éste se produjo la noche del 3 al 4 de febrero de 1992, cuando doce batallones de paracaidistas con base en Maracay y Maracaibo, así como unidades blindadas se sublevaron, marcharon a Caracas y tomaron por asalto el palacio presidencial. Al lograr Carlos Andrés Pérez escapar al asedio, abandonar el palacio y dirigirse al país desde un canal de televisión, el golpe de Estado fracasó. La mayoría de las guarniciones permanecieron fieles al poder legítimo. “El golpe de Estado fue prácticamente un éxito –estima el general Fernando Ochoa Antich, actual ministro de Relaciones Exteriores, que era entonces ministro de Defensa–, porque el efecto sorpresa fue total. Si hubieran podido capturar al Presidente, no se sabe lo que habría pasado. El teniente coronel Chávez, que dirigía el golpe de Estado, se comunicó telefónicamente conmigo y me propuso encabezar el movimiento ‘para limpiar el país de la corrupción’. Le dije que el ejército no pensaba salir de la legalidad constitucional.”

Clima de violencia

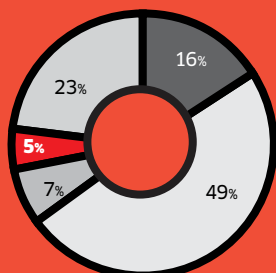
El comandante Hugo Chávez, jefe del Movimiento Bolivariano Revolucionario, se convirtió en el hombre más popular del país, venerado en las villas miseria, celebrado en →

Participación en América del Sur (en porcentaje, 2014)

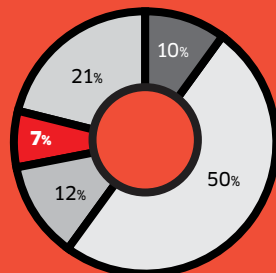
PIB



Territorio

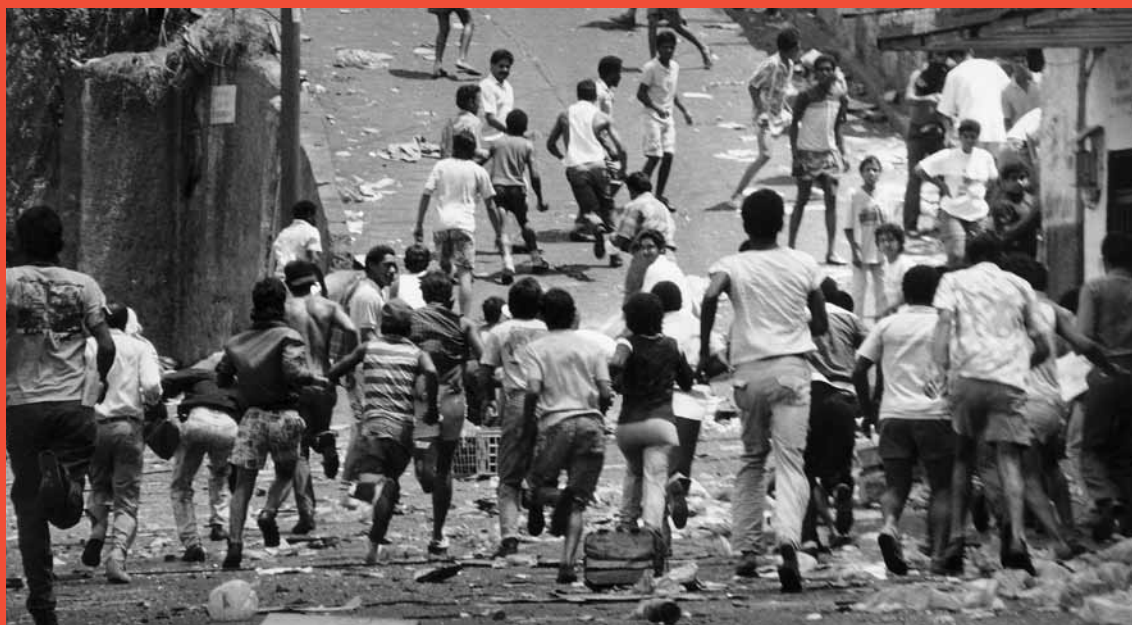


Población



El "Sacudón"

El "Caracazo", también conocido como el "Sacudón", fue un estallido popular masivo y espontáneo, acompañado de disturbios violentos y saqueos, que se produjo los días 27 y 28 de febrero de 1989 contra las medidas de ajuste anunciadas por el presidente Carlos Andrés Pérez. Desatada en Caracas por el aumento del transporte, la rebelión se extendió a otros estados del país y fue brutalmente reprimida.



© Francisco Solórzano "Frasso"

Estallido. El Caracazo y su violencia resultaron sorprendentes al irrumpir a menos de un mes de la asunción de Carlos Andrés Pérez, que había ganado ampliamente las elecciones presidenciales el 4 de diciembre de 1988.

→ los muros de las ciudades. En 1988, ya había participado en la "Noche de los tanques", contra el presidente Jaime Lusinchi. Desde la cárcel de Yare, donde se encuentra preso, no deja de comentar la vida política. Incluso concedió una entrevista a la televisión, cuya difusión fue prohibida por el poder (videocasetes clandestinos de la entrevista circulan por Caracas), pero que el diario *El Nacional* publicó íntegramente. El comandante Chávez sostiene allí un discurso previsible sobre los defectos de las "seudo-democracias": "No creemos –dice– en la falsa dicotomía: dictadura/ democracia de la que hablan los teóricos de los regímenes seudo-democráticos de América Latina para manipular a la opinión pública y ocultar las graves deficiencias y la degeneración de los falsos sistemas democráticos [...]. O se producen cambios profundos que modifiquen radicalmente la situación actual, o el proceso de violencia se desencadenará fatalmente" (1).

En un primer momento, las principales fuerzas políticas condenaron el intento de golpe de Estado; en primer lugar, el otro gran partido, el Comité de Organización Política Electoral Independiente (COPEI, demócrata-cristiano), que aceptó incluso, durante algunos meses, conformar un gobierno de unión nacional con AD, el partido del Presidente. Sin embargo, algunos políticos justificaron a los golpistas; así, Teodoro Petkoff, líder del Movimiento al Socialismo (MAS, izquierda), declaraba: "La conspiración del 4 de febrero, de tipo nasserista, fue encabezada por militares progresistas. No fue un intento de golpe de Estado clásico, como los que se conocieron en América del Sur". Aunque agregaba inmediatamente: "Dicho

esto, una salida militar a la crisis actual sería un remedio peor que la enfermedad" (2).

El rechazo al presidente Pérez, luego de este intento de golpe de Estado, siguió creciendo. Una encuesta reciente revela que el 81% de los venezolanos no tiene ninguna confianza en su Presidente y sólo el 6% apoya sus actos... Tras los acontecimientos del 4 de febrero, Pérez lanzó un "megaprograma social" dirigido a los ciudadanos más pobres: se congelaron los precios de la electricidad, la nafta y el agua, y se incrementaron los presupuestos destinados a viviendas y hospitales. Lo que apenas modifica la situación general; la inseguridad crece. Caracas se convirtió en una de las ciudades más peligrosas de América Latina, compitiendo sin esfuerzo con Río de Janeiro, Bogotá y Lima. Cada fin de semana, unas sesenta personas son asesinadas; el motivo principal es el robo y los autores de los crímenes son a menudo bandas de chicos menores de dieciséis años, contra los cuales la policía y la justicia se muestran impotentes. Los habitantes de los barrios ricos se atrincheran en sus residencias vigiladas por guardias muy armados; en todas partes, rejas, cerraduras, alambrados, blindajes dan cuenta de la inseguridad imperante y el temor urbano.

La clase media redobla su hostilidad respecto del Presidente, en particular, tras el anuncio, el 23 de agosto pasado, de un plan de austeridad que la afecta particularmente, ya que prevé la eliminación de 30.000 empleos estatales y el congelamiento de salarios de los empleados públicos para 1993. No pasa una semana sin que se produzcan huelgas, manifestaciones, disturbios, tanto en la capital como en el interior del país.

¿Cómo salir de esta situación? Para el gran escritor Arturo Usler Pietri, ex ministro y ex embajador ante la UNESCO en París, “sólo la renuncia de Carlos Andrés Pérez puede restablecer la calma y favorecer el impulso que el país necesita”. Usler Pietri, que es una de las conciencias morales del país, y que se convirtió de alguna manera en el vocero de la sociedad civil, reclama la convocatoria a una Asamblea Constituyente. “Si el descontento se agrava –agrega–, puede permitir todo tipo de aventuras, como la del 4 de febrero, que corren el riesgo de acabar con la democracia. Más aun cuando desde la Segunda Guerra Mundial, el régimen dominante en América Latina es una mezcla de populismo, caudillismo civil y clientelismo político. La furia actual apunta más bien a esta pseudo-democracia llena de defectos y expresa el deseo de un auténtico régimen democrático.”

Algunos consideran que Usler Pietri podría representar una alternativa en caso de vacío de poder, tras una eventual renuncia del presidente Pérez. “A los ochenta y seis años –declara–, no tengo en lo personal ninguna ambición política; mi única preocupación es Venezuela, que marcha a la deriva.”

“El caso de Usler Pietri –exclama, irritado, Carlos Andrés Pérez– no es producto de la política sino de la geriatría. Sueña con convertirse en Presidente a cualquier precio. Pase lo que pase, no renunciaré. Sería una catástrofe política para el país. La presidencia es la columna vertebral de nuestro sistema político. Sin ella, cualquier aventura es posible.”

Carlos Andrés Pérez considera que hablar de una “crisis general” no se justifica. “En todo caso –afirma–, no hay crisis económica. En la última década, el país nunca estuvo tan bien. La tasa de desocupación –8,5%– es una de las más bajas de América Latina, al igual que la tasa de inflación, que pasó del 81% en 1989 a aproximadamente el 30% actualmente. Nuestro crecimiento es uno de los más altos del mundo. Nuestro proyecto es modernizar un país que vivió demasiado tiempo de la renta petrolera. Debemos poner en marcha programas de reforma fiscal, recaudación impositiva y descentralización. Queremos sumarnos a las naciones prósperas; para ello, se necesita una mayor disciplina, un mayor empeño en el trabajo, una mejor productividad y una distribución de los ingresos más justa y eficaz. Las inversiones extranjeras siguen fluyendo a pesar del clima de tensión e inestabilidad que alimentan los medios de comunicación.”

En efecto, los medios de comunicación, en su conjunto, como lo hacen también en Argentina, donde el presidente Carlos Menem es igualmente acusado de corrupción, le hacen la vida imposible al poder. Habiendo recuperado una gran libertad de expresión, los tres grandes diarios de la capital –*El Diario de Caracas*, *El Universal* y sobre todo *El Nacional*– atacan violentamente al gobierno, denunciando los casos de corrupción (en particular, aquellos ligados a la compañera del Presidente, Cecilia Matos –que debió abandonar el país–, acusada recientemente de enri-



© Francisco Solórzano "Frasso"

Represión. El 28 de febrero de 1989, el presidente Carlos Andrés Pérez estableció el toque de queda y autorizó a las fuerzas del orden el uso de armas de fuego para acabar con la revuelta.

quecimiento ilícito y participación en negocios fraudulentos de suministros al ejército). La prensa acusa también a los dirigentes civiles y militares de complicidad con los carteles de la droga. La detención, en Miami, el 9 de julio pasado [1992], del general Ramón Alexis Sánchez Paz, acusado de haber introducido 9 toneladas de cocaína en Estados Unidos, parece confirmar estas acusaciones.

Los diarios no dudan en cederles la palabra a supuestos dirigentes de grupos que se autoproclaman “revolucionarios” y que complacientemente se dejan fotografiar encapuchados. Así, el 10 de octubre pasado, *El Nacional* publicó un reportaje sensacionalista a un misterioso “comandante Zacarías, jefe de las Fuerzas Bolivarianas de Liberación”, que reivindicó el atentado contra un dirigente sindicalista y proveyó una lista de “personas corruptas” que serían sus próximos blancos.

Reunida en Madrid a comienzos de octubre, la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), es decir, la asociación de propietarios de diarios del continente americano, advirtió paradójicamente al gobierno de Pérez sobre “las amenazas que pesan en Venezuela contra la libertad de expresión”. La SIP, muy influyente y muy conservadora, ya había ejercido todo su peso, a comienzos de los años 70, contra el presidente chileno Salvador Allende en el debate que lo enfrentaba al diario golpista *El Mercurio* de Santiago. La ofensiva de la SIP contra el presidente Pérez no es de buen augurio.

Miguel Henrique Otero, diputado ligado al COPEI y vicepresidente de la sociedad editora de *El Nacional*, estima, por su parte, que su diario “cumple →

Segundo intento de golpe

El 27 de noviembre de 1992, Carlos Andrés Pérez debió hacer frente a un nuevo intento de golpe de Estado dirigido por altos oficiales de las Fuerzas Armadas, del que participaron militantes de organizaciones revolucionarias y opositores al gobierno de Pérez. Los sublevados llamaron al pueblo a rebelarse, pero la intentona fue sometida rápidamente. Sin embargo, contribuyó a debilitar aun más al gobierno.

DESCOMPOSICIÓN Y RESENTIMIENTO

Guerra social

por Ignacio Ramonet*

Encapuchados, armados, tres delincuentes irrumpen brutalmente en una mansión de un barrio residencial de Caracas donde dos familias cen tranquilamente. Juntan todos los objetos de valor, saquean la casa, se ensañan con los símbolos de riqueza. Luego violan a todas las mujeres, de las nietas a las abuelas. Por último, también violan a los padres de familia. Replicado por las cadenas de radio, amplificado por la televisión, este crimen conmueve los espíritus. Se suma a la horrorosa saga de la inseguridad venezolana. “En su desgracia, estas víctimas tuvieron suerte –estima Tulio Hernández, sociólogo–. Es un milagro que no las hayan matado. El país vive una suerte de guerra social. Hay más muertos por semana aquí que en Bosnia. Y la violencia ha alcanzado tal grado de locura que a los delincuentes ya no les alcanza con robar. Buscan humillar, dañar, matar. Todos los meses, decenas de adolescentes son asesinados por otros jóvenes que les quieren robar las zapatillas. Morir por un par de zapatos se ha vuelto trágicamente común.”

Una verdadera psicosis invade Caracas. Avivada por los medios de comunicación que cuentan en detalle las agresiones, particularmente las más sangrientas, las del fin de semana (entre veinte y cincuenta muertos). “La violencia –explican Carmen Scotto y Anabel Castillo, también sociólogas– se expresa actualmente en una increíble atmósfera de resentimiento, de falta de piedad. Se golpea por el simple placer de golpear, se mata por el placer de matar, sin consideración alguna por el valor de la vida. Hay ensañamiento, una embriaguez de crueldad. Es un estado de odio cercano al delirio, y que refleja el estado de descomposición de una sociedad sin valores. Los ejemplos de este odio abundan. Hace poco, a las 3 de la mañana, un joven de diecisiete años fue arrastrado unos 800 metros por sus agresores, éstos lo golpeaban, le habían quebrado la mandíbula, roto las muñecas, abierto las venas, antes de dispararle a la cabeza y dejarlo sin vida en medio de una avenida” (1). Durante mucho tiempo circunscripta a los barrios pobres y endémica en los ranchos (villas miseria) que rodean Caracas, esta violencia no inquietaba demasiado a los medios de comunicación ni a las clases acomodadas. Pero desde hace aproximadamente dos años [1993], afirma una periodista, “la violencia desbordó sobre los barrios residenciales y ya no perdona a nadie”. En una semana, a fines de mayo [1995], varias personalidades –entre ellas, un famoso jugador de béisbol (Gustavo Polidor), un cirujano y un abogado– fueron asesinados frente a sus casas, ante los ojos de sus familias, por delincuentes que intentaban robarles el auto. El impacto de estos crímenes ha sido enorme. La impresión de vivir asediados se intensificó entre las clases medias o acomodadas. Una impresión reforzada por las características urbanas de Caracas: la ciudad y sus barrios ricos fueron construidos en el fondo de un valle, cuyas laderas están recubiertas hasta la cumbre de los montes que lo rodean por ranchos donde viven los pobres: el 72% de la población. Protegido por guardias armados, un habitante de los barrios residenciales siente literalmente el peso de la mirada de los pobres: se imagina acechado como una presa.

1. Véase *La violencia en Venezuela*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1994.

*Extractos del artículo “Guerre sociale”, *Le Monde diplomatique*, París, julio de 1995.

Traducción: Pablo Stancanelli

→ con su deber denunciando la corrupción. Es gracias a las revelaciones de nuestro diario que parte del entorno del presidente Pérez fue objeto de procesos judiciales y acusaciones por corrupción. Es por esta razón que el poder multiplica sus amenazas e intimidaciones contra nosotros, interviene nuestros teléfonos y somete a nuestros periodistas a profundos interrogatorios”. Algunos observadores se preguntan sin embargo si esta denuncia sistemática de la corrupción en el entorno del presidente por parte de *El Nacional* no tiene objetivos políticos.

Este clima de desorden y rumores se volvió más tenso aun estos últimos meses con la aparición de grupos armados que multiplican los atentados. El 4 de agosto pasado, uno de los dirigentes de Acción Democrática, Marcos Palacios, fue asesinado a balazos en su domicilio. El 2 de septiembre, dos jóvenes que se proclamaban miembros de la organización “Los justicieros venezolanos” herían gravemente a Antonio Ríos, de sesenta años, ex diputado de Acción Democrática y ex presidente de la Confederación de Trabajadores de Venezuela (CTV), que se encontraba en libertad condicional tras haber sido detenido por corrupción y obligado a dimitir a sus cargos. Finalmente, unos días más tarde, el 29 de septiembre, Jean Hope Phelps, presidenta de un importante grupo mediático (*El Diario de Caracas*, el canal de televisión Radio Caracas TV), recibía un balazo en la cabeza.

Así, tras los disturbios y el golpe de Estado, el país enfrentaría lo que podría ser el comienzo de una guerrilla urbana. ¿Cómo evitar caer en la espiral de violencia?

Peligrosa parálisis

Según Teodoro Petkoff, ex guerrillero, y hoy jefe del MAS (tercera fuerza política), el primer agitador de la vida nacional es Carlos Andrés Pérez y sólo su abandono voluntario de la presidencia puede evitar que el país se hunda en la violencia. “El Congreso –propone– controlado por AD y COPEI, debería aprobar rápidamente una reforma constitucional, bajo la forma de una disposición transitoria, para reducir a cuatro años el actual mandato presidencial con el fin de que puedan celebrarse lo más pronto posible –tal vez incluso en diciembre de 1992, junto con las elecciones de gobernadores y alcaldes– elecciones que permitan renovar todos los poderes públicos. Esto aliviaría las tensiones y desactivaría la bomba de la violencia” (3).

Como era de prever, las críticas respecto del Presidente se extendieron poco a poco al conjunto del *establishment*, más aun cuando los partidos en su conjunto no supieron aprovechar el conflicto del 4 de febrero para reformar la Constitución, avanzar con la reforma fiscal o la reforma electoral. Los ciudadanos tienen la clara sensación de que “los de arriba” intentan ante todo mantener sus privilegios y esperan que pase la tormenta.

“La clase política en su conjunto cometió un grave error –señala el general Fernando Ochoa Antich–; creyó que ensañándose contra el presidente Pérez sería bien vista por el pueblo. Pero éste cuestiona actualmen-

© Francisco Solórzano "Frasso"



Registro. Las fotografías que acompañan este artículo, del reportero gráfico Francisco Solórzano "Frasso", constituyen un archivo histórico del "Sacudón" y fueron donadas por el autor a la colección de la Fundación Museos Nacionales.

te la responsabilidad de toda la clase dirigente que, durante la crisis, sigue enriqueciéndose sin dar en absoluto muestras de virtud. La acusación de corrupción se extiende ahora a todos los ricos acusados de haber vivido como sanguijuelas a costa del país. Es por eso que una parte de la población reclama un golpe de Estado militar, pensando, de manera errónea, que eso permitirá arreglar las cosas. Lo peor sería que la clase política se durmiera y 'se olvidara' de hacer las indispensables reformas fiscal, electoral, política y social que satisfacerían los deseos de justicia de la gente y permitirían al sistema recuperar su autoridad moral" (4).

En el seno del ejército "nadie sabe qué defiende" y los militares probablemente no disparen más sobre la multitud en caso de disturbios, tal como lo hicieron en febrero de 1989. Podrían, en cambio, unirse a la población para derrocar al régimen. En marzo pasado, estuvieron nuevamente a punto de hacerlo en ocasión de la gran protesta popular "a golpes de cacerola" contra el presidente Pérez. "El ruido era increíble – cuenta el general Ochoa Antich –, todo el valle de Caracas resonaba con el estruendo de las cacerolas que hacían literalmente temblar la tierra. En el momento de mayor intensidad, irrumpieron en mi oficina oficiales de alto rango. Consideraban que la impopularidad del Presidente tornaba el país ingobernable y que ¿era necesario actuar! Les dije que tuvieran paciencia. Insistieron en varias oportunidades. Y no sé lo que habría pasado si, de pronto, las cacerolas no hubieran callado bruscamente, sumiendo a la capital en un impresionante silencio."

Criticado en el seno de su propio partido, abandonado por el MAS y COPEI, ridiculizado por la prensa, presionado a renunciar por el ex presidente Rafael Caldera, Carlos Andrés Pérez se encuentra paraliza-

do. No puede correr el riesgo de tomar decisiones impopulares. Y la situación económica se agrava. Porque el equilibrio presupuestario sólo puede alcanzarse con precios promedio del barril de petróleo del orden de los 19 dólares. Ahora bien, actualmente, debido a las decisiones de la OPEP, el precio del barril no supera los 17 dólares, lo que sólo permitirá obtener 10.000 millones de ingresos provenientes de las exportaciones, es decir, un 24% menos que en 1991...

Carlos Andrés Pérez no ve las cosas tan negras. "El clima está especialmente pesado en Caracas –nos dice–, debido a la actitud de los medios de comunicación, que generan confusión y difunden rumores alarmistas. En las zonas rurales sucede algo distinto, la gente se me acerca con los brazos abiertos."

El 12 de octubre pasado, fecha simbólica, el Presidente hizo una gira por el oeste del país; cuando se acercaba a un grupo de personas en un pueblo lejano, un camión se abrió paso repentinamente entre la multitud, y sus ocupantes, dos campesinos, abrieron fuego contra Pérez, sin herirlo, antes de ser ellos mismos abatidos. ¿Tanto quieren al presidente Pérez en las zonas rurales? Algo es seguro: en Venezuela, el carnaval de la corrupción está llegando a su fin. ■

1. *El Nacional*, Caracas, 30-8-1992.
2. *Le Monde*, París, 28-3-1992.
3. *El Nacional*, 7-10-1992.
4. *El Diario de Caracas*, 11-10-1992.

*Director de *Le Monde diplomatique* entre 1990 y 2008. Actualmente director de la edición española. Autor, entre otros, de *Hugo Chávez. Mi primera vida*, Debate, Buenos Aires, 2013. Extractos del artículo "Derniers carnavales", *Le Monde diplomatique*, París, noviembre de 1992.

Traducción: Gustavo Recalde

"No sea la próxima víctima"

En 1995, uno de los diarios más prestigiosos y de mayor tirada de Caracas ofrecía todos los lunes una columna con consejos para evitar ser víctima de asaltos, robos o engaños. Así, por ejemplo, señalaba: "Si contrata personal doméstico, elija personal venezolano; si es extranjero, verifique que tenga los documentos en regla, de lo contrario, aumentan sus riesgos".

7.089

muerres violentas

en 1995 en Venezuela. Para ese año, la tasa anual de homicidios intencionales era de 20 cada 100.000 habitantes. Desde entonces no ha dejado de crecer.





Fin de un ciclo político

En el umbral de un gran cambio

por Arturo Usler Pietri*

De cara a las elecciones presidenciales de 1998, Venezuela sufría la baja de los precios del petróleo y la crisis financiera internacional. Los dos principales partidos del país, Acción Democrática y COPEI, estaban en decadencia. Las encuestas daban como favorito al coronel Hugo Chávez, que denunciaba la corrupción, la persistencia de las desigualdades y se rebelaba contra la globalización.

El Estado es rico y la población pobre. Así se resume, en pocas palabras, la más importante de las paradojas venezolanas: el desfase abismal entre la opulencia del Estado y la miseria de los ciudadanos.

Repartidos de manera desigual sobre un vasto territorio de casi un millón de kilómetros cuadrados, los 22 millones de habitantes están principalmente concentrados en torno (y en el seno) de algunas aglomeraciones. En inmensos cinturones de miseria sobreviven aquellos que, habiendo abandonado sus lugares de origen, se han agrupado en los ranchos (villas miseria), esos barrios improvisados de casas con techo de chapa o de cartón, desperdigados por las colinas y los barrancos.

Caso único en el mundo, en Caracas, la capital, la población marginal de los ranchos supera en número (60%) a quienes habitan la ciudad en sentido estricto. Los servicios urbanos indispensables (limpieza, transportes, escuelas, recolección de basura, agua, dispensarios, electricidad, cloacas, etc.) raramente llegan a esos barrios precarios, y el orden legal mínimo es allí inexistente. La delincuencia continúa siendo una plaga considerable y el grado de violencia urbana está entre los más altos del mundo (1).

Petróleo y corrupción

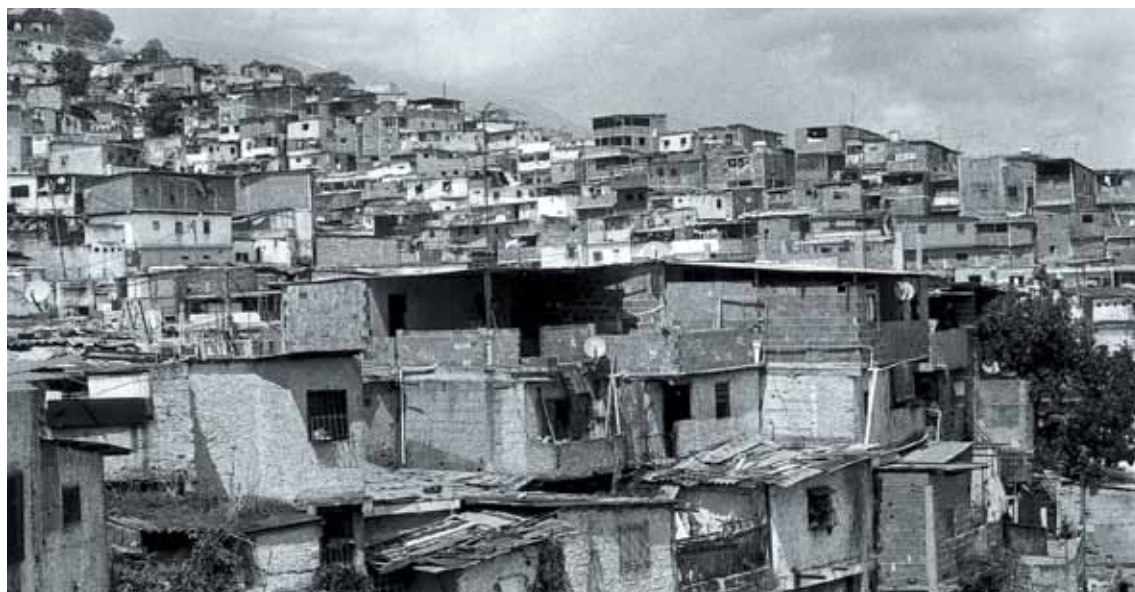
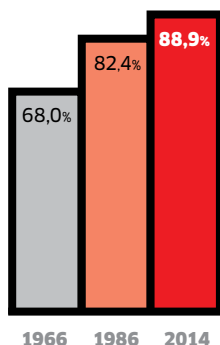
La venta de hidrocarburos supuso para el Estado, entre 1976 y 1995, cerca de 270.000 millones de dólares. A título de comparación, el Plan Marshall que, después de la Segunda Guerra Mundial, permitió la

reconstrucción de Europa Occidental, representó una ayuda total de apenas 13.000 millones de dólares. Un país pequeño, como Venezuela, recibió pues, a modo de ingresos petroleros, una suma global equivalente a 20 Planes Marshall... Sin embargo, esta cifra astronómica no ha permitido dotar al país de las infraestructuras mínimas ni reducir las escandalosas desigualdades sociales...

Mientras que los beneficiarios del maná petrolero sacan ilegalmente del país cerca de 100.000 millones de dólares, más del 71% de los venezolanos continúa viviendo en la pobreza, el 21% de la población activa está desempleada, el 48% sólo sobrevive gracias a la economía informal, y unos dos millones de niños siguen hundidos en la miseria, de los cuales 200.000 sólo logran subsistir mendigando...

Por un azar histórico, Venezuela ha conservado, desde su independencia en 1811, el régimen legal de las minas del período colonial, según el cual el subsuelo pertenecía a la Corona. El Estado es, por lo tanto, propietario de todos los recursos del subsuelo y recibe directamente, mediante tasas e impuestos diversos, la mayor parte de las riquezas del petróleo. Esta situación alcanzó su punto culminante en 1976, después del alza del precio del petróleo en el mercado mundial, bajo la presidencia de Carlos Andrés Pérez (socialdemócrata). Éste estatizó las empresas petroleras y creó un monopolio para la explotación y el comercio de los hidrocarburos, Petróleos de Venezuela Sociedad Anónima (PDVSA) que, con 3,1 millones de barriles diarios, se convirtió en el segundo productor mundial. →

Población urbana (porcentaje)



© Maurice Lemoine

Ranchos. Atraído por el maná petrolero, el éxodo rural se concentró en inmensos cinturones de miseria alrededor de las principales aglomeraciones de Venezuela, como en Caracas, donde se despliegan sobre colinas y barrancos.

Privatizaciones

Como en el resto de América Latina, uno de los ejes centrales del programa neoliberal en Venezuela fue la privatización de empresas públicas. En 1991, por ejemplo, tras dos años de conflictos, la empresa española Iberia adquirió el 45% de la aerolínea de bandera VIASA. En 1994, decidió liquidarla. VIASA desapareció en 1997.

→ A diferencia de lo que, en circunstancias análogas, ocurrió en otras partes (en Noruega, por ejemplo), el Estado no se ha preocupado en invertir este maná para industrializar el país y favorecer su despegue económico. En cambio, al igual que en otros países petroleros, a través de una economía de renta, compra la pasividad de los ciudadanos garantizándoles un ingreso mínimo. A medida que el Estado se ha hecho más rico, más dispendioso, la población se ha ido haciendo más dependiente de los gastos públicos.

Los gobiernos surgidos de los partidos de tendencia populista –en particular el Comité de Organización Política Electoral Independiente (COPEI), demócrata-cristiano, actualmente en el poder– o socializante –como Acción Democrática (AD), socialdemócrata–, que han acaparado de manera determinante la vida nacional desde la caída de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, en 1958, se han servido de la inmensa riqueza petrolera para corromper el país por medio de un sistema de subsidios, donaciones, prebendas, exenciones fiscales y privilegios.

Se han dilapidado sumas gigantescas en proyectos megalómanos e inútiles. Por si no fuera suficiente, se contrajeron enormes deudas con bancos extranjeros, acreedores de un monto equivalente al 60% del Producto Interior Bruto (59.000 millones de dólares en 1997, con una deuda externa de 37.000 millones de dólares).

El Estado, a pesar de las recientes privatizaciones, controla los sectores industriales del hierro, el aluminio, la electricidad, los hidrocarburos y numerosas actividades manufactureras y agrícolas, al punto que la economía de Venezuela sigue siendo una de las más es-

tatizadas del mundo. Y todo ello sin que la población reciba algún beneficio o cierto bienestar general.

El desafío que debería haber asumido Venezuela, a causa de su fortuna petrolífera, era la construcción de una nación moderna, próspera y poderosa, con especial atención a las áreas de educación, salud y servicios públicos. Obsesionados por el control de la economía, los dirigentes de los partidos en el poder se han cuidado mucho de emprender las grandes reformas indispensables, atados como estaban a los métodos intervencionistas y preocupados por su propio enriquecimiento. Raramente se habrá visto un país tan opulento, controlado por unos centenares de familias que se reparten, desde hace décadas, cualquiera sea la situación política, sus fabulosas riquezas.

Hartazgo social

Sin embargo, si existe un lugar en el que el mito del El Dorado ha cobrado todo su significado, es sin duda en territorio venezolano. Desde comienzos del siglo XVI, y particularmente desde el reinado de Carlos V, increíbles expediciones salieron en su búsqueda. Hambrientos por el oro, aventureros delirantes recorrieron las llanuras, los ríos, las montañas y las selvas vírgenes, en busca de los fabulosos yacimientos de oro. En vano. Así se ha elaborado este sorprendente contraste entre un conjunto de provincias coloniales pobres y el mito de su legendaria riqueza.

El rol preponderante de los venezolanos en la lucha por la emancipación de América del Sur también merece ser subrayado. Este pequeño país forjó el poderoso mito de una gran nación única latinoamericana que se llamaría Colombia (en homenaje a Cristóbal

Colón), y proporcionó el mayor número de ideólogos y jefes militares que cumplieron una gesta prodigiosa y llevaron las banderas de la libertad hasta las fronteras del Río de la Plata. Por sí solos, los nombres de Miranda, Bolívar y Sucre, los tres gigantes de la independencia sudamericana, y su concepción política de América Latina, bastan para comprender la prodigiosa desmesura de semejante empresa.

Por haber desempeñado un papel tan determinante en las guerras de independencia, Venezuela ha tenido que pagar un precio singularmente alto. Una vez alcanzada la separación definitiva de España, en 1821, sobrevino una época de extrema pobreza, de caudillismo, que no dejó espacio para ningún progreso real de la vida económica y social, y durante la cual se impusieron hombres como José Antonio Páez, Antonio Guzmán Blanco y Juan Vicente Gómez, caudillos autoritarios y unificadores.

Y fue en este universo de arcaísmos, pobreza y autocracia, que brotó, en 1922, la fabulosa fortuna petrolera que transformaría el país, para bien y para mal.

El oro negro metamorfoseó a Venezuela. Las consecuencias negativas de este fenómeno repercutieron tanto en el régimen electoral como en la administración de la justicia. No ha existido nunca claramente, como exige la propia esencia de la democracia, un partido en el poder que tuviera enfrente a uno o varios partidos de oposición, representantes de diferentes opciones políticas.

Elegido en 1993, el actual presidente Rafael Caldera (fundador de COPEI), intentó en una primera etapa, no sin valor, tomar distancia de las políticas neoliberales. Juró que no se pondría de rodillas ante el Fondo Monetario Internacional (FMI) y confió el Ministerio de Planificación Económica a Teodoro Petkoff, guerrillero en los años 60 y fundador del partido de extrema izquierda Movimiento al Socialismo (MAS). Su política heterodoxa fue combatida por los organismos financieros internacionales y por Washington (Venezuela es el principal proveedor de petróleo de Estados Unidos). A partir de 1996, Caldera se vio obligado a ceder. Empezó negociaciones con el FMI y aceptó un severo plan de ajuste estructural pilotado por Petkoff, reconvertido a la economía de mercado (2). Esto se tradujo en un alza brutal del precio de la nafta, la liberación de las tasas de interés, una devaluación del bolívar –la moneda nacional–, la privatización de numerosas empresas públicas y, decisión histórica, la concesión de permisos de búsqueda de hidrocarburos a compañías extranjeras.

Esta nueva política no modifica en absoluto el sufrimiento de la población que, ahora, desconfía de los partidos en el poder, especialmente de COPEI, pero también de los socialdemócratas de AD que, vencedores en las últimas elecciones municipales de diciembre de 1995, controlan casi todas las grandes ciudades.

¿Es casualidad que el hombre más popular actualmente sea el coronel Hugo Chávez Frías, el oficial “bolivariano” que se sublevó el 4 de febrero de 1992, a la cabeza de once batallones de combate y con

el apoyo de estudiantes de izquierda de la Universidad de Valencia, para derrocar a Carlos Andrés Pérez y acabar con la corrupción (3)? La gente está harta de las promesas incumplidas, de la incuria general y de la complicidad de los partidos dominantes.

Esos dos partidos, COPEI y AD, se distinguen por ínfimas divergencias ideológicas y han establecido, entre ellos, un sistema de coalición de hecho y de colaboración mutua. El partido que pierde las elecciones no pierde, sin embargo, todas las ventajas de que gozaba, y sigue disfrutando de muchos privilegios.

Se han distribuido cuotas de poder de forma permanente para que la *nomenklatura* de los dos grandes partidos se reparta, asimismo, los cargos judiciales, hurtando de esta forma su independencia a la justicia.

Desgastados, los dos partidos dominantes no han tenido el valor de modificar una situación de la que obtienen grandes beneficios. Por no haberlo hecho y por no haber emprendido las reformas fundamentales que el país necesita imperativamente, los ciudadanos se alejan mayoritariamente de ellos. Desean soluciones más drásticas para acabar con la “política del compadreo” (4). En las elecciones legislativas y regionales del 8 de noviembre, marcadas por una fuerte abstención (45,42%), el Movimiento V República (MVR) de Chávez se convirtió en la segunda fuerza política del país (19,84%), detrás de Acción Democrática (24,16%). Pero el Polo Patriótico, que agrupa al MVR y a numerosos partidos independientes, es ahora mayoría en el Congreso. Se acaba un ciclo político. De corrupción, incuria y despilfarro. Habrá durado cuarenta años. ■

1. Ignacio Ramonet, “Le Venezuela vers une guerre sociale?”, *Le Monde diplomatique*, París, julio de 1995.

2. A los que criticaron este giro, Petkoff replicó que no se trataba de un “plan neoliberal” sino de un “programa de sentido común” (*Le Monde*, París, 4-5-1996).

3. Carlos Andrés Pérez fue destituido en 1993. Puesto bajo arresto domiciliario (a causa de su edad: 73 años) en mayo de 1994, fue condenado el 30 de mayo de 1996 a veintiséis meses de arresto domiciliario por desvío de fondos públicos.

4. Después de dos años de cárcel y una amnistía concedida por el presidente Caldera, el ex coronel Chávez encabeza las encuestas en vistas de las próximas elecciones. Esta posible victoria del ex golpista –que se declara partidario de una economía mixta, critica el programa de privatizaciones en marcha y prevé, de ser elegido, una moratoria de la deuda exterior, y anuncia la disolución del Congreso y la convocatoria de una Asamblea Constituyente– preocupa a los círculos económicos (tanto nacionales como internacionales) y a Estados Unidos. A tal punto que, con razón o sin ella, Hugo Chávez ya ha denunciado en varias ocasiones la preparación de un “golpe de Estado preventivo”, e incluso un posible intento de asesinato para impedir su acceso al poder (véase *Informe latinoamericano*, Londres, 27-10-98).

*Arturo Uslar Pietri (1906-2001) es considerado uno de los mejores escritores en lengua española y uno de los mayores intelectuales venezolanos del siglo XX. Premio Princesa de Asturias de las Letras (1990) es autor, entre otras obras, de *El camino de El Dorado* (1947), *Godos, insurgentes y visionarios* (1986), *Los ganadores* (1980). También se destacó en su labor como periodista y como director del diario *El Nacional* de Caracas entre 1969 y 1974.

IV REPÚBLICA

1958

Pacto de Punto Fijo

31 de octubre: tras el derrocamiento de Marcos Pérez Jiménez, los dirigentes de Acción Democrática, COPEI y Unión Republicana Democrática firman un acuerdo de gobernabilidad.

1975

Nacionalización

1° de enero: el presidente nacionaliza el hierro. Un año después se promulga la ley de nacionalización del petróleo.

1989

Caracazo

27-28 de febrero: masiva revuelta popular. Una feroz represión provocó miles de muertos, aunque oficialmente se reconocen 300.

1992

Golpe frustrado

4 de febrero: el teniente coronel Hugo Chávez lidera un intento de golpe de Estado contra Carlos Andrés Pérez, quien será destituido en 1993 por corrupción.

1998

Por la V República

6 de diciembre: Chávez, candidato del Polo Patriótico, gana las elecciones presidenciales con el 56,45% de los votos, evidenciando la crisis del bipartidismo.



2

Venezuela hacia adentro

EL SUEÑO DE UNA NUEVA REPÚBLICA

La Revolución Bolivariana de Hugo Chávez modificó profundamente el paisaje político, económico y social venezolano. Del nombre del país a la Constitución, del tipo de democracia a la organización estatal, propuso reformas radicales, que perseguían una mayor inclusión y participación ciudadana. Pero la polarización social, la persistente dependencia del petróleo, la corrupción, la burocracia y el caudillismo dejaron a la nación caribeña inmersa en una profunda e imprevisible crisis.





Dudas y expectativas

El enigma de los dos Chávez

por Gabriel García Márquez*

A principios de 1999, el autor de *Cien años de soledad* conversó en un avión de regreso de La Habana con el presidente electo Hugo Chávez Frías, pocos días antes de su asunción. Con su estilo característico, trazó en este texto ya clásico una suerte de biografía política del personaje, que culmina con una duda que refleja las ambigüedades y contradicciones del líder bolivariano.

Carlos Andrés Pérez descendió al atardecer del avión que lo trajo de Davos, Suiza, y se sorprendió de ver en la plataforma al general Fernando Ochoa Antich, su ministro de Defensa. “¿Qué pasa?”, le preguntó intrigado. El ministro lo tranquilizó con razones tan confiables, que el Presidente no fue al Palacio de Miraflores sino a la residencia presidencial de La Casona. Empezaba a dormirse cuando el mismo ministro de Defensa lo despertó por teléfono para informarle de un levantamiento militar en Maracay. Había entrado apenas en Miraflores cuando estallaron las primeras cargas de artillería.

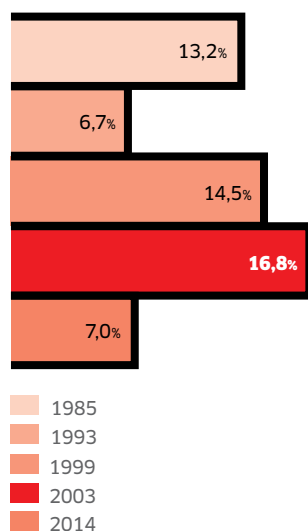
Era el 4 de febrero de 1992. El coronel Hugo Chávez Frías, con su culto sacramental de las fechas históricas, comandaba el asalto desde su puesto de mando improvisado en el Museo Histórico de La Planicie. El Presidente comprendió entonces que su único recurso estaba en el apoyo popular y se fue a los estudios de Venevisión para hablarle al país. Doce horas después el golpe militar estaba fracasado. Chávez se rindió, con la condición de que también a él le permitieran dirigirse al pueblo por la televisión. El joven coronel criollo, con la boina de paracaidista y su admirable facilidad de palabra, asumió la responsabilidad del movimiento. Pero su alocución fue un triunfo político. Cumplió dos años de cárcel, hasta que fue amnistiado por el presidente Rafael Caldera. Sin embargo, muchos partidarios, como no pocos enemigos, han creído que el discurso de la derrota fue el primero de la campaña electoral que lo llevó a la Presidencia de la República menos de nueve años después.

El presidente Hugo Chávez Frías me contaba esta historia en el avión de la Fuerza Aérea Venezolana que nos llevaba de La Habana a Caracas, a menos de quince días de su posesión como presidente constitucional de Venezuela por elección popular. Nos habíamos conocido tres días antes en La Habana, durante su reunión con los presidentes Castro y Pastrana, y lo primero que me impresionó fue el poder de su cuerpo de cemento armado. Tenía la cordialidad inmediata y la gracia criolla de un venezolano puro. Ambos tratamos de vernos otra vez, pero no nos fue posible por culpa de ambos, así que nos fuimos juntos a Caracas para conversar de su vida y milagros en el avión.

Fue una buena experiencia de reportero en reposo. A medida que me contaba su vida iba yo descubriendo una personalidad que no correspondía para nada con la idea de déspota que teníamos formada a través de los medios. Era otro Chávez. ¿Cuál de los dos era el real?

El argumento duro en su contra durante la campaña había sido su pasado reciente de conspirador y golpista. Pero la historia de Venezuela ha digerido a más de cuatro. Empezando por Rómulo Betancourt, recordado con razón o sin ella como el padre de la democracia venezolana, que derribó a Isaías Medina Angarita, un antiguo militar demócrata que trataba de purgar a su país de los treintiséis años de Juan Vicente Gómez. A su sucesor, el novelista Rómulo Gallegos, lo derribó el general Marcos Pérez Jiménez, que se quedaría casi once años con todo el poder. Éste, a su vez, fue derribado por toda una generación de jóvenes →

Tasa de desempleo (1985 - 2014)



Despertares

El 2 de febrero de 1999, al tomar posesión de su cargo ante la Asamblea Nacional, Chávez juró que “sobre esta moribunda Constitución, haré cumplir, impulsaré las transformaciones democráticas necesarias para que la República nueva tenga una Carta Magna adecuada a los nuevos tiempos”, y citando a Neruda, se refirió a Bolívar: “Despierta cada cien años, cuando despiertan los pueblos”.



© Jorge Silva / Reuters / Latinstock

Omnipresencia. En consonancia con el lema “Todos somos Chávez”, la figura del ex presidente invade las calles de Venezuela, en murales, graffitis, stencils y afiches que lo presentan en todo tipo de actividades.

→ demócratas que inauguró el período más largo de presidentes elegidos.

El golpe de febrero parece ser lo único que le ha salido mal al coronel Hugo Chávez Frías. Sin embargo, él lo ha visto por el lado positivo, como un revés providencial. Es su manera de entender la buena suerte, o la inteligencia, o la intuición, o la astucia, o cualquier cosa que sea el soplo mágico que ha regido sus actos desde que vino al mundo en Sabaneta, estado Barinas, el 28 de julio de 1954, bajo el signo del poder: Leo. Chávez, católico convencido, atribuye sus hados benéficos al escapulario de más de cien años que lleva desde niño, heredado de un bisabuelo materno, el coronel Pedro Pérez Delgado, que es uno de sus héroes tutelares.

Sus padres sobrevivían a duras penas con sueldos de maestros primarios y él tuvo que ayudarlos desde los nueve años vendiendo dulces y frutas en una carretilla. A veces iba en burro a visitar a su abuela materna en Los Rastrojos, un pueblo vecino que les parecía una ciudad porque tenía una plantilla eléctrica con dos horas de luz a prima noche, y una partera que lo recibió a él y a sus cuatro hermanos. Su madre quería que fuera cura, pero sólo llegó a monaguillo y tocaba las campanas con tanta gracia que todo el mundo le reconocía por su repique. “Ese que toca es Hugo”, decían. Entre los libros de su madre encontró una enciclopedia providencial, cuyo primer capítulo lo sedujo de inmediato: cómo triunfar en la vida.

Era en realidad un recetario de opciones, y él las intentó casi todas. Como pintor asombrado ante las láminas de Miguel Ángel y David, se ganó el primer

premio a los doce años en una exposición regional. Como músico se hizo indispensable en cumpleaños y serenatas con su maestría del cuatro y su buena voz. Como beisbolista llegó a ser un catcher de primera. La opción militar no estaba en la lista, ni a él se le habría ocurrido por su cuenta, hasta que le contaron que el mejor modo de llegar a las grandes ligas era ingresar en la academia militar de Barinas. Debía ser otro milagro del escapulario, porque aquel día empezaba el plan Andrés Bello, que permitía a los bachilleres de las escuelas militares ascender hasta el más alto nivel académico.

Estudiaba ciencias políticas, historia y marxismo-leninismo. Se apasionó por el estudio de la vida y la obra de Bolívar, su Leo mayor, cuyas proclamas aprendió de memoria. Pero su primer conflicto consciente con la política real fue la muerte de Allende en septiembre de 1973. Chávez no entendía. “¿Y por qué si los chilenos eligieron a Allende, ahora los militares chilenos van a darle un golpe?” Poco después, el capitán de su compañía le asignó la tarea de vigilar a un hijo de José Vicente Rangel, a quien se creía comunista. “Fíjate las vueltas que da la vida –me dice Chávez con una explosión de risa–, ahora su papá es canciller.” Más irónico aun es que cuando se graduó recibió el sable del presidente que veinte años después trataría de tumbar: Carlos Andrés Pérez.

“Además –le dije–, usted estuvo a punto de matarlo.” “De ninguna manera –protestó Chávez–. La idea era instalar una Asamblea Constituyente y volver a los cuarteles.”

Desde el primer momento me había dado cuenta de que era un narrador natural. Un producto ínte-

gro de la cultura popular venezolana, que es creativa y alborozada. Tiene un gran sentido del manejo del tiempo y una memoria con algo de sobrenatural, que le permite recitar de memoria poemas de Neruda o Whitman, y páginas enteras de Rómulo Gallegos.

“¿Para qué estoy yo aquí?”

Desde muy joven, por casualidad, descubrió que su bisabuelo no era un asesino de siete leguas, como le decía su madre, sino un guerrero legendario de los tiempos de Juan Vicente Gómez. Fue tal el entusiasmo de Chávez, que decidió escribir un libro para purificar su memoria. Escudriñó archivos históricos y bibliotecas militares, y recorrió la región de pueblo en pueblo con un morral de historiador para reconstruir los itinerarios del bisabuelo por los testimonios de sus sobrevivientes. Desde entonces, lo incorporó al altar de sus héroes y empezó a llevar el escapulario protector que había sido suyo.

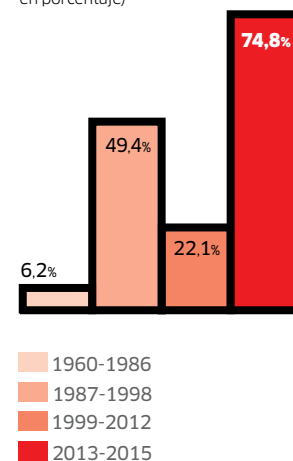
Uno de aquellos días atravesó la frontera sin darse cuenta por el puente de Arauca, y un capitán colombiano que le registró el morral encontró motivos materiales para acusarlo de espía: llevaba una cámara fotográfica, una grabadora, papeles secretos, fotos de la región, un mapa militar con gráficos y dos pistolas de reglamento. Los documentos de identidad,

rradores. “Era que los soldados estaban golpeando a los presos con bates de béisbol envueltos en trapos para que no les quedaran marcas”, contó Chávez. Indignado, le exigió al coronel que le entregara los presos o se fuera de allí, pues no podía aceptar que se torturara a nadie en su comando. “Al día siguiente me amenazaron con un juicio militar por desobediencia –contó Chávez–, pero sólo me mantuvieron un tiempo en observación.”

Pocos días después tuvo otra experiencia que rebasó las anteriores. Estaba comprando carne para su tropa cuando un helicóptero militar aterrizó en el patio del cuartel con un cargamento de soldados mal heridos en una emboscada guerrillera. Chávez cargó en sus brazos a un soldado que tenía varios balazos en el cuerpo. “No me deje morir, mi teniente”... le dijo aterrificado. Apenas alcanzó a meterlo dentro de un carro. Otros siete murieron. Esa noche, desvelado en la hamaca, Chávez se preguntaba: “¿Para qué estoy yo aquí? Por un lado campesinos vestidos de militares torturaban a campesinos guerrilleros, y por el otro lado campesinos guerrilleros mataban a campesinos vestidos de verde. A esta altura, cuando la guerra había terminado, ya no tenía sentido disparar un tiro contra nadie”. Y concluyó en el avión que nos llevaba a Caracas: “Ahí caí en mi primer conflicto existencial”.

Inflación

(promedio anual por periodos, en porcentaje)



Mientras se alejaba, me estremeció la inspiración de que había viajado y conversado a gusto con dos hombres opuestos.

como corresponde a un espía, podían ser falsos. La discusión se prolongó por varias horas en una oficina donde el único cuadro era un retrato de Bolívar a caballo. “Yo estaba casi ya rendido –me dijo Chávez– pues mientras más le explicaba menos me entendía”. Hasta que se le ocurrió la frase salvadora: “Mire mi capitán lo que es la vida: hace apenas un siglo éramos un mismo ejército y éste que nos está mirando desde el cuadro era el jefe de nosotros dos. ¿Cómo puedo ser un espía?”. El capitán, conmovido, empezó a hablar maravillas de la Gran Colombia, y los dos terminaron esa noche bebiendo cerveza de ambos países en una cantina de Arauca. A la mañana siguiente, con un dolor de cabeza compartido, el capitán le devolvió a Chávez sus enseres de historiador y lo despidió con un abrazo en la mitad del puente internacional.

“De esa época me vino la idea concreta de que algo andaba mal en Venezuela”, dice Chávez. Lo habían designado en Oriente como comandante de un pelotón de trece soldados y un equipo de comunicaciones para liquidar los últimos reductos guerrilleros. Una noche de grandes lluvias le pidió refugio en el campamento un coronel de inteligencia con una patrulla de soldados y unos supuestos guerrilleros acabados de capturar, verdosos y en los puros huesos. Como a las diez de la noche, cuando Chávez empezaba a dormirse, oyó en el cuarto contiguo unos gritos desgarradores.

Al día siguiente despertó convencido de que su destino era fundar un movimiento. Y lo hizo a los veintitrés años, con un nombre evidente: Ejército Bolivariano del Pueblo de Venezuela. Sus miembros fundadores: cinco soldados y él, con su grado de subteniente. “¿Con qué finalidad?”, le pregunté. Muy sencillo, dijo él: “Con la finalidad de prepararnos por si pasa algo”. Un año después, ya como oficial paracaidista en un batallón blindado de Maracay, empezó a conspirar en grande. Pero me aclaró que usaba la palabra conspiración sólo en su sentido figurado de convocar voluntades para una tarea común.

Esa era la situación el 17 de diciembre de 1982, cuando ocurrió un episodio inesperado que Chávez considera decisivo en su vida. Era ya capitán en el segundo regimiento de paracaidistas y ayudante de oficial de inteligencia. Cuando menos lo esperaba, el comandante del regimiento, Ángel Manrique, lo comisionó para pronunciar un discurso ante mil doscientos hombres entre oficiales y tropa.

A la una de la tarde, reunido ya el batallón en el patio de fútbol, el maestro de ceremonias lo anunció. “¿Y el discurso?”, le preguntó el comandante del regimiento al verlo subir a la tribuna sin papel. “Yo no tengo discurso escrito”, le dijo Chávez. Y empezó a improvisar. Fue un discurso breve, inspirado en Bolívar y Martí, pero con una cosecha personal sobre la →

EL “PRESIDENTE DE LOS POBRES”

Objetivos de la Revolución

por Ignacio Ramonet*

Apoyándose en las fuerzas de izquierda y los desheredados, Chávez inició apenas asumido el cargo una “revolución pacífica y democrática” que inquieta a los propagandistas de la globalización.

¿Cuál es la naturaleza de esta revolución? “Además de la crisis económica –explica el comandante Chávez– Venezuela padecía sobre todo de una crisis moral, ética, debido a la falta de sensibilidad social de sus dirigentes. Pero la democracia no es solamente la igualdad política. Es también, y sobre todo, la igualdad social, económica y cultural. Esos son los objetivos de la revolución bolivariana. Quiero ser el presidente de los pobres. Pero tenemos que aprender la lección de los fracasos de otras revoluciones que afirmando perseguir sus objetivos los traicionaron, o bien los lograron, pero liquidando de paso la democracia”. Cierta prensa internacional no tardó en acusar a Chávez de “jacobinismo autoritario”, de “desviación autocrática” y de “preparar una forma moderna de golpe de Estado” (1). “Esas acusaciones son afligentes. Porque al contrario, queremos pasar de la democracia representativa, a la que no hay necesariamente que despreciar, a una democracia participativa, directa. Con mayor intervención del pueblo en todas las instancias del poder. Para oponerse mejor a toda violación de los derechos humanos”, alega Chávez. En efecto, el proyecto de Constitución prevé dar más poder y autonomía a las comunas; instaurar el referéndum a iniciativa popular y someter a todos los electos (el Presidente de la República incluido), a una nueva elección una vez transcurrida la mitad de su mandato, si ésta es la voluntad popular. La nueva Constitución, cuya redacción estará concluida en noviembre [de 1999] y será sometida a referéndum, prevé también, entre otras cosas: el derecho a la objeción de conciencia; la prohibición de las “desapariciones” practicadas por las fuerzas del orden; la creación de un defensor del pueblo; la instauración de la paridad mujeres-hombres, y la instauración de un “poder moral” encargado de combatir la corrupción y los abusos de toda clase.

En el plano económico, el comandante Chávez desea alejarse del modelo neoliberal y resistir a la globalización. “Tenemos que buscar un punto de equilibrio entre el mercado, el Estado y la sociedad –dice–. Hay que hacer confluir la mano invisible del mercado y la mano visible del Estado en un espacio económico dentro del cual exista el mercado tanto como sea posible, y exista el Estado tanto como sea necesario”. La propiedad privada, las privatizaciones y las inversiones extranjeras están garantizadas, pero dentro de los límites del interés superior del Estado, que velará por mantener bajo su control a sectores estratégicos cuya venta significaría una transferencia de una parte de la soberanía nacional.

Ante la simple enunciación de estos proyectos, ¿pueden los protagonistas de la globalización hacer otra cosa que demonizar al comandante Chávez y a su revolución antiliberal?

1. *The New York Times*, 21-8-1999; e *International Herald Tribune*, 1-9-1999.

*Director de *Le Monde diplomatique* entre 1990 y 2008. Actual director de la edición española. Autor de *Hugo Chávez. Mi primera vida*, Debate, Buenos Aires, 2013. Extractos de “Chávez”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, octubre de 1999.

→ situación de presión e injusticia de América Latina transcurridos doscientos años de su independencia. Los oficiales, los suyos y los que no lo eran, lo oyeron impasibles. Entre ellos los capitanes Felipe Acosta Carle y Jesús Urdaneta Hernández, simpatizantes de su movimiento. El comandante de la guarnición, muy disgustado, lo recibió con un reproche para ser oído por todos: “Chávez, usted parece un político”. “Entendido”, le replicó Chávez.

Felipe Acosta, que medía dos metros y no habían logrado someterlo diez contendores, se paró de frente al comandante, y le dijo: “Usted está equivocado, mi comandante, Chávez no es ningún político. Es un capitán de los de ahora, y cuando ustedes oyen lo que él dijo en su discurso se mean en los pantalones”.

Entonces el coronel Manrique puso firme a la tropa, y dijo: “Quiero que sepan que lo dicho por el capitán Chávez estaba autorizado por mí. Yo le di la orden de que diera ese discurso, y todo lo que dijo, aunque no lo trajo escrito, me lo había contado ayer”. Hizo una pausa efectista, y concluyó con una orden terminante: “¡Que eso no salga de aquí!”.

Al final del acto, Chávez se fue a trotar con los capitanes Felipe Acosta y Jesús Urdaneta hacia el Samán del Guere, a diez kilómetros de distancia, y allí repitieron el juramento solemne de Simón Bolívar en el monte Aventino. “Al final, claro, le hice un cambio”, me dijo Chávez. En lugar de “cuando hayamos roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español”, dijeron: “Hasta que no rompamos las cadenas que nos oprimen y oprimen al pueblo por voluntad de los poderosos”.

Desde entonces, todos los oficiales que se incorporaban al movimiento secreto tenían que hacer ese juramento. La última vez fue durante la campaña electoral ante cien mil personas. Durante años hicieron congresos clandestinos cada vez más numerosos, con representantes militares de todo el país. “Durante dos días hacíamos reuniones en lugares escondidos, estudiando la situación del país, haciendo análisis, contactos con grupos civiles, amigos. En diez años –me dijo Chávez– llegamos a hacer cinco congresos sin ser descubiertos.”

A estas alturas del diálogo, el Presidente rió con malicia, y reveló con una sonrisa: “Bueno, siempre hemos dicho que los primeros éramos tres. Pero ya podemos decir que en realidad había un cuarto hombre, cuya identidad ocultamos siempre para protegerlo, pues no fue descubierto el 4 de febrero y quedó activo en el Ejército y alcanzó el grado de coronel. Pero estamos en 1999 y ya podemos revelar que ese cuarto hombre está aquí con nosotros en este avión”. Señaló con el índice al cuarto hombre en un sillón apartado, y dijo: “¡El coronel Baduel!”.

El Caracazo

De acuerdo con la idea que el comandante Chávez tiene de su vida, el acontecimiento culminante fue El Caracazo, la sublevación popular que devastó a Caracas. Solía repetir: “Napoleón dijo que una batalla



Carisma. Chávez fue un orador, improvisador, cantor y actor nato, con una prodigiosa memoria. Ya enfermo, batió todos los récords en enero de 2012, al pronunciar un discurso de nueve horas y media ante la Asamblea Nacional.

se decide en un segundo de inspiración del estratega”. A partir de ese pensamiento, Chávez desarrolló tres conceptos. Uno, la hora histórica. El otro, el minuto estratégico. Y por fin, el segundo táctico. “Estábamos inquietos porque no queríamos irnos del Ejército –decía Chávez–. Habíamos formado un movimiento, pero no teníamos claro para qué.” Sin embargo, el drama tremendo fue que lo que iba a ocurrir ocurrió y no estaban preparados. “Es decir –concluyó Chávez– que nos sorprendió el minuto estratégico.”

Se refería desde luego, a la asonada popular del 27 de febrero de 1989: El Caracazo. Uno de los más sorprendidos fue él mismo. Carlos Andrés Pérez acababa de asumir la Presidencia con una votación caudalosa y era inconcebible que en veinte días sucediera algo tan grave. “Yo iba a la universidad a un posgrado, la noche del 27, y entro en el fuerte Tiuna en busca de un amigo que me echara un poco de gasolina para llegar a casa”, me contó Chávez minutos antes de aterrizar en Caracas. “Entonces veo que están sacando las tropas, y le pregunto a un coronel: ¿Para dónde van todos esos soldados? Porque sacaban los de logística que no están entrenados para el combate, ni menos para el combate en localidades. Eran reclutas asustados por el mismo fusil que llevaban. Así que le pregunto al coronel: ¿Para dónde va ese pocotón de gente? Y el coronel me dice: A la calle, a la calle. La orden que dieron fue esa: hay que parar la vaina como sea, y aquí vamos. Dios mío, ¿pero qué orden les dieron? Bueno Chávez, me contesta el coronel: la orden es que hay que parar esta vaina como sea. Y yo le digo: Pero mi coronel usted se imagina lo que puede pasar. Y él me dice: Bueno Chávez, es una orden y no hay nada que hacer. Que sea lo que Dios quiera”.

Chávez dice que también él iba con mucha fiebre por un ataque de rubéola, y cuando encendió su ca-

rrero vio un soldadito que venía corriendo con el casco caído, el fusil guindando y la munición desparramada. “Y entonces me paro y lo llamo”, dijo Chávez. “Y él se monta, todo nervioso, sudado, un muchachito de 18 años. Y yo le pregunto: Ajá, ¿y para dónde vas tú corriendo así? No, dijo él, es que me dejó el pelotón, y allí va mi teniente en el camión. Lléveme, mi mayor, lléveme. Y yo alcanzo el camión y le pregunto al que los lleva: ¿Para dónde van? Y él me dice: Yo no sé nada. Quién va a saber, imagínese”. Chávez toma aire y casi grita ahogándose en la angustia de aquella noche terrible: “Tú sabes, a los soldados tú los mandas para la calle, asustados, con un fusil y quinientos cartuchos, y se los gastan todos. Barrían las calles a bala, barrían los cerros, los barrios populares. ¿Fue un desastre! Así fue: miles, y entre ellos Felipe Acosta”. “Y el instinto me dice que lo mandaron a matar –dice Chávez–. Fue el minuto que esperábamos para actuar”. Dicho y hecho: desde aquel momento empezó a fraguarse el golpe que fracasó tres años después.

El avión aterrizó en Caracas a las tres de la mañana. Vi por la ventanilla la ciénaga de luces de aquella ciudad inolvidable donde viví tres años cruciales de Venezuela que lo fueron también para mi vida. El Presidente se despidió con su abrazo caribe y una invitación implícita: “Nos vemos aquí el 2 de febrero”. Mientras se alejaba entre sus escoltas de militares condecorados y amigos de la primera hora, me estremeció la inspiración de que había viajado y conversado a gusto con dos hombres opuestos. Uno a quien la suerte empedernida le ofrecía la oportunidad de salvar a su país. Y el otro, un ilusionista, que podía pasar a la historia como un déspota más. ■

*Escritor colombiano (1927-2014), premio Nobel de Literatura.

ROJO ROJITO

2000

V República

30 de julio: tras haber aprobado por referéndum la Constitución de la nueva República Bolivariana de Venezuela, Chávez es reelegido Presidente.

2001

A toda marcha

11 de noviembre: Chávez promulga 49 decretos-leyes que modifican radicalmente las reglas (ley de tierras, ley de pesca, ley de hidrocarburos).

2002

Golpe de Estado

11 de abril: se produce un golpe de Estado contra Chávez, que vuelve al poder el 13 de abril gracias a la movilización popular y los leales del ejército.

2002

Lockout

Entre fines de 2002 y principios de 2003, la oposición busca la desestabilización económica a través de un *lockout* patronal que afecta a PDVSA.

2004

Knock out

15 de agosto: contra los pronósticos de los grandes medios, Chávez gana el referéndum revocatorio con el 59,06% de los votos, dejando desconcertada a la oposición.



Golpe de Estado abortado en Caracas

por Maurice Lemoine*

El 11 de abril de 2002, una coalición constituida por la organización patronal Fedecámaras, la Confederación de Trabajadores de Venezuela, la Iglesia y los medios de comunicación, más algunos altos militares disidentes, intentó un golpe de Estado contra Chávez, que fracasó en menos de 48 horas. El Presidente se reafirmó en el apoyo del ejército y una mayoría de la población.

Las cámaras de televisión encuadran al mismo tiempo al presentador y a la ciudad de Caracas, que se extiende al pie de El Ávila, la montaña en cuya pendiente se ha instalado el improvisado estudio. El animador del show acaba de hacer reír a carcajadas al público recordando cómo hizo cantar a Fidel Castro (“desafinado, canta pésimo”), en uno de sus programas anteriores. Poético, evoca a Guatemala y al libertador Simón Bolívar, canturrea, interroga a sus invitados –entre ellos un grupo de ministros– dialoga en dúplex con una modesta telespectadora de la que se despide con un afectuoso: “Mi vida, te mando un beso”... Su soltura haría palidecer de envidia a cualquier vedette de la pequeña pantalla. Sin embargo no tiene nada de profesional, al menos en eso. Se llama Hugo Chávez y es Presidente de la República Bolivariana de Venezuela.

Ese 17 de marzo, en la centésima emisión dominical de *Aló Presidente*, se supera: comunicaciones por satélite con los presidentes de Guatemala, República Dominicana y Cuba: “Bueno, Fidel, si no nos vemos estos días hablamos... ¡Hasta la victoria siempre!”, y lanza una vigorosa andanada contra la prensa antes de concluir con un amenazador: “Les doy un consejo a los que me quieren desestabilizar: sé cuántos son y hasta cuánto pesan después

de desayunar”. Un público totalmente seducido lo ovaciona: “¡No volverán! ¡Viva nuestro Comandante!”.

El “Comandante” se excede: 6 horas y 35 minutos de antena, sin interrupción. Pero ante la desenfrenada oposición del conjunto de los medios privados, considera necesarias esas misas para mantener un contacto directo con los excluidos, los pobres y las fuerzas de izquierda que conforman su mayoría.

Los “escuálidos”, como se apoda a los habitantes de La Castellana, Altamira, Palos Grandes, Las Mercedes (los barrios acomodados), rabian: “Ese tipo es un demagogo, un populista, un loco de atar”. En el mejor de los casos admiten que quienes lo precedieron tampoco valían mucho. “Pero está llevando el país a la ruina”, aseguran, antes de ejecutarlo sumariamente: “De todos modos, su lugar no es la Presidencia. Un militar sólo sabe hacer dos cosas: mandar y obedecer”. La casta constituida por la oligarquía, las finanzas y las clases medias venezolanas odia a ese intruso. Con su piel oscura y sus bromas, parece un chofer de taxi, un portero de hotel, un desheredado de los ranchos, un buhonero. Pero ocurre que es precisamente porque se parece al pueblo de las profundidades que ocupa Miraflores, el palacio presidencial.

En febrero de 1992, este subteniente de pa-

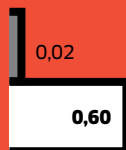
racaidistas intentó poner fin a treinta años de hegemonía de los partidos Acción Democrática (AD, socialdemócrata) y COPEI (democrristiano) mediante un golpe de Estado. Después de décadas de alternarse en el gobierno, esos dos partidos habían llevado al 80% de los venezolanos a vivir por debajo del umbral de la pobreza, verdadera hazaña en un país reboante de riquezas provenientes de la exportación de petróleo. Encarcelado y después liberado, el rebelde accedió democráticamente al poder en diciembre de 1998. Aprobada por referéndum en diciembre de 1999, una profunda reforma de la Constitución precedió a su reelección, el 30 de julio de 2000 (1). En suma, el ex golpista Chávez purgó su falta y acabó por triunfar democrática y pacíficamente: Venezuela cambió de manos.

Desde entonces, el gobierno conduce una revolución atípica: “Ni socialista ni comunista, se mantiene en el marco del capitalismo, pero es radical e induce profundos cambios de estructura económica”, explica el ministro de la Presidencia Rafael Vargas. Este gobierno se propone promover una política petrolera que permita mantener los precios del crudo por encima de los 22 dólares el barril, a través de la revitalización de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), y multiplica las declaraciones contra la →

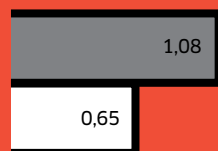
Precio de la nafta

(dólar por litro)

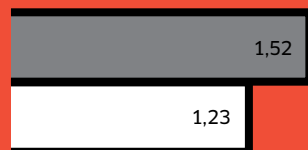
Venezuela



Colombia



Argentina



2014

2016



© Maurice Lemoine

Violencia. El golpe de abril de 2002 produjo 19 muertos y numerosos heridos. A fines de 2007, Chávez firmó un decreto de amnistía indultando a los participantes de la asonada, pero excluyendo los crímenes de lesa humanidad.

→ globalización neoliberal y a favor de un mundo multipolar, en oposición a la pretensión hegemónica de Estados Unidos.

Cambiar no es tan simple

Claro que una cosa es anunciar el nacimiento de un nuevo país y otra proceder a operar cambios. “No hay trabajo, entonces no hay progreso”, se queja en Valencia un excluido, observando que no se registra disminución del desempleo. En una villa miseria denominada Marisabel de Chávez (por la esposa del Presidente) un tipo enorme se sincera: “Lo único que sé hacer es robar, pero acá verdaderamente no veo a quién...”.

Barrio Alicia Pietri de Caldera (por la esposa del Presidente anterior, Rafael Caldera): los privilegiados ganan 84.000 bolívares (75 dólares) por quincena como custodios privados, la única actividad económica en expansión. El salario mínimo es de 158.400 bolívares, cuando se necesitan 240.000 para alimentar a una familia de cinco personas (2). Hasta las iniciativas más generosas del gobierno parecen estancarse: “La escuela bolivariana funciona, incluso hay una cantina gratuita para las tres comidas de los chicos. Pero acaban de cerrarla porque ya no tiene dinero para pagar a los abastecedores”, atestigua una madre de familia.

El rey Chávez aparece muchas veces desnudo. Forjado en la urgencia por ganar las elecciones, su Movimiento por la Quinta República (MVR) no dispone de estructuras fuertes. Ante la perspectiva de la victoria, se le han acercado “chavistas” convencidos, revolucionarios, pero también miembros de las formaciones políticas tradicionales a la espera de prebendas y beneficios, oportunistas de toda índole.

Otro tanto sucede en los partidos aliados: Movimiento al Socialismo (MAS); Causa R; Movimiento 1º de Mayo; los maoístas de Bandera Roja o el líder de Patria Para Todos (PPT), Pablo Medina (3). Un día u otro pasan factura al Presidente a cambio de su colaboración. De allí los múltiples virajes, rupturas, renuncias, destituciones –seguidas de deserciones al enemigo– que transmiten la sensación de que el gobierno funciona de manera improvisada.

El mismo panorama en el aparato del Estado y la administración, gangrenados por cuarenta años de clientelismo. Los ministros, o los catorce gobernadores chavistas, sólo cuentan con algunos funcionarios de alto rango para llevar a cabo las reformas. “No practicamos la caza de brujas; garantizamos el cambio con la gente de antes, en su mayoría militantes de AD y del COPEI”, asegura uno de ellos. Este batallón de cuadros intermedios y de empleados antiguos frena los programas, sabotea los proyectos, paraliza la transferencia de recursos en los municipios. “Modificar estas estructuras es lento, no se puede despedir a todo el mundo”, razona en medio del calor tórrido de Puerto Ayacucho (Amazonas) Diógenes Palau, secretario general del gobierno local, confrontado con las mismas dificultades. “Sólo se puede hacer paso a paso”.

Es por eso que para eludir las estructuras que le siguen siendo hostiles, Chávez debe apoyarse sobre dos pilares: el ejército y la población no organizada que lo llevó al poder. En abril de 2001, cuando llamó a la formación de “un millón de Círculos Bolivarianos” para apoyarlo, decenas de miles de venezolanos respondieron con entusiasmo desde sus calles, sus barrios, sus villas miseria. En grupos de siete a quince personas, discuten sobre la definición del futuro, de

su vida, de las necesidades más esenciales, transmitidas de inmediato a las autoridades. “Es el modo de conseguir que los recursos lleguen al sector”, explican los coordinadores de los Círculos Bolivarianos del municipio de Sucre, al este de Caracas. “Antes, una minoría de políticos dirigía a su antojo el destino de nuestra comunidad”.

El Estado empezó a dotar de fondos no desdeñables a organismos como el Banco del Pueblo, el Banco de las Mujeres, el Fondo de Desarrollo de la Microempresa, el Fondo Intergubernamental para la Descentralización (FIDES), que otorgan recursos en base a la presentación de proyectos. La oposición los acusa de ser una fuerza de choque al servicio del proyecto totalitario, de los nidos de “talibanes” que las incesantes bolas (rumores) pretenden que el gobierno arma hasta los dientes. Los interesados se encogen de hombros. “Mire, aquí no hay más que gente pacífica que trabaja para beneficio de la comunidad”. No obstante, algunos militantes radicales se manifiestan menos conciliadores: “Vamos a ser claros. Los hombres y mujeres de este proceso están decididos a defenderlo. Pacíficamente. Pero también de otro modo si hace falta”.

Las “razones” del golpe

Los “escuálidos” se irritan el 13 de noviembre de 2001, cuando Chávez firma la Ley de Hidrocarburos, radicalizando la revolución. El 10 de diciembre, en protesta contra “ese atentado al libre mercado”, la organización patronal Fedecámaras, dirigida por Pe-

nicación reciclados en partido político, tratan de crear artificialmente una situación de ingobernabilidad.

Esta intolerancia totalitaria hace estallar de rabia a la mayoría de la población, agrupada en torno de “su” revolución. “Nos excluyen y pretenden representar ellos solos a la sociedad civil. Muy bien... pero el pueblo somos nosotros. Y si por una razón u otra la campaña de desestabilización pone en peligro la legalidad constitucional, la vamos a defender con nuestra vida, con nuestra sangre”, nos dice un miembro de los Círculos Bolivarianos antes del golpe. El goteo de declaraciones incendiarias y marchas de protesta de la oposición (seguidas de contramarchas todavía más masivas de los partidarios del gobierno); y la aparición de cuatro militares disidentes que rechazaron en público al jefe de Estado (4), no parecen conmover al poder.

Pero cuando cae la carta de la desestabilización económica la tensión está al rojo vivo. El petróleo representa el 70% de las exportaciones y el 40% de los ingresos del Estado. Tras la caída de los precios internacionales –después de los atentados del 11 de Septiembre en Estados Unidos– Chávez viaja a Europa, Argelia, Libia, Arabia Saudita, Irán, Rusia e Irak y junto a Ali Rodríguez, secretario general de la OPEP venezolano, logra estabilizar la cotización mediante una baja concertada de la producción (5).

Empresa cuyo único accionista es el Estado, Petróleos de Venezuela S.A. (PDVSA) está dirigida por cuarenta altos ejecutivos. Estos “generales del petróleo” dictan allí la ley, aplican “su” política, privile-

“Demócratas”

Tras el golpe contra Chávez, los presidentes George W. Bush, de Estados Unidos, y José María Aznar, de España (que entonces presidía la Unión Europea) publicaron una declaración conjunta sobre “la excepcional situación que experimenta Venezuela” sin nunca mencionar la ruptura de la legalidad democrática ni la disolución de la Asamblea Nacional y otras instituciones ordenada por el breve dictador Pedro Carmona.

La casta constituida por la oligarquía, las finanzas y las clases medias odia a ese intruso, con su piel oscura y sus bromas.

dro Carmona, lanza una huelga general apoyada por los medios de comunicación y la Confederación de Trabajadores de Venezuela (CTV). Corrupta hasta la médula, correa de transmisión de Acción Democrática, la CTV negoció durante años los contratos colectivos con los patronos, vendiendo su alma y sus afiliados a cambio de algunas propinas abultadas para sus dirigentes. El gobierno niega toda representatividad a su secretario general, el socialdemócrata Carlos Ortega, que el 25 de octubre anterior se proclamó vencedor en las elecciones destinadas a renovar la conducción sindical, al cabo de un escrutinio sellado por la violencia y las irregularidades.

El 5 de marzo pasado, este “dirigente obrero” estrechó la mano de Carmona y, con la Iglesia Católica de testigo, firmó un “Pacto nacional de gobernabilidad” cuyo objetivo era “la salida democrática y constitucional” del Presidente. Sin programa, sin proyecto, autodenominados “sociedad civil”, ignorando cínicamente a la mayoría que sigue apoyando al jefe de Estado, los cuatro protagonistas (Fedecámaras, CTV, Iglesia, clases medias), a quienes se suman los medios de comu-

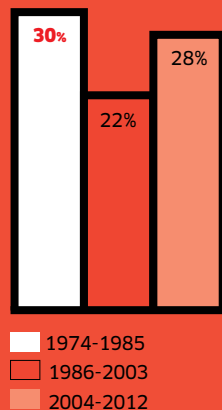
gían los intereses extranjeros, violan las normas de la OPEP aumentando la producción, venden a pérdida, debilitando a la empresa y preparando activamente su privatización. Preocupado por poner a PDVSA al servicio de un proyecto colectivo, el Ejecutivo quiere retomar el control de este sector estratégico, cuyo régimen fiscal indica el rumbo: del 75% del total de beneficios para el Estado hace 20 años (25% para la empresa), se pasó al 70% para la empresa y 30% al fisco. Chávez designa a un nuevo presidente, Gastón Parra, y un equipo de dirección. Pero invocando “una carrera para los mejores”, eficacia en la gestión, productividad y rentabilidad, independencia frente a la “politización” impuesta por el gobierno, los tecnócratas rechazan esas designaciones y llaman a la rebelión.

En cualquier país del mundo, el Estado accionista nombra a las direcciones de las empresas nacionales y les comunica sus orientaciones, cosa que por otra parte hicieron todos los presidentes anteriores sin escándalo de nadie. Por otra parte, los cuadros superiores, que ocupan puestos de confianza, no pueden llamar a la huelga debido a la índole de su función. La →



Resistencia. El 13 de abril de 2002, una multitud bajó de los cerros de Caracas en dirección al Palacio de Miraflores exigiendo el regreso de Chávez y obligando a escapar a los golpistas.

Renta del petróleo (como porcentaje del PIB)



→ “sociedad civil” lo hace por ellos: enfervorizada por los medios gráficos, radiales y televisivos, empuja a paralizar el corazón económico del país, objetivo logrado en forma parcial, ya que un sector obrero se niega a hacer la huelga (6).

Todo esto con un trasfondo de viajes entre Caracas y Washington, donde la administración de George W. Bush multiplica las banderillas verbales contra el Presidente “bolivariano”. Su escaso entusiasmo por abrazar la lucha antiterrorista, especialmente contra las guerrillas colombianas, sus acuerdos militares con China y Rusia, su discurso contra la globalización y su revolución provocan cada vez más rechinar de dientes. El 6 de febrero de 2002, el secretario de Estado Colin Powell pone en duda ante el Senado que “Chávez crea realmente en la democracia”, y critica sus visitas “a gobiernos hostiles a Estados Unidos y sospechosos de apoyar al terrorismo, como Saddam Hussein y Muamar Gadafi” (7).

Preocupado por los problemas que sacuden a su tercer abastecedor de petróleo, Estados Unidos teme una suspensión de sus exportaciones si se volviera ingobernable. Oficialmente, no se busca echar nafta al fuego. Pero el 25 de marzo Alfredo Peña, alcalde general de Caracas y frenético opositor, se reúne subrepticamente con autoridades estadounidenses, entre ellos el polémico Otto Reich, subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos (8). Por esos días, en la oficina de este último, podría haberse cruzado con Pedro Carmona, presidente de Fedecámaras, o con Manuel Cova, secretario general adjunto de la CTV, que visita también a representantes del Instituto Republicano Internacional, un grupo de interlocutores muy conocidos por su defensa de los intereses de los trabajadores...

La sombra del Chile de Salvador Allende planearía sobre Venezuela, si no la diferenciara un factor significativo: el ejército, que el presidente Chávez pretende conocer como la palma de su mano y controlar a través de sus camaradas de la promoción Simón Bolívar (1975). Sin embargo, rumores y movimientos ponen a veces esto en duda. El general en jefe del Comando Sur del ejército de Estados Unidos acaba de declarar: “Venezuela es el país que tiene más oficiales estudiando en nuestras academias, y por eso mismo estamos seguros de ese país”. Cuando este periodista evoca a los cuatro oficiales que poco tiempo antes se levantaron contra el Presidente, Francisco Ameliach, presidente de la Comisión de Defensa del Parlamento, responde el 14 de marzo: “Si un oficial se pronuncia en público quiere decir que no tiene el apoyo del ejército. Nosotros hemos conspirado (Ameliach participó del fallido golpe del coronel Chávez) y sabemos que un coronel comprometido en una operación así no va a proclamarlo en la plaza pública”.

La huelga nacional del 9 y 10 de abril, convocada por la CTV y Fedecámaras para “defender a PDVSA” (el gobierno había despedido a 7 ejecutivos y pasado a retiro a otros 12), sólo logra un éxito relativo a nivel nacional. Lanzada en una loca fuga hacia adelante (o en un plan premeditado muy difícil de detener), la oposición duplica su apuesta: con el pretexto de que el gobierno podría decretar el estado de excepción (intención que no abriga en absoluto), llama a una huelga general ilimitada a partir del 11 de abril. Signo inquietante, los militares disidentes reaparecen, a través del general Néstor González, destituido en diciembre de 2001, quien acusa a Chávez de traición y pide al alto mando que actúe.

El Día “D”

El 11 de abril amanece con más de 300.000 opositores marchando pacíficamente hacia la sede de PDVSA-Chuao, situada al este de la capital. El crimen se concretará allí, en el corazón de una creciente efervescencia que facilita sus designios: nada como los “mártires” para acreditar la idea de una “sociedad civil” que enfrenta a una dictadura... A la una de la tarde, al oeste de la ciudad, en el palacio presidencial, el ministro de la Presidencia Rafael Vargas, lívido, irrumpe en la oficina de sus colaboradores. “El resto del país está en calma, pero Carlos Ortega, acompañado por la televisión, llama a marchar sobre Miraflores. Es una conspiración”. A las 13:40, funcionarios de segundo nivel anticipan sin conocerlos todavía los acontecimientos a seguir: “Avanzan por la autopista... Hay que dejarlos que manifiesten, pero detenerlos antes de que lleguen aquí. Si no, los Círculos Bolivarianos se van a movilizar y esto va a terminar en un desastre”.

Los hombres de uniforme saben ser maquiavélicos. El alto mando de la Guardia Nacional no ordena ninguna maniobra de envergadura. La oposición llega a menos de 100 metros de Miraflores y de las decenas de miles de chavistas armados con palos y

piedras que descendieron apresuradamente para proteger al Presidente, rodeando el palacio presidencial. Quince guardias nacionales, ni uno más ni uno menos, se interponen para impedir el choque. Escena surrealista, el de mayor rango se vuelve hacia los fotógrafos y pregunta angustiado: “¿Alguien puede prestarme un teléfono móvil, así pido refuerzos?”. Sus hombres logran estabilizar la situación usando gases lacrimógenos.

Se atribuye a los Círculos Bolivarianos haber disparado a mansalva contra una manifestación pacífica, provocando los 15 muertos y 350 heridos (157 por armas de fuego) de esa jornada trágica. Es falso. Misteriosos francotiradores apostados sobre los techos de un edificio de unos diez pisos, provocan las primeras cuatro víctimas entre los defensores del palacio. Después, tras haber hecho subir la temperatura al paroxismo, se ensañan con la oposición, con precisión mortal. La confusión es total, se generaliza la refriega. Cerca de la estación de metro El Silencio, una cuadrilla de la Guardia Nacional responde a las piedras que lanza la “sociedad civil” con enjambres de granadas lacrimógenas, pero también con armas de guerra. Pequeños grupos de la policía metropolitana del intendente opositor Alfredo Peña disparan sobre todo lo que se mueve, sin discernimiento, aunque otros colegas se comportan decentemente.

La Guardia de Honor del Presidente “habría detenido a tres francotiradores, dos de ellos agentes de la policía de Chacao (un barrio del este de la capital) y uno de la policía metropolitana” (9). En el calor de los enfrentamientos, un joven anonadado atestigua: “Vimos dos, estaban de uniforme”. Al día siguiente, sobre las pantallas de Venevisión, el vicealmirante sedicioso Vicente Ramírez Pérez confía: “Teníamos el control de todos los llamados telefónicos del Presidente a los comandantes de unidad. Nos reunimos a las 10 de la mañana para planificar la operación”. ¿Qué operación? A esa hora, oficialmente, la marea opositora no había sido desviada todavía hacia Miraflores.

Pero logran el objetivo buscado. A las 18, “trastornado por la cantidad de víctimas”, el general Efraín Vázquez Velasco anuncia que el ejército no va a obedecer al presidente Chávez. Unas horas antes, la casi totalidad del comando de la Guardia Nacional había hecho lo mismo. A las 3:15 de la mañana siguiente el general Lucas Rincón lee un último comunicado: “Ante tales hechos, se le solicitó al señor Presidente de la República la renuncia a su cargo, la cual aceptó”. Este mensaje se transmitiría por televisión, cada veinte minutos, durante las 36 horas siguientes.

Designado el 12 de abril Presidente de la República, el patrón de patrones Carmona disuelve la Asamblea Nacional y todos los organismos constituidos y destituye a gobernadores e intendentes surgidos de las urnas. Dotado de todos los poderes, escucha al vocero de la Casa Blanca, Ari Fleischer, felicitar al ejército y a la policía venezolanos “por haberse negado a disparar contra manifestantes pacíficos” y

concluir: “Simpatizantes de Chávez dispararon contra esa gente y eso llevó rápidamente a una situación que lo llevó a renunciar”. Mientras la Organización de Estados Americanos (OEA) se dispone a condenar el golpe de Estado, los embajadores de Estados Unidos y España en Caracas se desplazan para saludar al Presidente *de facto*.

En este país que en los últimos tres años de “dictadura” no tuvo que deplorar asesinatos, desapariciones, presos políticos ni censura de prensa, la represión se abate sobre ministros, diputados y militantes; se allanan decenas de locales y habitaciones, 120 chavistas van a parar a la cárcel. En las ondas de Venevisión, donde es entrevistado por la periodista Ibeysa Pacheco, el coronel Julio Rodríguez Salas, con una gran sonrisa, concluye su intervención: “Tuvimos un arma extraordinaria: los medios. Y ya que tengo la oportunidad aprovecho para felicitarla”. En nombre de la democracia, la “sociedad civil” acaba de instaurar una dictadura. Será el pueblo quien restaure la democracia.

Se conoce lo que siguió. Chávez se rindió sin resistencia para evitar un baño de sangre, pero no renunció. El 13 de abril cientos de miles de sus partidarios ocuparon las calles y plazas de todo el país. A la hora de la siesta, su Guardia de Honor volvió a ocupar Miraflores y ayudó a algunos ministros a ocupar el despacho presidencial. Siguiendo el ejemplo del general Raúl Baduel, jefe de la Brigada 42 de paracaidistas de Maracay, comandantes fieles a la Constitución retomaron el control de las guarniciones. Dividido, sin perspectiva clara, temiendo una reacción incontrolable de la población y enfrentamientos entre militares, el alto mando pierde pie. Por la noche, el Presidente legítimo de la República Bolivariana de Venezuela es devuelto a sus funciones.

Aparentando no haber extraído ninguna lección de estos acontecimientos trágicos, unos días más tarde la oposición volvió a incrementar la presión. Sin embargo, evocando el mar de fondo que desde hace tres años conmueve al país, una militante advirtió: “Que no se hagan ilusiones. Con o sin Chávez, Venezuela nunca será como antes”. ■

1. Ignacio Ramonet, “Chávez”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, octubre de 1999; y Pablo Aiquel, “Un president bolivarien pour le Venezuela”, *Le Monde diplomatique*, París, noviembre de 2000.

2. Datanalisis, en *El Universal*, Caracas, 14-3-02.

3. Después de haber roto vínculos pero sin aliarse a la oposición, el PPT se unió de nuevo a Chávez. Parte del MAS también le siguió siendo fiel.

4. El coronel Pedro Soto, el contraalmirante Carlos Molina, el capitán Pedro Flores y el comandante Hugo Sánchez.

5. La crisis de Medio Oriente también influyó en esa suba de precios.

6. Luis Bilbao, “Chávez frena a la oposición”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, abril de 2002.

7. *Miami Herald*, 7-2-02.

8. Implicado en el escándalo Irán-Contras en los años 80, estrechamente vinculado con el lobby cubano-estadounidense, su designación fue bloqueada durante mucho tiempo por el Congreso de Estados Unidos.

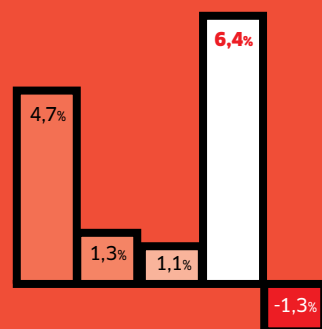
9. *El Nacional*, Caracas, 13-4-02.

*Periodista, ex redactor de *Le Monde diplomatique*, París.

Traducción: Marta Vassallo

Crecimiento del PIB

(porcentaje anual promedio por periodos)



1960-1973
1974-1989
1990-2003
2004-2012
2013-2014

Un documento único

El 11 de abril de 2002, los irlandeses Kim Bartley y Donnacha O'Briain, que filmaban un documental sobre la Revolución Bolivariana, se encontraban dentro del Palacio de Miraflores cuando se desató el golpe de Estado. Permanecieron allí hasta el regreso de Chávez al poder registrando en *La revolución no será televisada* un documento histórico sobre esas jornadas y el rol de los medios.

Movilización contra el “viejo Estado”

“Revolución en la Revolución”

por Renaud Lambert*

Frente a una burocracia considerada ineficaz y corrupta, el gobierno de Hugo Chávez impulsó en 2006 la creación de consejos comunales, un mecanismo de democracia directa para que las distintas comunidades pudieran hacer frente a sus problemas urgentes y sortear los obstáculos impuestos por los gobiernos locales y estatales. Estos organismos, establecidos para empoderar al pueblo, se convertirían en un pilar fundamental de la Revolución Bolivariana.



© Carlos García Rawlins / Reuters / Latinstock

El hombre hace una pausa. Las oficinas “no son lo suyo”. Sabe que con la gorra que lleva, una barba de tres días y sus jeans manchados, desentona. Pero no pasó casi una semana cruzando Venezuela para dejarse impresionar a último momento por un funcionario de la Asamblea Nacional. Juan Guerra, camionero del estado de Zulia, se acuerda de que tiene derechos y está enojado. Se recupera y golpea con el puño sobre la mesa: “¡No, nosotros no pedimos, nosotros exigimos que el camarada diputado transmita directamente nuestra queja al ciudadano Presidente!”.

En 2000, los 700 camioneros a quienes representan Juan y su compañero Johnny Plogar iniciaron juicio a sus empleadores, Cootransmapa, Coozugavol y Coomaxdi, tres empresas especializadas en el transporte de carbón que, según ellos, “usurpan el título de cooperativas para aprovechar la exoneración de impuestos y recibir contratos del Estado”. Remitidos de una oficina a otra, fueron recibidos sólo cinco años después, luego de haber enviado innumerables cartas, cuyas copias Johnny saca de una gruesa carpeta: “Ministerio”, “Municipalidad”, “Gobierno del estado”, “Presidencia”, etc. Pero, a pesar de que la Superintendencia Nacional de Cooperativas (SUNACOOOP) le retiró finalmente la “certificación” a las seudo-cooperativas en cuestión, la empresa nacional de extracción de carbón sigue utilizando sus servicios. Por su parte, el gobernador del estado, Manuel Rosales –firmante del decreto que destituyó a todos los cuerpos constituidos durante el golpe de Estado de 2002–, se toma su tiempo. Mientras, los patrones aprovechan para organizarse. Y enseguida comienzan las amenazas de los sicarios.

Cuando los dos compañeros llegaron a la Asamblea Nacional para tratar de hacerse oír, ya había una enorme cantidad de gente. Todos tenían las mismas reivindicaciones: “¡No a la burocracia! ¡No a la corrupción!”. Todos tenían también la misma certeza: “¡Estamos con Chávez!”. Pues los problemas provienen de una administración considerada “ineficaz”, cuando no “reaccionaria”. ¿Acaso el propio “ciudadano Presidente” no había declarado recientemente: “¡Nuestros enemigos internos, los más peligrosos para la Revolución, son la burocratización y la corrupción!”? (1).

El “proceso bolivariano” pone el acento en la participación popular como medio de transformar el aparato del Estado. Es lo que se llama en Venezuela “la revolución en la Revolución”. [...] “El pueblo organizado debe formar parte del nuevo Estado, participativo, social, de tal forma que ese viejo Estado anquilosado, burocrático, ineficaz, sea totalmente derrocado”, explicaba Chávez en 2004. Por en-

tonces, aludía sobre todo a las “misiones”, esos programas manejados por la “comunidad”, que pasan por encima del “viejo Estado” para responder a las urgencias sociales. La reciente creación de “consejos comunales” (2), el 10 de abril [de 2006], es una nueva etapa importante en la construcción de ese “nuevo Estado” y las formas de gobierno local en las que se apoyará.

Responsabilizar a la población

En la localidad de Vela de Coro, la Unidad de Poder Popular (UPP) funciona en una pequeña casa que la cobija del sol abrasador de la península de Paraguaná. Un cartel explica que los consejos comunales “impulsan la democracia participativa [...] para articular las organizaciones sociales en busca de soluciones a los problemas colectivos y saldar la deuda social del país”. Aquí fue la Municipalidad la que tomó la iniciativa de ayudar a crear esas organizaciones, “pero nosotros aportamos sólo herramientas, ayuda en caso de conflicto. Sólo la asamblea de ciudadanos puede adoptar decisiones”, precisa Xiomara Pirela, coordinadora de la UPP.

La tarea principal del consejo es coordinar e integrar las actividades de las organizaciones existentes en la comunidad: misiones, comités de tierras urbanas, comités culturales, etc. “Así que no es el representante, sino el portavoz de la asamblea de ciudadanos, que es en definitiva el último organismo de toma de decisiones del pueblo”, insiste Pedro Morales, director de la Fundación para el Desarrollo y Promoción del Poder Comunal (Fundacomunal) para el Distrito Capital, es decir, Caracas.

Xiomara Pirela busca en la nutrida pila de expedientes “en curso” que tiene sobre su escritorio y extrae unos planos dibujados con marcador, con trazos por momentos toscos. “La gente comienza haciendo un croquis social de la comunidad: las casas, los habitantes, los ingresos, y también los problemas de infraestructura, los problemas sociales...” Ese trabajo permite preparar, en asamblea, el “diagnóstico participativo” y decidir las prioridades: abastecimiento de agua, cloacas, creación de un centro de atención médica, etc.

A partir de esas bases, el consejo comunal propone sus proyectos a la asamblea de ciudadanos, los transmite a las autoridades competentes y administra directamente los recursos asignados por medio de un “banco comunal” que toma forma de cooperativa. Cada proyecto puede recibir hasta 30 millones de bolívares (unos 12.000 euros). Pero es posible recurrir a los consejos locales de planificación pública, a la Municipalidad o a las autoridades del estado para hacer inscribir proyectos más costosos en el presupuesto participativo del año siguiente.

En los cuatro estados de la región Occidente –Barinas, Mérida, Táchira y Trujillo–, los más adelantados, más de 3.000 proyectos ya recibieron cerca de 92.000 millones de bolívares (más de 35 millones de euros). A partir de 2007 se destinarán directamente al financiamiento de los consejos comunales la mitad de las sumas provenientes del Fondo Intergubernamental para la Descentralización (FIDES) y de lo generado en función de la Ley de Asignaciones Económicas Especiales (LAEE), derivadas de las minas y los hidrocarburos: cerca de 1.000 millones de euros. Las municipalidades y los estados, que hasta ahora se repartían esas enormes sumas, deberán contentarse con el resto.

Se comprende entonces la tentación de algunos alcaldes de hacer elegir en los consejos a personas de su entorno, a pesar de que la ley lo prohíbe. Sin embargo, “si bien los consejos comunales son efectivamente una respuesta a los problemas de burocracia y de corrupción, también permitirán responsabilizar a la población, acostumbrada a depender de un Estado paternalista... y a quejarse”, añade Morales. Y al parecer, la población está dispuesta a asumir sus responsabilidades.

Contraloría social

Este 16 de julio [2006], el inmenso edificio del bloque 45 de un barrio popular del oeste de Caracas llamado 23 de Enero, acaba de “dar el paso”, anuncia orgullosamente una de sus habitantes. “El barrio es conocido por ser uno de los más sucios de América Latina”, explica, mostrando la basura que se amontona al pie del inmueble, que los habitantes lanzan por la ventana sin preocuparse por los vecinos. Hoy, sin embargo, luego de media docena de asambleas preparatorias, “la gente decidió asumir su responsabilidad” eligiendo su consejo comunal.

Algo más arriba, sobre la colina, el barrio El Observatorio hace lo mismo. Una tela plástica amarrada en un rincón del barrio sirve de cuarto oscuro (“la votación debe ser directa y secreta”). Se forma la cola delante de las urnas de cartón, luego de que todos pudieron verificar que estaban vacías antes del comicio. En este caso, como en muchos otros, las mujeres asumen las responsabilidades. Lo que está en juego es importante y la ley es bien clara. Los afiches advierten: “Si no somos al menos un 20% de la comunidad la elección no será válida. ¡Después no hay que quejarse!” (3). Pero las organizadoras se muestran confiadas: “Los hombres van a venir. Yo le avisé a mi marido. ¡Si no viene a votar, no hay comida, ni ropa, ni nada!”.

En pocos meses ya se crearon, o están en formación, miles de consejos comunales en todo el país. Los anteriores a la promulgación de

la ley están siendo regularizados poco a poco. En el Distrito Capital ya existen más de 500 y se espera crear unos 50.000 en toda Venezuela. Eso obliga a preguntarse por qué haber esperado siete años para crear esos consejos. “En realidad, si los alcaldes y los gobernadores hubieran hecho su trabajo, no los hubiéramos necesitado. Todo esto, finalmente, es un poco gracias a ellos”, afirma Engels Riveira, del Consejo de Camunare Rojo.

El entusiasmo que se percibe por los consejos comunales muestra que son ante todo espacios de democracia que responden a una necesidad del “proceso”. La participación ya había sido fomentada a nivel laboral (cogestión, autogestión, desarrollo de cooperativas, que pasaron de menos de 1.000 en 1999 a 100.000 en enero de 2006) y cultural (por medio, por ejemplo, de comités culturales de barrio). Faltaba organizar las modalidades de participación a nivel político. De manera que la “comunidad”, que según los términos de la ley está formada por 200 a 400 familias en las ciudades, unas 20 familias en zonas rurales y un mínimo de 10 entre los indígenas, se convierte en la estructura gubernamental básica del “nuevo Estado”. Y los consejos comunitarios podrían resultar una importante herramienta en la construcción del “socialismo del siglo XXI”.

“En fin... si el dinero aparece”, dice Xiomara Paraguaná. “¡Si no aparece, lo vamos a ir a buscar!”; le responde otra de las integrantes del Consejo de El Observatorio. En ese barrio, luego de la elección, ya comenzaron a trabajar. Xiomara asistió a un taller de “elaboración de proyectos sociales” y muestra orgullosa su diploma. Las integrantes del consejo recibirán muy pronto una formación de ese tipo.

Frente a la inercia de algunos burócratas y “politicastos”, aquí hay que contar con la fuerza de la “contraloría social”. Los consejos comunales podrían ser una versión perfeccionada de la misma, y ayudar a los venezolanos a exigir del Estado los medios de ejercer su corresponsabilidad. En la vida de todos los días, el camionero Juan Guerra es una expresión de esa “contraloría”. Cuando, finalmente, un diputado lo recibe, dispara: “La Revolución es como una reja de hierro que nos protege de la burguesía. Si nosotros, el pueblo, dejamos que se oxide, la reja se viene abajo”. ■

1. *Aló Presidente*, 5-2-06.

2. El término “comunal” debe entenderse como “emanación de la comunidad”, no como referencia a la comuna.

3. Votan las personas de 15 años o más que viven en el barrio desde hace al menos seis meses.

*Jefe de redacción adjunto de *Le Monde diplomatique*, París.

Traducción: Carlos Zito



Rumbo al “socialismo del siglo XXI”

Claroscuros bolivarianos

por Ana María Sanjuan*

En 2007, tras ocho años de gobierno, los logros de la Revolución Bolivariana –participación política de sectores excluidos, recuperación de riquezas nacionales y mejor distribución del ingreso– no lograban ocultar la persistencia de la corrupción y de deficiencias que amenazaban al proceso de inclusión y democratización.

En varios sentidos, la Venezuela de hoy [2007] es radicalmente distinta a la de hace ocho años. El triunfo de Hugo Chávez en las elecciones de 1998 constituyó un cambio paradigmático en la política venezolana. Fue una respuesta popular a una crisis profunda del Estado (ineficiencia, clientelismo, altos niveles de corrupción); a la deslegitimación de unas elites que dejaron de entender las nuevas realidades del país, y al colapso del sistema de partidos y de cualquier forma de mediación política.

Se abrió paso así un proyecto de poder que combina de manera sincrética, según la etapa, actores y circunstancias, elementos militaristas, nacionalistas, cristianos, populistas y diversas tradiciones de izquierda, marcados por un fuerte personalismo político. Este proyecto se fundamenta, en lo esencial, en una recuperación del papel estratégico del Estado en la economía, con visos desarrollistas y soberanistas, y la reivindicación de los excluidos mediante la transferencia de poder político: el “chavismo” significa, tanto para los partidarios como para la oposición, el pueblo gobernando, el reconocimiento de los olvidados, el rescate del tema social como central en la política. Es por eso que cuenta desde sus inicios con una importante mayoría social, política y cultural, proveniente fundamentalmente de los sectores tradicionalmente relegados de la sociedad, que mantienen una cercana y constante vinculación emotiva con el Presidente de la República, en torno a cuyo liderazgo se ha centrado el proceso político venezolano.

El nuevo proyecto supuso un profundo recambio de las elites políticas y administrativas venezolanas

y reconfiguró la agenda política, dándole un marcado contenido social. En este sentido, la nueva dirigencia nacional promueve la democracia más allá de la representativa y liberal, concibiéndola no sólo como un marco político institucional de ordenamiento de la representación mediante elecciones libres y competitivas y división de poderes, sino como un modelo de promoción de la igualdad social, mediante la democracia participativa.

La democratización del poder y la riqueza, en una sociedad profundamente desigual, se convirtió en una propuesta política legitimada en cuatro elecciones por la mayoría de la población, la última de ellas en diciembre de 2006 con el 62,9% de los votos, lo que representa, en números absolutos y relativos, la más alta votación del “chavismo” y la más alta que haya obtenido ningún Presidente en el último medio siglo venezolano. La oposición, mientras tanto, mantuvo la participación, ligeramente disminuida, de los últimos ocho años, en los alrededores del 40%, indicador de un país que, para ciertos e importantes efectos políticos, se encuentra virtualmente polarizado social y políticamente.

Así, la lectura que hizo Chávez del último resultado electoral fue que su ofrecimiento de un “socialismo del siglo XXI”, y todos los demás de tipo político que hizo durante su campaña, tienen respaldo político. La propuesta, que exacerba el debate en la sociedad venezolana, se basa en la consideración de que el capitalismo es inviable para el logro de la democracia social; que a su vez ésta es imposible sin una sólida democracia participativa o directa, y que el socialismo del siglo XXI será cristiano, mariateguista, indigenista y no →

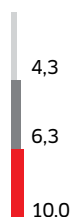


Reelección. Tras perder el referéndum constitucional de 2007, Chávez convocó otro referéndum en febrero de 2009, en el que logró que se aprobara la reelección continua de todos los cargos.

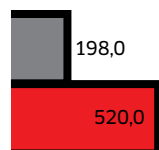
Tipos de cambio

(bolívars por dólar)

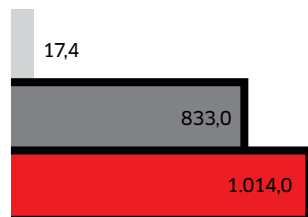
Oficial



Oficial marginal SIMADI



Negro



Diciembre de 2012

Diciembre de 2015

Mayo de 2016

→ repetirá las experiencias autoritarias de los socialismos realmente existentes del siglo XX.

El “socialismo del siglo XXI” comenzó a instrumentalizarse a inicios de 2007, mediante “5 motores” de arranque: a) la “Ley Madre” o Habilitante, que dará poderes especiales para elaborar las leyes que permitan el avance de una economía socialista; b) la Reforma Constitucional para impulsar el nuevo socialismo; c) la reforma educativa en función de la educación popular, para generar nuevos valores y transformar el “carácter y las costumbres” individualistas y capitalistas; d) una nueva geometría del poder nacional para la reorganización simétrica del poder territorial, y e) la afirmación del poder comunal para desmontar progresivamente el Estado burgués.

Esta iniciativa de reorganización del contrato social ha sido más adelantada en el ámbito económico, mediante la renacionalización de empresas consideradas de carácter estratégico (petróleo, electricidad y telecomunicaciones), así como en un conjunto de propuestas, cuya naturaleza y alcances se desconocen, ya que hasta ahora [agosto de 2007] el proyecto “socialista” está contenido en la Ley Habilitante y en la Reforma Constitucional, ninguna de las cuales es pública todavía. La Habilitante otorga al Ejecutivo capacidad para legislar sobre amplios temas, que van desde lo económico hasta el área de seguridad, por un período de 18 meses. El proyecto de Reforma Constitucional que será sometido a la Asamblea Nacional propone cambiar la arquitectura territorial del país y el régimen económico e incluye un nuevo poder del Estado (el Comunal), la reelección presidencial consecutiva y reformas fiscales y del Código de Comercio; regulación de las ganancias empre-

sarias; el cambio de primacía de distintas formas de propiedad colectiva y distintas formas de empresa –por ejemplo, de “beneficio social”– además de esquemas de gestión.

Sin embargo, desde diversos sectores, incluyendo algunos comprometidos con el chavismo, se ha alertado sobre la creciente concentración de poder en el Ejecutivo Nacional, así como de crecientes rasgos personalistas y autoritarios en el gobierno. La propuesta de Reforma Constitucional, por ejemplo, que se presume incluirá la reelección presidencial consecutiva y la reforma del revocatorio presidencial, entre otros temas de interés nacional, está siendo realizada con discreción por un grupo *ad hoc* seleccionado por el Presidente y hasta ahora no se ha abierto una discusión pública amplia, considerando el carácter de pacto político que tiene la Constitución.

Por otra parte, la forma en que se impuso la creación de un partido unido de la Revolución, el Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV; se han inscrito ya como aspirantes 5.800.000 ciudadanos) tiene cierto *déjà vu* militar: sus células serán “batallones socialistas”, y los organizadores se proponen crear 22.000 en todo el país. Más allá de las formas que asuma, la creación del PSUV ha dado lugar a una abierta confrontación y división de las bases chavistas, lo cual a la larga podría, según cómo evolucione, debilitar políticamente al propio Chávez.

Verticalidad o mayor democracia

Entre los avances más importantes logrados por la Revolución Bolivariana se encuentran la inclusión política, la recuperación de la dignidad y visibilidad de los excluidos, la política petrolera para viabilizar la democracia económica y social, la recuperación del Estado como eje central de la vida nacional y la política exterior.

La visibilidad de los excluidos explica el énfasis de diversas políticas sociales (gracias a una redistribución de la riqueza petrolera conforme a un patrón muy distinto al del pasado) y los procesos, algunos importantes y exitosos, de transferencia de poder hacia los sectores populares, mediante nuevos mecanismos de participación: Comités de Tierras Urbanas; Mesas Técnicas de Agua; Consejos y Bancos Comunes; Comités de Salud y Alimentación, etc., en un contexto de promoción de la democracia participativa y radical y gran movilización política. Una suerte de democracia continua que, dicho sea de paso, alimenta el caudillismo y pone en riesgo, a término, la pertinencia y la eficacia de las organizaciones políticas de mediación.

Ha habido, por otro lado, transformaciones muy importantes en el plano de la simbología política, que explican en cierta medida el hecho de que el respaldo al Presidente se mantenga muy alto, no obstante errores e insuficiencias de la gestión gubernamental.

A comienzos del período del presidente Chávez tuvo lugar una reorientación de la política petrole-

ra nacional para maximizar su renta. Aprovechando un contexto internacional favorable y gracias a un activismo especial con los países de la OPEP, Venezuela recuperó su ingreso y ello permitió al gobierno desarrollar una política de distribución de la renta petrolera con un profundo acento social, que a la postre ha permitido mejorar algunos indicadores sociales. Sólo en el área de educación el gasto gubernamental ha dado un salto del 3% al 9% del PIB durante los últimos 8 años. En 2007, 47% del presupuesto está orientado al gasto social. Por otra parte, el aumento del consumo del sector E (el más pobre de la población) ha sido de 159% en los últimos 3 años. En 2006 los venezolanos consumieron 54% más alimentos que en 2003 y 32% más que en 1998 (1) y la confianza del consumidor (también denominada “espíritu territorial bruto”), alcanzó, a fines de 2006, el nivel más alto desde 1982.

Es importante subrayar que éstas y otras medidas de parecida naturaleza han logrado disminuir la pobreza, más no la desigualdad en la distribución de los ingresos. Adicionalmente, esta redistribución, si bien es notoriamente más democrática, oscila entre la promoción de la organización social y el asistencialismo, lo que en ocasiones limita la participación. La nueva ley de los consejos comunales y la conformación de su institucionalidad (en la que la Presidencia de la República es un actor definitorio y permanente), presenta las mismas limitaciones y tensiones entre verticalidad y democracia directa.

En cuanto al papel del Estado, el gobierno se ha propuesto aumentar su capacidad de intervención y su protagonismo en la definición de un nuevo modelo de desarrollo, alternativo al neoliberal. Este proceso, que ha requerido importantes cambios institucionales para el fortalecimiento de la intervención estatal en la economía, coincide con una coyuntura de altos precios del petróleo, que propicia a su vez un mayor nacionalismo económico. En términos de avance de una mayor democracia económica, la actuación del Estado en los últimos 8 años se dirigió a ampliar masivamente el acceso al crédito de pequeñas y medianas empresas y cooperativas, buscando incorporar nuevos actores económicos. Igualmente, gran parte del esfuerzo productivo se ha centrado en la búsqueda de un desarrollo endógeno y de la promoción de cooperativas de producción de bienes y servicios.

Proceso contradictorio

En Venezuela se está viviendo un proceso político con cambios permanentes, a veces ambiguos o contradictorios. Varios de ellos apuntan en una dirección favorable a la democratización del poder y la riqueza. Pero en paralelo ocurren acciones o políticas que apuntan en sentido contrario: la corrupción, por ejemplo, no logra ser frenada. Si bien es cierto que ésta es histórica y estructural (debido en gran parte al tipo de Estado, conformado alrededor de la renta petrolera), una de las causas del ascenso de Chávez fue la percepción de que el desplazamiento de las elites políticas logra-

ría contenerla. Esto no ha ocurrido, pese a que es instrumentalizada políticamente por la oposición, lo que evita que se conozca bien la magnitud del problema. Hay muchas denuncias consistentes (realizadas incluso por el propio Presidente), indicadores de que el problema persiste e incluso se extiende.

El personalismo del proceso político, que lo hace descansar exageradamente sobre la figura de Chávez (a la que muchos ensalzan empalagosamente sin percatarse de que se trata de una debilidad del proceso de cambios); la intolerancia y el sectarismo ante los adversarios del proyecto de gobierno y, más recientemente, en el trato a quienes, aun estando alineados con el proceso de cambios, han puesto de manifiesto algunas críticas con relación a aspectos de la gestión oficial o la estrategia general del presente gobierno; la ausencia de evaluación y fortalecimiento de las nuevas instituciones creadas en 1999; la ineficiencia; el clientelismo; el desarrollo de proyectos industrialistas en territorios indígenas y de alta fragilidad ecológica; el surgimiento de nuevas elites económicas al amparo del Estado, y la ineficacia de las políticas de control del delito –las principales víctimas de la delincuencia son los jóvenes de los sectores populares (2)– siguen expresando a una sociedad profundamente clasista.

Entre los aspectos negativos corresponde resaltar la peligrosa debilidad estatal (que aumenta la ineficiencia gubernamental y la corrupción); la preeminencia de una revolución simbólica o la sobreideologización del proceso y la vida cotidiana; el permanente ejercicio de la política por otros medios (desde los medios y a través de los medios); el personalismo político con pulsiones cada vez más autoritarias; la profundización del petroestado y la carencia de un modelo de desarrollo alternativo sustentable. [...]

El reto fundamental es el desmantelamiento de prácticas corporativas y estilos clientelares que expresan verticalidad en el ejercicio de la política, que van radicalmente en contra del empoderamiento de los sectores populares, minimizando sus capacidades de conducir el proceso hacia una mayor democracia política, económica y social. Se trata del reto del fortalecimiento de las capacidades del Estado para cumplir efectivamente sus funciones, junto al fortalecimiento del Poder Popular para que éste ejerza un control efectivo del Estado, garantizando así su actuación en beneficio de los derechos de toda la población. ■

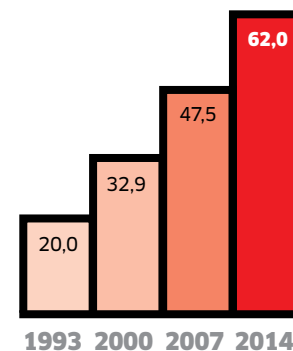
1. Cámara Venezolano-Americana de Comercio e Industria, “Perspectivas de Consumo 2007”, *Perspectivas Económicas 2007*, www.venamcham.org
2. Antonio González Plessman, “Venezuela: democratización y políticas públicas”, documento presentado en Washington, DC, en el evento “Venezuela después de la reelección de Hugo Chávez: dinámica política y desafíos”, 14-2-07.

*Directora del Centro para la Paz de la Universidad Central de Venezuela. Extractos de “Claroscuros bolivarianos”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, agosto de 2007.

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur

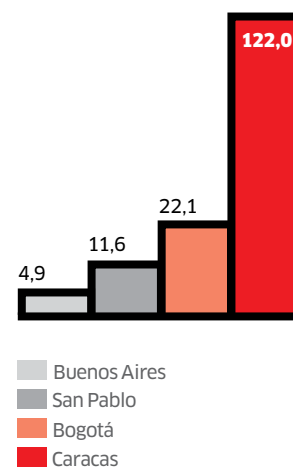
Tasa de homicidios en Venezuela

(cada 100 mil habitantes, 1993-2014)



Tasa de homicidios en grandes ciudades

(cada 100 mil habitantes, 2009)



En busca de la “Suprema Felicidad”

Estado y sociedad

por Margarita López Maya*

Desde 1999 las relaciones entre Estado y sociedad se modificaron sustancialmente. En ese entonces el empobrecimiento de la población, el virtual colapso del sistema político, el desaliento y la decadencia moral habían echado las bases para una ruptura radical con el pasado inmediato. ¿Cuál ha sido la naturaleza y la calidad del cambio en los años en que Chávez estuvo en el poder?



© Jorge Silva / Reuters / Latinstock

Con la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela (CRBV) comenzó el proceso de cambios. La democracia representativa se transformó en “participativa y protagónica”, incorporando los principios de descentralización y participación en la construcción del nuevo Estado, y una amplia gama de mecanismos de democracia directa y participativa para empoderar al ciudadano, mejorar la gestión pública y facilitar la igualdad social. La CRBV buscó fortalecer a la sociedad organizada frente al Petroestado propiciando una relación más simétrica entre ambos y, asimismo, potenciar al ciudadano frente a los todopoderosos partidos políticos, en particular los del bipartidismo, Acción Democrática y COPEI.

La CRBV fue uno de los grandes logros de la clase política emergente. Desde hacía casi veinte años las elites rechazaban los pedidos de reformas, temerosas de alterar las relaciones de fuerzas que las favorecían. La CRBV no rompió con la institucionalidad democrática lograda en el siglo XX, consagrada en la Constitución de 1961. Al contrario, la Constituyente de 1999 la amplió, incorporando mecanismos y principios directos para el empoderamiento de la sociedad civil y del ciudadano común.

A la luz de los desarrollos posteriores, resulta evidente que ese cambio institucional, si bien fue apoyado por amplias mayorías de ciudadanos y actores sociopolíticos, se enfrentó a factores de poder y diversos actores políticos y sociales, incluido el propio Presidente, que entendían por democracia participativa algo distinto a lo que quedó plasmado en la CRBV.

Institucionalidad emergente

La lucha política confrontacional y violenta que se desarrolló durante el primer gobierno del presidente Chávez lo favoreció y terminó alterando de manera sustantiva el proyecto de democracia participativa. Paradójicamente, mientras la superación por parte del gobierno del golpe de Estado, el paro petrolero, la huelga general, guarimbas callejeras y otras subversiones desarrolladas entre 2002 y 2005 por las fuerzas de la oposición fortalecían la legitimidad de los cambios asentados en la CRBV, el Estado participativo comenzó a naufragar bajo las orientaciones del Presidente y de fuerzas de su alianza.

A comienzos del primer gobierno de Chávez se construyeron instituciones de democracia participativa, que a partir de su segundo mandato, iniciado en 2007, fueron debilitadas, alteradas en sus objetivos o revertidas para dar paso a una relación distinta entre so-

ciudad y Estado, en el marco de otro proyecto político, el “socialismo del siglo XXI”.

Este proyecto se corresponde poco con el espíritu y la letra de la CRBV, pues construye un Estado bajo un esquema fuertemente centralizado con todo el poder decisorio concentrado en un “Presidente-Comandante” de la República. Su enfoque fortalece no a la sociedad sino al Estado y debilita toda la institucionalidad democrática liberal vigente en la Constitución. Hasta hoy [octubre de 2012], la legitimidad de leyes y acciones adelantadas por el gobierno para concretar esta propuesta es dudosa, pues estos contenidos fueron sometidos a referendo popular en 2007 y rechazados. El artículo 345 de la CRBV señala que una reforma constitucional rechazada, no puede ser vuelta a presentar en el mismo período constitucional, pero eso no ha detenido al Presidente, toda vez que obtuvo una interpretación del artículo mencionado favorable a sus deseos, gracias a la subordinación que le profesa el Tribunal Supremo. De esta forma, Chávez ha ido construyendo un “Estado Comunal” o “socialista” mediante un conjunto de leyes que ha decretado a través de facultades legislativas extraordinarias otorgadas por la Asamblea Nacional o por leyes que ésta aprobó, estando dicha Asamblea hasta 2010 bajo su total control.

El Estado Comunal es socialista, en la misma medida en que lo es el Estado cubano, o lo fue el Estado soviético y otros ya desaparecidos en Europa Central. Es un Estado no liberal, sin independencia de los poderes públicos, donde las decisiones las toma un Presidente-Comandante, y las organizaciones comunitarias, depositarias del “Poder Popular” –base de este Estado– son estructuras que desarrollan los planes y proyectos que les dicta el gobierno nacional. No hay sufragio universal, los consejos y comunas funcionan en asambleas, se les transfiere servicios para que los gestionen y administran recursos públicos. Dependen directamente del Presidente. Por otra parte, no se reconoce el pluralismo político; consejos y comunas deben construir el socialismo para ser reconocidos por el Estado y deben colaborar con las milicias bolivarianas en la defensa de la patria. Éstas son un nuevo componente no profesional de la Fuerza Armada, tampoco contemplado en la CRBV. El Estado Comunal es centralista y poco participativo, debilita autoridades subnacionales electas por los ciudadanos para sustituirlas por autoridades designadas por Chávez.

En la institucionalidad emergente se debilitan derechos civiles, como la libertad de expresión, la representación proporcional en

cuerpos deliberantes, la libertad de conciencia, el pluralismo y la alternancia política. Los militares se han hecho protagonistas en política y a ellos, como a la burocracia, se les exige estar con el proyecto del Presidente. Así, el Estado absorbe a la sociedad, se minimiza el poder de sindicatos y otras formas asociativas autónomas como ONG de derechos humanos. Todo se hace en nombre de un socialismo que superará el capitalismo y eliminará las desigualdades e injusticias.

Contrastes y debilidades

Ahora bien, ante este panorama cabe preguntarse cómo es posible que el Presidente y sus aliados conserven aún popularidad. Es necesario entonces centrarse en los logros sociales del chavismo, y en las peculiaridades de la economía venezolana. El contenido social del proyecto se ha orientado a la búsqueda de la “Suprema Felicidad” y a la creación del “Hombre Nuevo”, mediante masivas inversiones en políticas sociales, particularmente en más de treinta “misiones”, creadas desde 2002. Los objetivos del “Plan Socialista 2007-2014” son dejar atrás la pobreza y alcanzar la igualdad para 2013.

Desde 2003, el gobierno desarrolló el concepto de “misiones”, concebidas como operativos de emergencia para solucionar carencias históricas y/o generadas por las crisis previas. Las misiones tuvieron desde sus inicios implícitos propósitos electorales, primero con vistas al referendo revocatorio de 2004 y posteriormente a otros comicios, como la reelección presidencial de 2006, y ahora la tercera reelección de Chávez. Las misiones son estructuras de la administración pública paralelas a las tradicionales, y algunas, sobre todo las primeras, comportaron como requisito la organización y participación de las comunidades en la gestión del servicio. En muchas misiones, que cuentan con asesoría del gobierno de Cuba, actúa la Fuerza Armada. Las primeras misiones fueron Misión Robinson I y II, dirigidas a superar el analfabetismo y permitirle a la población adulta culminar la educación básica; Misión Barrio Adentro I, para garantizar el derecho de los pobres a la salud mediante la colocación en los barrios populares de servicios de atención preventiva y primaria, principalmente con médicos cubanos, y Misión Mercal, para distribuir y comercializar alimentos con subsidios. En la medida en que los ingresos fiscales se multiplicaban por el auge de los precios internacionales del barril de petróleo desde 2004, las misiones fueron aumentando, alcanzando hoy la treintena (algunas ya no funcionan,

otras lo hacen de manera irregular). Las más recientes “grandes” misiones: Vivienda, De los Hijos e Hijas de Venezuela, Mi Casa Bien Equipada y En Amor Mayor, buscan mitigar la pobreza de sectores especialmente vulnerables y asegurar el triunfo electoral de Chávez.

La combinación de la bonanza petrolera, que el gobierno ha disfrutado desde el año 2004 –con excepción de los años 2010 y 2011– con estas iniciativas sociales explica la importante mejoría en indicadores socioeconómicos como el de pobreza en estos trece años. Según cifras oficiales, la pobreza se redujo casi a la mitad desde 1998 (de 48% de familias pobres a 27,1% en 2011). La tasa de desocupación también se redujo de dos dígitos a uno y el Coeficiente de Gini es uno de los mejores de la región: 0,39.

Pero si se examina la gestión con más detalle, surgen grandes contrastes. Si bien las políticas sociales han sido eficientes en distribuir ingreso fiscal petrolero a sectores excluidos en el pasado, el ejercicio de las responsabilidades tradicionales del Estado está plagado de deficiencias. Una inflación de dos dígitos asola y anula los aumentos salariales; los apagones de luz en las ciudades son continuos; las insuficiencias en los servicios de transporte público provocan protestas diarias; la crisis de las cárceles venezolanas ha llegado a extremos obscenos; la espiral de violencia social –que se expresa en una tasa de homicidios espeluznante y en el aumento de delitos como los secuestros exprés– provoca desencanto y le quita votos a Chávez. Por otra parte, las denuncias de corrupción son permanentes; nada nuevo en el Petroestado, pero ahora no existen contrapesos de ningún tipo.

La debilidad mayor, sin embargo, pone en ascuas al proyecto socialista. Hoy como ayer, el modelo económico hace depender las estrategias y los planes del Estado de los inestables precios de los hidrocarburos en el mercado internacional. La Venezuela socialista, lo mismo que la capitalista, se ha hecho de un modelo económico estatista y poco productivo –no se sostiene en el trabajo– que sólo puede continuar mientras el precio internacional del barril sea muy alto. Cuando éste baja, como ocurrió en 2009 y 2010, entra en dificultades y puede naufragar. Como pasó con la “gran Venezuela” del presidente Carlos Andrés Pérez (1974-1979), todo puede venirse abajo en este “Estado Mágico”. ■

*Historiadora, doctora en Ciencias Sociales, investigadora del Centro de Estudios del Desarrollo, Universidad Central de Venezuela (CENDES-UCV).

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur





Los desafíos pos-Chávez

Crisis y decepción

por Pablo Stefanoni*

El fallecimiento de Hugo Chávez –oficialmente el 5 de marzo de 2013– y la caída de los precios del petróleo erosionaron los cimientos de la Revolución Bolivariana. Poco antes de las elecciones parlamentarias del 6 de diciembre de 2015, que ganó la oposición, el autor de este artículo analizaba el descontento de los venezolanos, que alcanza incluso a “chavistas no maduristas”.

En la oposición predomina la expectativa respecto a los comicios parlamentarios del 6 de diciembre [de 2015], aunque sin la certeza de que la crisis juegue automáticamente a su favor en las dimensiones que sus líderes y adherentes desean. Ahora la apuesta es al “factor López”, quien, tras su reciente condena, se ha transformado en un virtual mártir de la democracia y las libertades desde la cárcel de Ramo Verde.

Economista, 44 años, descendiente de Simón Bolívar de parte de su madre, buen orador y ex alcalde de Chacao, Leopoldo López fue encarcelado hace un año y medio [febrero de 2014] acusado de incitar a las protestas en las que el dirigente antichavista buscó desplegar en las calles la estrategia conocida como “La salida” (para forzar la renuncia de Nicolás Maduro, cuyo mandato termina recién en 2019), condimentada por las llamadas “guarimbas”. Y el pasado 10 de septiembre fue condenado a 13 años, 9 meses, 7 días y 12 horas de prisión por la jueza Susana Barrios, quien ocupa su magistratura de forma “provisional”. “Si me condena, le va a dar más miedo a usted leer la sentencia que a mí recibirla”, interpeló el dirigente opositor a la magistrada en la última audiencia, cuando en Caracas se esperaba con ansiedad la decisión del tribunal.

Esa ocupación de las calles –que culminó con 43 muertos, unos 600 heridos y centenares de detenidos– chocó entonces con la apuesta electoral de líderes como Henrique Capriles, del partido Primero Justicia, que en 2013 había estado cerca de derrotar a Maduro en las urnas. Ahora la oposición llama a “ca-

nalizar el descontento” en el voto del 6 de diciembre. En el nuevo escenario, salir a la calle significa acudir en masa a votar contra el gobierno. “La Justicia en ntra Venezuela está podrida [sic], hoy +q nunca entendamos q el camino a la libertad de Leopoldo y todos empieza el #6D”, tuiteó rápidamente Capriles.

“Matar un tigrito”

Los llamados bachaqueros son un grupo social emergente de la crisis venezolana. Se trata de los revendedores de productos básicos que no se pueden conseguir en supermercados o tiendas y cuya escasez provocó que las largas colas se volvieran parte del paisaje venezolano. Muchos de esos productos están regulados por la Ley de Precios Justos que, además, penaliza con cinco años de cárcel esa actividad, sin conseguir contener la “plaga”, como llamó a los bachaqueros el poderoso presidente de la Asamblea Nacional, Diosdado Cabello. El alcalde oficialista de La Victoria, Juan Carlos Sánchez, fue más allá: en la lógica de la “reeducación”, obligó a varios bachaqueros capturados a realizar trabajo comunitario vestidos con mamelucos de colores chillones con la leyenda “Soy bachaquero, quiero cambiar”. Y lo mismo ocurrió en Puerto Cabello pese a las críticas de organizaciones de derechos humanos que señalan que los alcaldes no pueden imponer penas.

Pero esta “plaga” tiene como caldo de cultivo una situación de escasez que el presidente Nicolás Maduro atribuye a la “guerra económica” contra su gobierno. Muchos venezolanos pasan siete u ocho horas a la semana haciendo colas (de acuerdo a su disponibilidad →



Heredero. Aquejado por la enfermedad, el 8 de diciembre de 2012 el presidente Chávez designó a Nicolás Maduro como sucesor en caso de que no lograra completar su cuarto mandato.

Asamblea Nacional

Agrupada en la Mesa de la Unidad Democrática, la oposición al chavismo ganó las elecciones legislativas del 6 de diciembre de 2015 con el 54,4% de los votos, contra el 41,6% del oficialismo. Alcanzó así el control de la Asamblea Nacional por primera vez desde 1999, con una discutida mayoría calificada de dos tercios (112 de 167 escaños).

→ de tiempo). En teoría, cada uno puede comprar el día que le toca según el último número de su documento, pero muchos van a hacer trueque a las filas, a “resolver”, a “matar un tigrillo”. Para comprar productos regulados hay que poner el dedo en un captahuellas electrónico. En Caracas dicen que antes el término “bucear” se usaba cuando alguien miraba a una chica o un chico por la calle, y que ahora se utiliza también para observar, con más o menos disimulo, lo que otros llevan en sus bolsas: harina PAN (utilizada para hacer arepas), champú, desodorante, máquinas de afeitar e incluso papel higiénico, así como numerosos medicamentos son algunos de los productos “escasos” –y/o excesivamente caros en el mercado negro– que les quitan el sueño a los venezolanos.

El cierre de la frontera con Colombia en el estado de Táchira se vincula con el mismo problema: la corrupción y el contrabando, sobre todo de combustible, que en Venezuela es casi gratis (1). Llenar un tanque de un automóvil promedio cuesta unos 4 bolívares, mientras que una cajita de chicles llega a 60. Pero a esto se suman los cuatro tipos de cambio, que van desde 6,30 (el que se usa para importar medicinas y alimentos) hasta 700 bolívares (el dólar paralelo), pasando por uno de 13,50 (que se utiliza para bolivarizar los gastos de los viajeros que consiguen permisos) (2) y otro de unos 200 bolívares. Una práctica expandida es viajar al exterior a “raspar tarjetas”: se consiguen dólares en efectivo mediante falsas compras, luego esas compras se bolivarizan al valor oficial y los billetes conseguidos son cambiados, al regreso, en el mer-

cado negro. En varias ciudades de América Latina hay puntos para “raspar” y las ganancias justifican el viaje y la estadía fuera de Venezuela.

En una reunión de la ONG Unión Vecinal en el barrio popular de Catia, en el oeste de Caracas, priman los críticos y también el escepticismo. “Tenemos que hacer colas kilométricas para comprar dos pollos, acá tenemos que guapear todos los días. ¿Qué esperamos? A veces ya no esperamos nada”, dice Mercedes Pérez, que lidera el colectivo de mujeres emprendedoras ATRAEM. Otro dice, para explicar su mala situación: “Yo no tengo ni pistola, ni estoy enchufado, ni tengo contactos con el gobierno” y un tercero explica por qué a la oposición le cuesta tanto crecer, incluso en el actual escenario de crisis: “Algunos opositores creen que estamos en la IV República [antes de la V de Chávez], que porque la gente esté arrecha [enojada] con el chavismo va a votar por la oposición. Antes era así, entre adecos y copeyanos (3), pero ya no funciona de esa manera”.

La oposición está articulada en torno a la Mesa de la Unidad Democrática (MUD), a la que se sumó una treintena de partidos, y es controlada por el denominado G4, compuesto por los partidos Voluntad Popular, de Leopoldo López; Primero Justicia, del ex candidato presidencial Henrique Capriles; la tradicional y hoy debilitada Acción Democrática (AD), y Un Nuevo Tiempo, liderado por el también ex presidente y ex gobernador de Zulia Manuel Rosales, actualmente autoexiliado en Panamá. Un problema de la oposición para llegar a los sectores populares es el origen de “niños ricos” de sus tres principales líderes (Capriles, López y María Corina Machado), en un contexto de clasismo y racismo estructurador de jerarquías sociales que Chávez fue capaz de visibilizar y politizar presentándose él mismo como un mulato. Por eso muchos antichavistas lo llamaban “mono”, haciendo un juego de palabras con “mico-mandante”. Mientras que el partido que lidera López –Voluntad Popular– se considera a sí mismo como socialdemócrata, y fue aceptado como observador en la Internacional Socialista, para el oficialismo se trata de una oposición de extrema derecha que quiere desestabilizar al gobierno con apoyo externo.

Hoy, en el contexto de deterioro económico y falta de un liderazgo carismático, el chavismo vive una crisis emocional y partidos más pequeños como Marea Socialista buscan capitalizar el descontento en clave “chavista pero no madurista”. El eje de su campaña, por estos días, es la Plataforma para una auditoría pública y ciudadana para “detener el desfalco, la fuga de divisas y la corrupción”. “Marea busca contener a los decepcionados, evitando que se vayan a la oposición”, resume su líder Nicmer Evans, quien considera que su partido sufre una suerte de proscripción en virtud de la

cantidad de candidatos invalidados de su fuerza, incluido él mismo.

Socialismo militar

Una arista del chavismo fue, desde el comienzo, la fuerte presencia de los militares en el gobierno, y esa presencia no ha hecho más que aumentar tras la muerte del Presidente. “Nunca los militares tuvieron tanto peso económico y político, ni siquiera con la dictadura de [Marcos] Pérez Jiménez [1953-1958]”, dice el historiador Tomás Straka. Doce de los veintitrés gobernadores provienen de las fuerzas armadas. Y una gran proporción de los altos funcionarios lucen o lucieron uniformes verde oliva. El propio Chávez dijo, en 2013, que Pérez Jiménez había sido uno de los mejores presidentes de Venezuela (4).

Hoy, algunos chavistas críticos se ven entre la espada, los militares, y la pared: Nicolás Maduro, el sucesor de Chávez, ex chofer de metrobús y hombre muy cercano a Cuba. Maduro revalidó su poder frente a Capriles triunfando por escaso margen (50,6% a 49,1%) el 14 de abril de 2013. Los militares son acusados, con evidencias, de formar parte de vastas redes de contrabando en la frontera con Colombia y de estar involucrados en numerosas corruptelas con las importaciones de alimentos y equipos médicos, sobre todo desde China.

El problema es que si bien el chavismo tiene filones autoritarios –y violatorios de la división de poderes (5)– está lejos de generar un orden, y ese autoritarismo, a menudo, es desorganizador en varias dimensiones. En ese marco, Venezuela vive una profunda crisis de seguridad: la vida nocturna de Caracas se fue apagando al ritmo de los datos que la posicionan como una de las ciudades con más crímenes del mundo; los secuestros son parte de los argumentos para migrar, y las cárceles funcionan como fortalezas en las que el Estado sólo controla las murallas, dejando que en su interior operen todo tipo de redes criminales lideradas por los llamados Pranes (PRAN: preso reincidente asesino nato). El asesinato de la ex reina de belleza Mónica Spear en enero de 2014 conmovió a los venezolanos y puso el tema en los medios internacionales. En cada restaurante de Caracas hay colgado un cartel que prohíbe la portación de armas y municiones. Y ese clima de violencia está en la base de la puesta en marcha de la controvertida Operación de Liberación y Protección del Pueblo (OLP), que para la organización de derechos humanos Provea impulsa acciones de las fuerzas militares que carecen de cualquier garantía; incluso chavistas críticos consideran que termina por criminalizar los barrios y la pobreza.

A esto se suman diversos grupos políticos armados, como algunos de los llamados colectivos, organizados para “defender a la Revolución” y que responden a diferentes liderazgos. Entre ellos se

encuentran La Piedrita, Tupamaros, Alexis Vive o 5 de Mayo. Pero también otras organizaciones militarizadas como los Comandos Populares Antigolpe, las Milicias Estudiantiles y Campesinas, la Brigada Especial contra las Actuaciones de los Grupos Generadores de Violencia, la Fuerza de Choque de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana o las Milicias Obreras (6).

Maduro vuelve a apelar a un libreto conocido: denuncia intentos de asesinato de la derecha uribista, una guerra económica y otras amenazas –reales, exageradas e imaginadas–, sin prestar suficiente atención a las propias dinámicas económicas que genera el desorden monetario. El salario mínimo es de 10 dólares a la cotización del paralelo, que está fuera de control, lo cual termina alentando la creatividad popular para conseguir los productos básicos. Venezuela sigue importando casi todo lo que consume, lo que agrava la crisis, y la “siembra de petróleo” fue otra vez, como en el anterior auge petrolero de los 70 con la Gran Venezuela de Carlos Andrés Pérez y su Estado de Bienestar, una quimera.

La muerte de Hugo Chávez y la desorganización económica acabaron con la perspectiva de algún tipo de “socialismo del siglo XXI” (el creador del término, Heinz Dieterich, es hoy un opositor radical a Nicolás Maduro). El propio Cabello advirtió desde su programa *Con El Mazo Dando* sobre los riesgos de división dentro del chavismo y el Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV). En ese programa, el líder del ala militar del chavismo suele utilizar información de los “patriotas cooperantes”, informantes destinados a combatir a los “escuálidos”, como se denomina a los opositores en el militarizado lenguaje chavista. ■

1. Sobre los abusos y expresiones de xenofobia involucrados en esta operación, véase Daniel Pardo: “‘D’, la marca que condena al derrumbe las casas de los colombianos deportados de Venezuela”, BBC en español, 26-8-15.

2. Para conseguir cupos de dólares para viajar al exterior es necesario tener una cuenta en un banco estatal, pero el sistema público se encuentra desbordado de solicitudes.

3. Por los partidos AD (Acción Democrática, socialdemócrata) y COPEI (Comité de Organización Política Electoral Independiente, socialcristiano).

4. “Yo creo que el general Pérez Jiménez fue el mejor presidente que tuvo Venezuela en mucho tiempo. ¡Ufff! Fue mejor que Rómulo Betancourt, fue mejor que toditos ellos. No los voy a nombrar. Fue mejor, ¡Aahh! Lo odiaban porque era militar”, *El Universal*, Caracas, 23-1-13.

5. La propia presidenta del Tribunal Supremo de Justicia, Luisa Estela Morales, dijo que la división de poderes debilita al Estado (*El Universal*, Caracas, 5-12-09).

6. “Situación de los derechos humanos en Venezuela”, Informe anual enero/diciembre 2014, Provea, Caracas, 2014.

*Jefe de redacción de la revista *Nueva Sociedad*, Buenos Aires.

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur

FIN DE UNA ERA

2012

Dominio

7 de octubre: con el 55% de los votos, más de 8.100.000 electores, Hugo Chávez, aquejado por la enfermedad, es reelegido para su cuarto mandato consecutivo.

2013

Duelo

5 de marzo: se anuncia la muerte de Hugo Chávez tras una larga agonía cubierta de misterios. Nicolás Maduro asume como vicepresidente interino.

2013

Delfín

14 de abril: designado por Chávez como su heredero político, Maduro se impone a Henrique Capriles en las elecciones presidenciales con el 50,6% de los votos.

2015

Derrota

6 de diciembre: la oposición gana las elecciones legislativas, inaugurando un período altamente conflictivo entre los distintos poderes del Estado.

2016

Desafío

2 de mayo: la oposición entrega al Consejo Nacional Electoral 1,8 millones de firmas para activar la realización de un referéndum revocatorio contra el presidente Maduro.



3

Venezuela hacia afuera

LA ESPADA DE BOLÍVAR

En tiempos en que todavía reinaba el Consenso de Washington, la Revolución Bolivariana se propuso desde un primer momento sacar a Venezuela de la órbita estadounidense a través del fortalecimiento de América Latina como bloque de poder autónomo y la promoción de un orden global multipolar. Utilizó sus recursos petroleros para fomentar nuevas modalidades de integración e impulsar la cooperación Sur-Sur, pero los resultados no siempre fueron los esperados.



Petróleos de El Salvador

ALBA PETROLEOS

T-47B

AGUA SCI

18,000 Bls.



ALBA
SONDA
SONDA
SONDA





Logros y fracasos de la política exterior bolivariana

La “diplomacia de los pueblos”

por Daniele Benzi*

La acción exterior de la Revolución Bolivariana es a menudo despreciada como una “diplomacia de la chequera”. Sin embargo, desde un principio tuvo claros sus ejes: la promoción de un orden global multipolar, la construcción de un bloque de poder regional, la defensa de la soberanía estatal sobre los recursos naturales y la búsqueda de independencia de la órbita estadounidense.

Un aluvión de petrodólares en medio de un huracán. Así, con toda probabilidad, quedará retratada la política exterior bolivariana en la novela de guerra y terror en que, una vez más, se ha convertido el mundo a inicios del tercer milenio. O así, por lo menos, serán retratadas las maniobras visionarias y desobedientes desplegadas en años eufóricos de revolución y precios estelares del “oro negro” por ese huracán que, en palabra de fieles camaradas y acérrimos enemigos, fue Hugo Rafael Chávez Frías. Ahí radica el secreto, el truco si se quiere, la farsa o aun la tragedia. En la novedosa puesta en escena de un libreto antiguo. Un dueto ya conocido en la historia de Venezuela que retorna a la escena como fantasma irredimible. El “brujo magnánimo” y el “excremento del diablo” (1). Nostalgias redentoras y fugas hacia adelante. La gesta emancipadora como destino ineluctable. Y, al final, el fenómeno transfigurado en mito heroico.

Aun así, sería un error creer, como hace la mayoría de los detractores, que la política exterior bolivariana se agota en mero “petropopulismo” y “diplomacia de chequera”, supuestamente para complacer las ambiciones desmesuradas del libertador-caudillo-socialista. Por detrás de las formas y de los clamores mediáticos, por detrás inclusive de la propia retórica chavista, se halla lo que Steve Ellner llama los “asuntos sustanciales” (2).

La activa promoción de un orden global multipolar fue envuelta en un vehemente discurso antiimpe-

rialista después de 2003. La adopción de una mirada latinoamericanista hacia la integración regional asumió tonos y tintes muy a contracorriente del consenso dominante a principios de siglo sobre el libre comercio. La firme concepción de la soberanía estatal sobre los recursos naturales y, en particular, el nacionalismo energético tuvieron como correlato una visión geopolítica del petróleo y de su manejo en las relaciones internacionales. Todo lo anterior, por último, vino de la mano con la búsqueda de un mayor protagonismo del país y de su líder en los asuntos globales con el afán de desvincular a Venezuela de la órbita estadounidense.

Así, a pesar de las continuidades, la tesis de una “drástica reorientación” y “radicalización” de la política exterior recibió adhesiones prácticamente unánimes. La carga ideológica, la postura antiimperialista, la orientación contrahegemónica y sucesivamente anticapitalista serían los determinantes de cambios profundos en sus valores, principios y objetivos.

Sin embargo, pese a su nacionalismo y al temprano empeño en revitalizar la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), la posición internacional de Chávez apuntó a la moderación en un inicio. Los primeros años en el poder se dieron en un escenario doméstico favorable en el terreno electoral pero políticamente muy tenso, signado por la quiebra del juego de negociaciones y compromisos del viejo Pacto de Punto Fijo y por el desplazamiento de las elites tradicionales de lugares clave del aparato estatal. →



Poder militar. Las Fuerzas Armadas han adquirido un rol protagónico en la política y el Estado. Su capacidad de fuego ha sido reforzada principalmente por compras de armamento a Rusia.

Consejo de Seguridad

El 16 de octubre de 2014, Venezuela fue designada por unanimidad por el Grupo de América Latina y el Caribe ante las Naciones Unidas (GRULAC) para ocupar por dos años (2015-2016) uno de los escaños en el Consejo de Seguridad en representación de la región. Obtuvo 181 votos de la Asamblea General, sorteando la resistencia de Estados Unidos.

→ El golpe sufrido en 2002, al que siguió un paro petrolero-patronal por el control de PDVSA, marcaron un parteaguas decisivo en la orientación del proceso bolivariano. Ambos acontecimientos contaron con el aval, si no propiamente con el apoyo, del gobierno neoconservador de George W. Bush. El mismo efecto tuvo el giro belicista de la política exterior estadounidense después de los atentados del 11 de septiembre de 2001. A raíz de estos hechos quedó claro a las elites dirigentes bolivarianas que la consolidación del proceso y la apuesta por la radicalización de la Revolución estarían atadas a su proyección internacional tanto en clave defensiva como ofensiva. Desde entonces, la figura carismática de Chávez protagonizó no solamente el escenario político interno, sino también la política exterior, liberando la Cancillería de los elementos hostiles a la Revolución y sujetándola totalmente a la voluntad del Ejecutivo, es decir, del Presidente.

“Guerra popular prolongada”

Con la participación de un importante número de asesores extranjeros, entre los cuales se destacaron aquellos de nacionalidad cubana por capacidad de influencia, los años 2004 a 2007 fueron de intensa elaboración conceptual y estratégica para redefinir el rumbo del proceso. La nueva visión de la política internacional quedó plasmada en el “Proyecto Nacional Simón Bolívar. Primer Plan Socialista –PPS–. Desarrollo Económico y Social de la Nación 2007-2013” (3).

La construcción de un orden global multipolar fue vinculada a la creación de nuevos polos mundiales de poder con el fin explícito de romper la hegemonía del imperialismo norteamericano. Acto seguido, se dibujó una estrategia que fuera capaz de neutralizar la agenda estadounidense. En la jerga de las relaciones internacionales esta práctica se define como *soft balancing*, porque está basada en medios no militares. Y, en efecto, especialmente en el caso latinoamericano y caribeño, la integración pasó a ser la clave de bóveda para consolidar un nuevo bloque de poder regional. De la misma manera, se instó a impulsar acciones y mecanismos novedosos de concertación política y diplomática, de cooperación y solidaridad internacional. En línea con la noción de “diplomacia de los pueblos” paralela a la diplomacia tradicional, se contempló poner en marcha campañas de formación, difusión y apoyo a la Revolución utilizando las embajadas y las sedes consulares, entre otros canales. Los críticos insistieron en que ello expresaba claramente la vocación expansionista del proyecto chavista y, en particular, del giro hacia el “socialismo del siglo XXI”. Finalmente, bajo el supuesto (equivocado) del incremento de la demanda de hidrocarburos y de la estabilidad de los precios, se identificó como fundamento del “nuevo mapa geopolítico” el “desarrollo energético”, vaticinando la conversión de Venezuela en una “potencia energética mundial”.

En el mismo período tomó cuerpo un nuevo enfoque sobre seguridad y defensa. La Doctrina Militar Bolivariana se fundó en la percepción de la amenaza estadounidense y en las hipótesis de “guerra asimétrica” y “guerra popular prolongada”, esta última de clara inspiración maoísta. Además de las experiencias vividas entre 2002 y 2004, el derrocamiento violento de regímenes aliados o cercanos como los de Irak y Libia, el embargo a Irán, las tensiones recurrentes con Colombia, los reveses en Honduras y Paraguay y, por último, los conflictos de diferente índole en curso entre la potencia norteamericana y el régimen sirio o ruso, contribuyeron de manera determinante en esta orientación. Ello implicaría entre otras cosas el desarrollo de capacidades militares para la disuasión y la defensa integral del país, el fortalecimiento de la relación cívico-militar y, desde luego, la estrecha articulación de la seguridad y de la defensa nacional con la política exterior.

A pesar de la insistencia en lo “nuevo” –si bien ahora en un contexto pos Guerra Fría–, la impronta del tercermundismo clásico y de las experiencias del nacionalismo revolucionario de la década de 1970 es elocuente. No sólo por lo dicho anteriormente, sino porque los principios de autodeterminación, soberanía, solidaridad y coexistencia pacífica entre los pueblos constituyen la contracara de la denuncia del imperialismo.

Ahora bien, se puede compartir más o menos estos diagnósticos y la ideología que los orienta. Se puede cuestionar las formas y las modalidades con

las cuales se persiguieron estos objetivos. A la luz de la situación actual, se puede legítimamente dudar de su alcance y efectividad tanto en el plano regional como global. Pero resultaría bastante complicado sostener que la política exterior bolivariana no ha sido consecuente con sus premisas y programa de acción. Y eso, en buena medida, se debió a la tenacidad del líder y a la copiosa aunque circunstancial disponibilidad de recursos, pero también al momentáneo empantanamiento estadounidense en Medio Oriente y al paulatino florecer en la región de un abigarrado conjunto de gobiernos progresistas. Todo ello, en fin, conspiró para que entre los años 2005 y 2012 la política internacional bolivariana fuera mucho más asertiva y ambiciosa.

Geopolítica del petróleo

Una de las primeras acciones polémicas de Chávez fue el "rescate" de la OPEP del olvido al que parecía condenada desde los años 1980. En el verano de 2000, el mandatario venezolano organizó una gira para invitar personalmente a todos los presidentes de esa organización a una cumbre en Caracas. La última reunión de este tipo había sido celebrada en Argelia en 1975. El viaje de Chávez incluyó entrevistas amistosas y ampliamente televisadas con parias internacionales como Muamar Gadafi y Saddam Hussein. Demócratas y republicanos estadounidenses no escondieron su irritación. Pero quizás esa expedición fue particularmente molesta para los "halcones" neoconservadores que en ese mismo momento urdían secretamente en Washington sus planes para redibujar la geografía de Medio Oriente. Aun sin lograr el viraje radical que hubiese querido tras la escalada de las tensiones con el gobierno de G. W. Bush, al activismo del líder venezolano en la OPEP se le atribuye un importante papel en el incremento de los precios del crudo iniciado en esos años.

En el frente interno, con la reversión de la llamada "apertura petrolera" de los noventa, la política energética bolivariana intentó romper con el exorbitante poder de las transnacionales occidentales reforzando el papel del Estado, impulsando una política de maximización de precios y captación de rentas y regalías, diversificando la inversión extranjera y tratando de reorientar las exportaciones hacia otros grandes mercados, además del estadounidense, en particular el asiático y el sudamericano. Es suficiente mencionar la Ley de Hidrocarburos de 2001, que sin duda fue uno de los factores que desencadenaron el golpe de abril de 2002 y el sucesivo paro petrolero, y las numerosas modificaciones y ampliaciones posteriores. En algunos casos hubo fricciones y hasta salida del país de empresas ya empeñadas en la exploración y explotación de la Faja del Orinoco, la mayor reserva de petróleo pesado y extrapesado del planeta. Pero, por el otro lado, PDVSA logró cerrar un buen número de contratos y acuerdos de inversión con empresas públicas y privadas de China, In-

dia, Vietnam, Malasia, Rusia, Bielorrusia, Irán, además de varias naciones sudamericanas y europeas.

En la mayoría de estos casos, el gobierno bolivariano ha buscado intensificar las relaciones comerciales *tout court*, con el fin de promover el intercambio tecnológico y reducir su dependencia de Estados Unidos no sólo por ser el principal comprador del petróleo venezolano, sino también como mayor proveedor de bienes y servicios al país. Se destaca en este sentido la relación con China, que se volvió rápidamente un socio comercial muy significativo y, sobre todo quizás, una fuente vital de financiamiento (endeudamiento) para el gobierno.

No obstante, aun cuando la exportación de crudo y productos refinados a Asia se haya incrementado de manera constante en el último decenio, Estados Unidos sigue siendo un mercado importante para PDVSA a pesar de que después de 2008 las ventas a este país cayeron casi a la mitad. En efecto, al cabo de una década de intentos de diversificación económica y comercial, no cabe duda de que Venezuela es actualmente mucho más dependiente de su vecino del Norte que al revés.

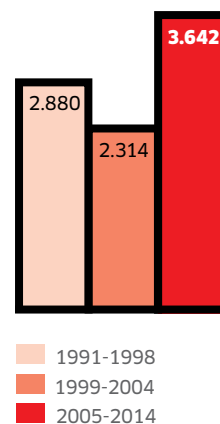
En los vínculos estrechados con Rusia, Irán, Siria, Bielorrusia, Irak y Libia antes de la caída de Hussein y Gadafi, pero también con Sudán y Zimbabwe, la geopolítica del petróleo se cruzó con el común denominador antiimperialista, ya que se trata de naciones que mantienen o han mantenido algún tipo de conflicto con Estados Unidos.

El gobierno venezolano se volvió un buen cliente en la compra de armamentos de varios países, pero los fabricantes rusos han sido los más beneficiados gracias también a los créditos ofrecidos para su adquisición. El programa de rearme se intensificó a partir de 2006 después de que el gobierno estadounidense, denunciando el traspaso de material bélico desde Venezuela a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y al Ejército de Liberación Nacional (ELN) colombianos, incluyera al país en la lista de Estados no cooperantes en la lucha contra el terrorismo. Las dificultades y prohibiciones en la compra también a terceros convencieron Chávez de renovar por completo la dotación del ejército. Desde entonces se han realizado además ejercicios militares conjuntos con Rusia y se estrecharon lazos para la formación de personal venezolano en ese país y en China.

La alianza política y diplomática entre la República Bolivariana y el Irán de Mahmud Ahmadinejad –nación que hasta 2015 sufrió sanciones internacionales por su programa nuclear– viabilizó también las relaciones con otros gobiernos latinoamericanos como los de Bolivia, Ecuador y Nicaragua. Venezuela ha firmado un gran número de convenios con la nación persa, pero parece que muchos quedaron en el papel mientras que otros son de escasa relevancia económica y comercial para ambos países. Con el cambio de mandatario en Irán, el común *leitmotiv* antiimperialista se enfrió significativamente. →

Gasto militar

(en millones de dólares constantes de 2011, promedio anual por períodos)

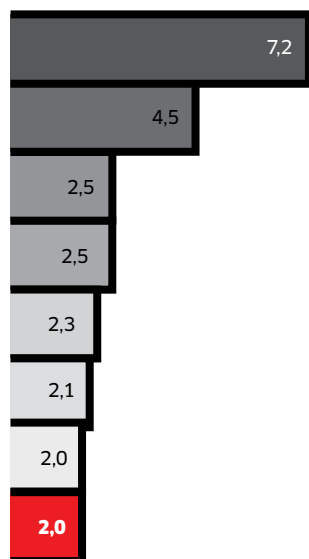


Apoyo ruso

Aliado político y económico de la Revolución Bolivariana, el gobierno ruso emitió un comunicado el 23 de mayo de 2016 lamentando el aumento de las tensiones y los anuncios desequilibrados de la OEA: "La injerencia destructora desde afuera es inaceptable. Nadie tiene derecho a imponer 'escenarios de colores'".

Principales exportadores de crudo

(millones de barriles diarios, 2014)



■ Arabia Saudita
 ■ Rusia
 ■ Irak
 ■ Emiratos Árabes
 ■ Canadá
 ■ Nigeria
 ■ Kuwait
 ■ Venezuela

“Amenaza”

En base al Acta para la Defensa de los Derechos Humanos y la Sociedad Civil en Venezuela votada por el Congreso estadounidense, el 9 de marzo de 2015 el presidente Barack Obama firmó una orden declarando a Venezuela “una amenaza inusual y extraordinaria a la seguridad nacional y la política exterior de EE.UU.”.



© Carlos García Rawlins / Reuters / Latinstock

Antiimperialismo. Tras el golpe de Estado de abril de 2002, apoyado por Washington, y las críticas de Chávez a la “guerra contra el terrorismo” de George W. Bush, las relaciones con Estados Unidos se quebraron de manera irreversible.

→ Paralelamente, inspirándose en la experiencia cubana, la diplomacia venezolana impulsó o patrocinó distintas iniciativas de gran visibilidad mediática alrededor de la figura de Chávez para promover la imagen y los logros de la Revolución Bolivariana. En el ámbito de varios organismos internacionales como la Organización de las Naciones Unidas (ONU) o en encuentros como el Foro Social Mundial, se buscó afianzar relaciones y lazos de solidaridad con gobiernos (especialmente africanos en este caso) y movimientos sociales afines o simplemente sensibles al mensaje chavista. En la misma línea, en numerosos países, incluyendo Estados Unidos y el Reino Unido, se brindó subsidios y apoyo a sectores marginales y a organizaciones populares. No por azar, sumándose al masivo despliegue de ayuda internacional y cooperación Sur-Sur en América Latina y el Caribe, Venezuela se volvió en esos años uno de los más importantes “donantes emergentes” a nivel mundial al lado de China, India y Arabia Saudita.

La “unidad latinoamericana”

La política exterior de Chávez se convirtió en un factor central de la reconfiguración del espacio sudamericano y caribeño a inicios de este siglo. Paralelamente a la oposición al Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) y a otras iniciativas estadounidenses en el área, el gobierno venezolano intentó articular un nuevo mapa regional de vínculos y alianzas en base a la afinidad con los demás gobiernos “progresistas” y algunos movimientos sociales anti-neoliberales.

La interacción con distintas organizaciones se expresó oficialmente bajo el lema de la diplomacia “desde abajo” y “de los pueblos”. Esto marcó una discontinuidad importante en la política exterior exponiendo al gobierno a ambivalencias y en algunos casos a fricciones con los mandatarios de países aliados y especialmente no aliados, pero también con los propios movimientos sociales. Dejando de lado la doble moral de los medios hegemónicos cuando denunciaron la injerencia chavista en los asuntos internos de otras naciones, es indudable que reproduciendo los dilemas típicos de un “Estado revolucionario”, juntamente a algunos beneficios en el corto plazo, la práctica de la “diplomacia de los pueblos” reveló varias dificultades que probablemente menoscabaron su eficacia y legitimidad.

A ello se añadieron periódicas polémicas con los mandatarios fieles al credo neoliberal como el mexicano Felipe Calderón o el chileno Sebastián Piñera. Las acusaciones al “caudillo populista” respondían a las mofas de Chávez sobre los “lacayos del imperio” y viceversa. Con la Colombia del ultraconservador Álvaro Uribe las fricciones trascendieron el plano verbal en distintas ocasiones. Retiro de embajadores, cierre de fronteras y hasta movimiento de tropas cuando el ejército colombiano invadió el territorio ecuatoriano para atacar un campamento de las FARC. La relación especial de Uribe con el Departamento de Estado estadounidense, de forma perversa, se dio la mano con los vínculos mantenidos entre algunos sectores del proceso bolivariano y las

guerrillas colombianas. En el medio, una de las fronteras más porosas de la región en cuanto a contrabando, tránsito de droga, refugiados, insurgentes y grupos paramilitares cuyos problemas se arrastran hasta el día de hoy.

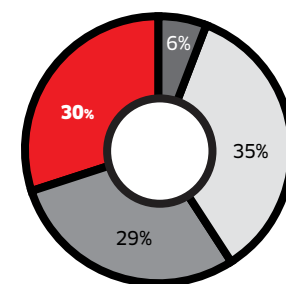
Mucho más trascendental en el plano hemisférico ha sido el peculiar matrimonio con Cuba. Revirtiendo una posición geopolítica e ideológica consolidada desde hace cuarenta años en la diplomacia venezolana, esta alianza se tornó un ingrediente esencial y definitorio del proyecto bolivariano tanto en su esfera doméstica como en su proyección regional. Por otro lado, sería absurdo desconocer o menospreciar la contribución determinante de Venezuela a la neutralización del embargo estadounidense que permitió al gobierno cubano lograr su principal objetivo de política exterior desde la caída del bloque soviético, esto es, la reinserción en el sistema interamericano sin sacrificar la continuidad del régimen.

Además de haber promovido con el gobierno de la mayor de las Antillas la creación del ALBA-TCP (Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América - Tratado de Comercio de los Pueblos), Venezuela abandonó otros esquemas de integración como el G3 (4) y la Comunidad Andina de Naciones

tico como Petroamérica o el Gasoducto del Sur, en el social como las Misiones, en el ámbito económico y financiero como las Empresas Grannacionales y el Tratado de Comercio de los Pueblos o el Banco del ALBA y el SUCRE, se quedaron en un estado muy incipiente a pesar del ímpetu inicial.

Junto a Luiz Inácio Lula da Silva y a Néstor Kirchner, Hugo Chávez fue el promotor más generoso e incansable de un nuevo consenso sudamericano al que se sumaron Pepe Mujica, Evo Morales, Rafael Correa y Fernando Lugo hasta su derrocamiento. Dentro de una coyuntura global particularmente propicia, estos líderes procuraron fortalecerse en el poder y sentar las bases de una mayor autonomía regional respecto de los centros hegemónicos mundiales y en particular de Estados Unidos. La posición venezolana expresó indudablemente la faceta más radical de este consenso. Si bien favoreció una colaboración en gran medida inédita en los anales de América Latina entre mandatarios de izquierda y centroizquierda, también es cierto que en muchas áreas se manifestaron diferencias que, junto a una competición latente por el liderazgo entre Brasil y Venezuela, inhibieron la puesta en marcha de proyectos importantes como por ejemplo el Banco del Sur (Sevares, pág. 64).

Principales destinos de exportación de crudo
(porcentaje del total)



■ Europa
■ América del Norte
■ Asia Pacífico
■ América Latina

Petrocaribe fue durante el auge de altos precios de hidrocarburos el mecanismo de cooperación Sur-Sur más importante del mundo.

(CAN) a raíz de la orientación neoliberal y favorable a los tratados de libre comercio de algunos de sus miembros. Solicitó y finalmente consiguió incorporarse plenamente al Mercosur. Asimismo, influyó de manera notable en la creación, agenda y dirección tanto de la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) como de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC). Algunos analistas interpretaron esos cambios como un desplazamiento hacia el Cono Sur en parcial detrimento de la subregión andina.

Si bien es cierto, es en el Gran Caribe que la diplomacia bolivariana concentró sus esfuerzos y cosechó mayores resultados. Sobre la base de una serie de acuerdos promovidos desde la década de 1970, Petrocaribe fue durante el auge de altos precios de los hidrocarburos el mecanismo de cooperación Sur-Sur más importante a nivel mundial. Sin embargo, no logró transformarse en un proyecto de integración propiamente dicho. Igualmente, retomando el legado de la "Patria Grande" y de la "unidad latinoamericana", el ALBA-TCP intentó impulsar una visión de la integración concebida no sólo en términos económicos, políticos o socioculturales, sino inclusive militares y de seguridad. No obstante, la mayoría de los esfuerzos para concretar proyectos muy ambiciosos en el ámbito energé-

El gobierno bolivariano jugó frenéticamente sus cartas en la primera década de este siglo logrando ganar algunas manos. Sin embargo, mirando como están las cosas hoy en día en Venezuela, en la región y en el mundo, la impresión es que ha perdido la partida sin ninguna posibilidad de réplica.

Debilidades e inconsistencias

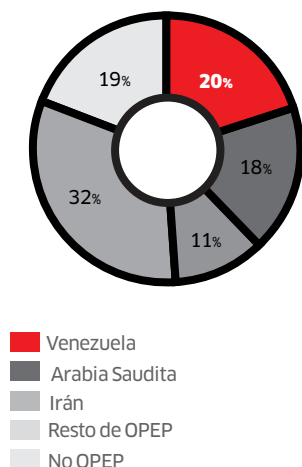
El despliegue de audaces iniciativas de política exterior fue ciertamente importante en el plano político, social y acaso simbólico tanto a nivel doméstico como internacional, pero no trajo beneficios económicos o comerciales tangibles, ni mucho menos logró disminuir la dependencia venezolana de los hidrocarburos y del mercado estadounidense.

Sobran indicios de que esta política, sustentada en los recursos energéticos y financieros y en menor medida ideológicos para crear diques de contención alrededor del proceso, ha sido bastante exitosa hasta la fecha. Pero no existe garantía de que en un entorno mundial cambiante como el actual sea idónea para respaldar la mera sobrevivencia del gobierno, ya no de la Revolución, dados sus estrepitosos fracasos y las arremetidas de las oposiciones.

La partida del líder máximo y la caída del precio del barril se revelaron igualmente catastróficas, →

Reservas convencionales de crudo

(en porcentaje, 2014)

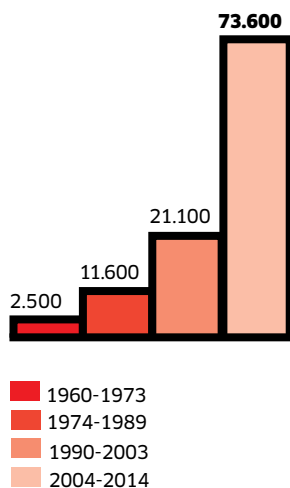


© Jan Sochor / Alamy / Latinstock

Contrabando. La frontera con Colombia es una zona extremadamente caliente por la que circulan drogas, grupos insurgentes y paramilitares, y todo tipo de mercancías, como la nafta y alimentos, que generan jugosos beneficios.

Exportaciones de petróleo de Venezuela

(promedio anual por períodos, en millones de dólares corrientes)



→ poniendo al desnudo las enormes debilidades e inconsistencias del proyecto revolucionario bolivariano. El ex canciller Nicolás Maduro, ungido presidente por el propio Chávez, no tiene ni el carisma ni la chequera del antecesor. Y el único recurso a su disposición está de momento muy devaluado.

De ello se dieron cuenta hasta los aliados más cercanos que, antes de volver a repetir la tragedia de *fin de siècle*, eligieron el riesgo de normalizar las relaciones con el enemigo histórico, sin renunciar a los beneficios que el socio bolivariano puede aún brindarles en la delicada fase de “actualización” del socialismo cubano.

El resbaloso tablero geopolítico mundial actual no asegura una postura más enérgica de Rusia y China a favor del gobierno de Venezuela. El único garante de la paz en el país podría haber sido la UNASUR. Sin embargo, aparece claro en estos momentos que a raíz del cambio de coyuntura en la región su capacidad de mediación está totalmente desactivada. El ALBA-TCP se encuentra políticamente inerte. Mientras el apoyo de los movimientos de solidaridad con el proceso, además de ser limitado al grado de presión que logran ejercer sobre sus respectivos gobiernos, *lobbies* parlamentarios y medios locales, descansa sobre argumentos cada vez más dudosos.

Los ambiciosos objetivos internacionales contemplados en el “Plan de la Patria. Segundo Plan Socialista de Desarrollo Económico y Social de la Nación, 2013-2019” (5) –el “testamento político” de Hugo Chávez–, algunos de los cuales pueden ser comparados y hasta resultan imprescindibles en una óptica emancipadora, serán reformulados, tal vez de mane-

ra drástica, o inclusive borrados. No es una buena noticia para las izquierdas. En todo caso, los contenidos y la viabilidad de una política exterior sustentada en un aluvión de petrodólares bajo la guía de un Estado rentista y un líder carismático, aun si revolucionarios y antiimperialistas, han mostrado los límites capitales de una experiencia sobre la cual, una vez terminada, no habrá que dejar de reflexionar. ■

1. José Ignacio Cabrujas, reconocido dramaturgo y autor de telenovelas venezolano, definió en los años 1970 al Estado de su país como “brujo magnánimo” por ser dispensador de una efímera “cultura del milagro” gracias al control ejercido sobre la riqueza petrolera. Esta imagen fue retomada por Fernando Coronil en su obra magistral *El Estado mágico. Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela* (Nueva Sociedad, Caracas, 2002). La expresión “excremento del diablo” fue acuñada en la misma época por Juan Pablo Pérez Alfonzo, “padre” de la OPEP y principal arquitecto y luego crítico de las políticas energéticas venezolanas.

2. Steve Ellner, “La política exterior del gobierno de Chávez: la retórica chavista y los asuntos sustanciales”, *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, Vol. 15, N° 1, Caracas, 2009.

3. Caracas, 2007, www.mppuect.gob.ve/el-ministerio/politicas/leyes-y-plan/proyecto-nacional-simon-bolivar-primer-plan-socialista-pps

4. El Grupo de los Tres era el nombre de un Tratado de Libre Comercio entre Colombia, México y Venezuela que estuvo vigente entre 1995 y 2006, que Venezuela abandonó para unirse al Mercosur.

5. Caracas, septiembre de 2013, www.asambleanacional.gob.ve/uploads/botones/bot_90998c61a54764da3be94c3715079a7e74416eba.pdf

*Profesor del Área de Estudios Sociales y Globales de la Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador.

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur

Lucha por el “espacio atmosférico”

por Tony Phillips*

A pesar de su importancia para las economías del ALBA-TCP, la declaración de la Conferencia Mundial de los Pueblos sobre el Cambio Climático y los Derechos de la Madre Tierra no mencionó los combustibles fósiles.

En diciembre de 2009, el mundo esperaba que la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático de Copenhague (COP-15) proporcionara un principio de solución al calentamiento planetario. Pero resultó un fracaso; sólo a último momento, los países desarrollados ofrecieron un trato: fijar el tope del incremento de la temperatura promedio del planeta en 2° C y el del contenido de carbono de la atmósfera en 450 ppm, a pesar de que los especialistas en temas climáticos afirman que aun si se lograra alcanzar ese tope, la probabilidad de evitar que el calentamiento global aumente desenfrenadamente es de tan sólo el 50%.

Por esa razón, las conclusiones de la Conferencia Mundial de los Pueblos sobre el Cambio Climático y los Derechos de la Madre Tierra (CMPCC) convocada por el presidente de Bolivia, Evo Morales, y celebrada en Cochabamba del 19 al 22 de abril de 2010, llamaron a “reconocer la necesidad de establecer un límite adecuado al calentamiento global y que [...] existe una probabilidad del 50% de que el daño provocado a la Madre Tierra sea totalmente irreversible”. En las propuestas de los países miembros de la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA) se solicitó un abordaje más conservador y holístico.

Intereses contrapuestos

La fuente primaria de los gases de efecto invernadero son los combustibles fósiles: carbón, petróleo y gas. Si bien no existen grandes consumidores ni exportadores de carbón en América Latina, el petróleo es una de las principales industrias orientadas a la exportación

en las naciones andinas que integran el ALBA. América Latina, en conjunto, es exportadora neta de recursos energéticos. Según la Agencia Internacional de Energía (IEA, por su sigla en inglés), en 2007 América Latina produjo 705 millones de toneladas de equivalente de petróleo (1) y exportó 136, de los cuales a Venezuela le correspondieron 184 y 119 respectivamente. Esta cifra, sin embargo, no incluye las exportaciones virtuales de energía utilizada por la minería, la fundición, la industria y la agricultura industrial de la región para la elaboración de productos de exportación. Pero mientras algunos países del ALBA son importantes productores de petróleo, sus niveles de emisiones de CO₂ son bajos.

La explotación de combustibles fósiles plantea entonces una interesante paradoja y un posible conflicto de intereses para los protagonistas del CMPCC miembros del ALBA. Situación que prácticamente no se mencionó en Cochabamba. Para que la mitigación resulte fructífera, será necesario abordar el tema mediante una combinación de reducción y/o eliminación de gases de efecto invernadero. América Latina tiene un rol clave que cumplir en ambas actividades, y es probable asimismo que Venezuela sea el país latinoamericano que tenga más que perder si reducir las emisiones significa prohibir la explotación del petróleo no convencional.

Los yacimientos de petróleo varían en lo que respecta a la facilidad de acceso y la calidad del mismo, que puede ser convencional o no convencional. En el caso de Venezuela, la clasificación del petróleo en convencional y no convencional podría revestir suma im-

portancia. Las reservas de petróleo no convencional más grandes del mundo “[...]” son las de petróleo extra pesado de la provincia de Orinoco, en Venezuela, y las “[...]” arenas bituminosas de la Cuenca Occidental del Canadá. Considerados en conjunto, estos recursos del Hemisferio Occidental son aproximadamente iguales a las reservas identificadas de petróleo crudo convencional de Medio Oriente” (2). Ambos países, por tanto, cuentan con reservas significativas desde el punto de vista estratégico, pero contaminantes desde el punto de vista ambiental. En tiempos de cambio climático, el hecho de que Venezuela se encuentre situada sobre reservas de crudo no convencional de semejante magnitud seguramente será motivo de preocupación.

Tanto en el caso de Canadá como en el de Venezuela, la decisión de explotar el crudo no convencional situaría a ambas naciones a la par de los proveedores de petróleo más poderosos del mundo: tal decisión podría significar tanto el auge económico como un desastre natural y, en relación con el cambio climático, la gota que derrame el vaso. Quizás, la pregunta crucial sea quién habrá de pagarles para que no exploten sus reservas de petróleo no convencional, pero debe recordarse que Venezuela no es un país desarrollado, mientras que Canadá sí lo es.

Justicia climática

La “equitativa distribución del espacio atmosférico”, expresión de la jerga del cambio climático, remite al derecho a desarrollarse a pesar de que implique contaminar. De acuerdo con la teoría de la justicia climática, el derecho a contaminar también se ve cercenado por la deuda climática histórica: quienes han agotado su espacio atmosférico son los países que históricamente fueron los mayores contaminantes. En consecuencia, naciones cuya responsabilidad histórica es ínfima, deberían contar con un mayor “espacio atmosférico”.

La lucha por el “espacio atmosférico” en el seno de la ONU podría ser un factor decisivo en lo que respecta a determinar si habrá de permitirse que Venezuela explote sus reservas de crudo no convencional, como por ejemplo en el marco del acuerdo petrolero por 16.000 millones de dólares que ese país firmó con China para explotar las reservas del Orinoco en forma conjunta (3). ■

1. IEA, *Key World Energy Statistics 2009*, www.iea.org

2. www.onepetro.org

3. *El Economista*, Ciudad de México, 19-4-10.

*Integrante del Comité Impulsor en Argentina de la CMPCC.

© *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur

El escarpado camino del Banco del Sur

¿Liberación o ilusión?

por Julio Sevares*

La creación del Banco del Sur a fines de 2007 tocó nervios sensibles en actores regionales y extra-regionales. Algunos comentaristas y políticos lo consideran una herramienta de liberación de las tenazas de los organismos financieros internacionales y una llave para la integración y el desarrollo. Para otros sólo se trató de un instrumento del intervencionismo de Hugo Chávez en el Cono Sur. A más de ocho años de su acta fundacional, el organismo se encuentra virtualmente paralizado.



© Carlos García Rawlins / Reuters / Latinstock

En 2004, el presidente venezolano Hugo Chávez lanzó la propuesta de establecer un banco de desarrollo regional con el propósito de reducir la dependencia del financiamiento de organismos financieros multilaterales como el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) o el Banco Mundial (BM). Chávez prometió un fuerte aporte de reservas venezolanas y propuso que el organismo tuviese un sistema de decisión democrático, contrapuesto al sistema de voto calificado según el monto de aportes que rige en los organismos citados.

Después de numerosas marchas y contramarchas –una de gran importancia fue la reticencia de Brasil a integrar el club–, el 9 de diciembre de 2007 los presidentes de Argentina, Brasil, Bolivia, Ecuador, Paraguay, Uruguay y Venezuela firmaron en Buenos Aires el Acta Fundacional del Banco del Sur (BS).

El BS tendrá un capital original de unos 7.000 millones de dólares y, según el artículo primero del Acta Fundacional, utilizará ahorro intra y extra-regional y lo distribuirá equitativamente en inversiones entre los países de la región. Entre los propósitos del BS figura contribuir al desarrollo de los países menores de la región y, dada la escasa dotación de recursos inicial, es posible que ésa sea su principal ocupación.

Una de las razones invocadas por Chávez para justificar la creación del BS es que buena parte de las reservas de los países del Sur se invierten en títulos de la deuda de Estados Unidos, con lo cual se produce la paradoja de que los pobres financian a los ricos. Por otra parte, los intereses que se cobran por esas inversiones son menores que los que se pagan por el endeudamiento. El argumento es bueno, pero también hay que tener en cuenta que ese tipo de inversiones tiene el propósito de colocar las reservas en títulos poco rentables pero muy seguros. Si se invirtieran en destinos más rentables pero menos seguros, se reduciría la pérdida que implica ese circuito financiero, pero aumentaría el riesgo a que se exponen las reservas y en consecuencia la confiabilidad sobre la estabilidad macroeconómica, aumentando el costo de financiamiento.

El capital y sus dilemas

El proyecto indica que el Banco tendrá un capital de 7.000 millones de dólares, la mitad aportada entre Venezuela, Brasil y Argentina. El gobierno venezolano decidió integrar su parte con reservas, pero otros países como Argentina y Paraguay no están de acuerdo en utilizar las propias en ese proyecto, por

lo cual el tema sigue en discusión. Colombia, por su parte, se negó a integrarse argumentando que el gobierno no tiene potestad para resolver sobre la utilización de las reservas.

Sea cual sea la forma en que se integre, el capital proyectado es reducido en relación a las corrientes de financiamiento vigentes en la actualidad, por lo cual, al menos por ahora, no puede considerarse como una alternativa sólida a las fuentes de financiamiento existentes. Para tener una idea, sólo el Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social de Brasil (BNDES) otorgó en 2007 créditos por 37.000 millones de dólares. El BID tiene una cartera de créditos de 101.000 millones de dólares, y la Corporación Andina de Fomento (CAF), un capital suscrito de 3.000 millones de dólares, con créditos por 9.000 millones.

Es decir que, si la suma se mantiene en ese nivel, el BS podrá hacer un importante aporte al financiamiento, pero difícilmente se convierta en un actor decisivo del escenario, y mucho menos en una alternativa a los organismos financieros internacionales. De todos modos, el BS podría ampliar su radio de acción oficiando como promotor y gestor de proyectos, en los que participaría con sólo una porción de financiamiento propio.

El BS será gobernado por un Consejo de Administración integrado por los ministros de Economía, en el que cada país tendrá un voto. Será el máximo organismo de decisión, asesorado por oficinas técnicas que definirán los proyectos a ser financiados. La decisión de establecer un sistema de votación democrático, de un voto por país, marca un fuerte contraste respecto de los organismos dominados por los países ricos, que son los mayores aportantes y que en ese carácter se reservan la capacidad de imponer a los prestatarios condicionalidades acordes con los intereses de sus empresas o con sus intereses estratégicos o políticos.

Pero por otra parte, el sistema democrático puede generar sus propios problemas, con efectos paralizantes. Uno de ellos es que los países con mayor capacidad financiera no tengan interés en ingresar capital a un banco en el que no pueden hacer pesar su aporte y que, por lo tanto, puede caer bajo la influencia política de países con proyectos regionales contrapuestos. Por ejemplo, el choque, más de una vez manifestado, entre los proyectos estratégicos de Brasil y la Venezuela bolivariana podría trasladarse a las mesas de decisión del BS y complicar la toma de decisiones o desincentivar los aportes de capital de uno o de otro. Es decir que el BS podría tener problemas operativos, además de disponer de escasa capacidad de financiamiento.

En las discusiones previas se enfrentaron dos visiones de asignación de fondos. Venezuela propuso uno basado en criterios eminentemente políticos: Chávez llegó a sostener que, si se daba el control del BS a los técnicos, éste nacería muerto (1). Brasil, por su parte, enfatizó la necesidad de administrar los fondos con criterios bancarios, para garantizar la sustentabilidad del organismo. Todo indica que este último prevaleció, ya que el Acta Fundacional establece que el organismo “debe ser autosostenible y gobernarse conforme a criterios profesionales de eficiencia financiera para garantizar que su actuación no resulte en dispendios adicionales” (2).

Compleja coordinación

Los comentarios más idealistas formulados por los presidentes de la región, analistas y políticos, sostienen que el BS puede ser el primer paso hacia la formación de un Fondo de Estabilización Latinoamericano e incluso al establecimiento de una moneda común (3). Un fondo de estabilización regional contribuiría a reducir la vulnerabilidad periférica ante los movimientos de capitales internacionales y la dependencia del financiamiento y de las condicionalidades provenientes del Norte.

Para evaluar esta posibilidad hay que tener en cuenta varios elementos: la formación de esa herramienta requeriría fondos equiparables a las necesidades de los países, muy superiores a aquellos con los que cuenta el BS en su arranque. Debe recordarse que en situaciones agudas de crisis, incluso el FMI no tuvo la suficiente capacidad financiera para intervenir, y salvatajes como el que otorgó a México en 1994, el “blindaje” argentino de 2001 y otros operativos menores contaron con el aporte de Estados Unidos y de otros países ricos; implicaría, también, un elevado grado de acuerdo en el momento de decidir los beneficiarios, montos y condiciones de la asignación de ayuda.

Las crisis suelen afectar en mayor o menor medida a varios o todos los países de la región, por lo cual en un momento de urgencia habría varios países necesitados de asistencia y esto podría incluir a los propios países mayores, principales aportantes de un eventual fondo estabilizador. Es decir, un fondo regional violaría una regla de oro de cualquier sistema financiero: un “prestamista de última instancia”, para poder operar como tal, debe ser un organismo, un país o un grupo de países no vulnerables a las crisis.

La hipótesis de acuñar una moneda común es aun más aventurada. Cuando dos o más países comparten una moneda, resignan la posibilidad de operar unilateralmente sobre

su economía a través de una devaluación o de la política monetaria. Por eso deben mantener una estricta coordinación macroeconómica, para evitar desequilibrios inflacionarios o de sector externo, que dentro de una unión monetaria sólo pueden corregirse mediante restricciones a la actividad.

En este contexto, aunque los países mantengan la soberanía en materia fiscal, la posibilidad de utilizar esa herramienta para promover el consumo o la inversión está acotada por el efecto inflacionario o de sector externo que puede provocar. Es por esta razón que el acuerdo monetario de la UE, establecido en el Tratado de Maastricht, incluyó una serie de requisitos macroeconómicos: topes al endeudamiento, al déficit fiscal, etc.

El éxito de la coordinación requiere, a su vez, que las economías participantes sean relativamente estables. El costo de resignar soberanía monetaria y cambiaria y acotar la fiscal, se justifica además cuando las economías están muy integradas comercial y financieramente y cuando comparten un proyecto de liberalizar su comercio, servicios e inversiones. En ese caso, la estabilidad cambiaria y macroeconómica de los participantes en el acuerdo es un bien muy apreciado. Por ejemplo, el comercio externo de los miembros de la UE con otros socios representa más de la mitad del comercio externo total.

En este sentido, América del Sur enfrenta dos problemas: los países son inestables en lo económico y político, tanto por sus condiciones internas como por su vulnerabilidad externa. Por otra parte, la mayor parte del comercio externo de cada país no se establece con un miembro de la región sino con terceros. Esta característica reduce la posibilidad y hasta la conveniencia de los países de resignar instrumentos de política económica y social.

En suma, la iniciativa de formar el BS es progresiva en relación a las políticas de subordinación financiera que dominaron particularmente en la década de los noventa y refleja el cambio político en la región, representado por el grupo de presidentes con mayor o menor contenido progresista. Pero el proyecto debe evaluarse con criterios realistas para evitar ilusiones que terminan en frustración, y para no revestirse de una aureola popular y antiimperialista sin resultados concretos. ■

1. *The Economist*, Londres, 13-12-07.

2. *La Nación*, Buenos Aires, 10-12-07.

3. *La Jornada*, México, 14-12-07.

*Economista, profesor, periodista. Autor de *El poder en la globalización financiera*, Capital intelectual, Buenos Aires, 2014.

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur

Otro modelo de integración

El despuntar del ALBA

por Emir Sader*

Uno de los ejes centrales de la Revolución Bolivariana fue la profundización y el fortalecimiento de la integración regional. En ese marco nació el ALBA, un proyecto de cooperación entre naciones que intenta romper con la lógica del librecomercio.



© Bill Bachmann / Alamy / Latinstock

Apoyo. Chávez fue el principal sostén de Cuba tras la Guerra Fría.

Después de la victoria de Chávez en el referéndum revocatorio del 15 de agosto de 2004, Venezuela conquistó un espacio político importante y lo utilizó para volver a dinamizar la lógica de integración regional. En particular, por medio de un dispositivo de coordinación con los Presidentes de Argentina y Brasil, que abarcaba las tres principales economías de América del Sur. Se firmaron numerosos acuerdos en materia comercial, energética e incluso militar. Por citar un ejemplo: Chávez anunció en 2004 que Venezuela, que importaba para su industria petrolera 5.000 millones de dólares en bienes y servicios de Estados Unidos, realizaría a partir de ese momento el 25% de esas compras en Argentina y Brasil.

Al mismo tiempo, Caracas multiplicaba las iniciativas sectoriales y desarrollaba un proyecto estratégico de alianza con Cuba: la Alternativa Bolivariana para las Américas (ALBA, hoy Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América). El ALBA es un proyecto de integración que se apoya en mecanismos destinados a crear “ventajas cooperativas”, en lugar de las pretendidas “ventajas comparativas”, esa verdadera cantinela de las teorías liberales del comercio internacional. Las ventajas cooperativas pretenden reducir las asimetrías existentes entre los países del hemisferio. Se basan en mecanismos de compensación con el fin de corregir las diferencias de nivel de desarrollo entre unos y otros.

El ALBA pretende ser el contrapunto exacto del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) [rechazado en noviembre de 2005]. Se trata de comprometer a todos los actores económicos y sociales –cooperativas, empresas estatales, pequeñas, medianas y grandes empresas privadas– y de darle prioridad a la resolución de los problemas esenciales de las poblaciones: alimentación, vivienda, creación de industrias, preservación del medioambiente.

En el ALBA no hay subsidios sino créditos, equipamientos y tecnologías para las empresas abandonadas por sus patrones y recuperadas por sus trabajadores; para las cooperativas y las comunidades de

pequeños productores, ya sea en la industria, el comercio o los servicios, y para las empresas públicas. El ALBA recibe apoyo de los Estados en materia de crédito, de asistencia técnica y jurídica, de marketing y de comercio internacional, mientras que el ALCA deja el campo libre a las fuerzas dominantes del mercado y a la capacidad financiera de los grandes agentes económicos.

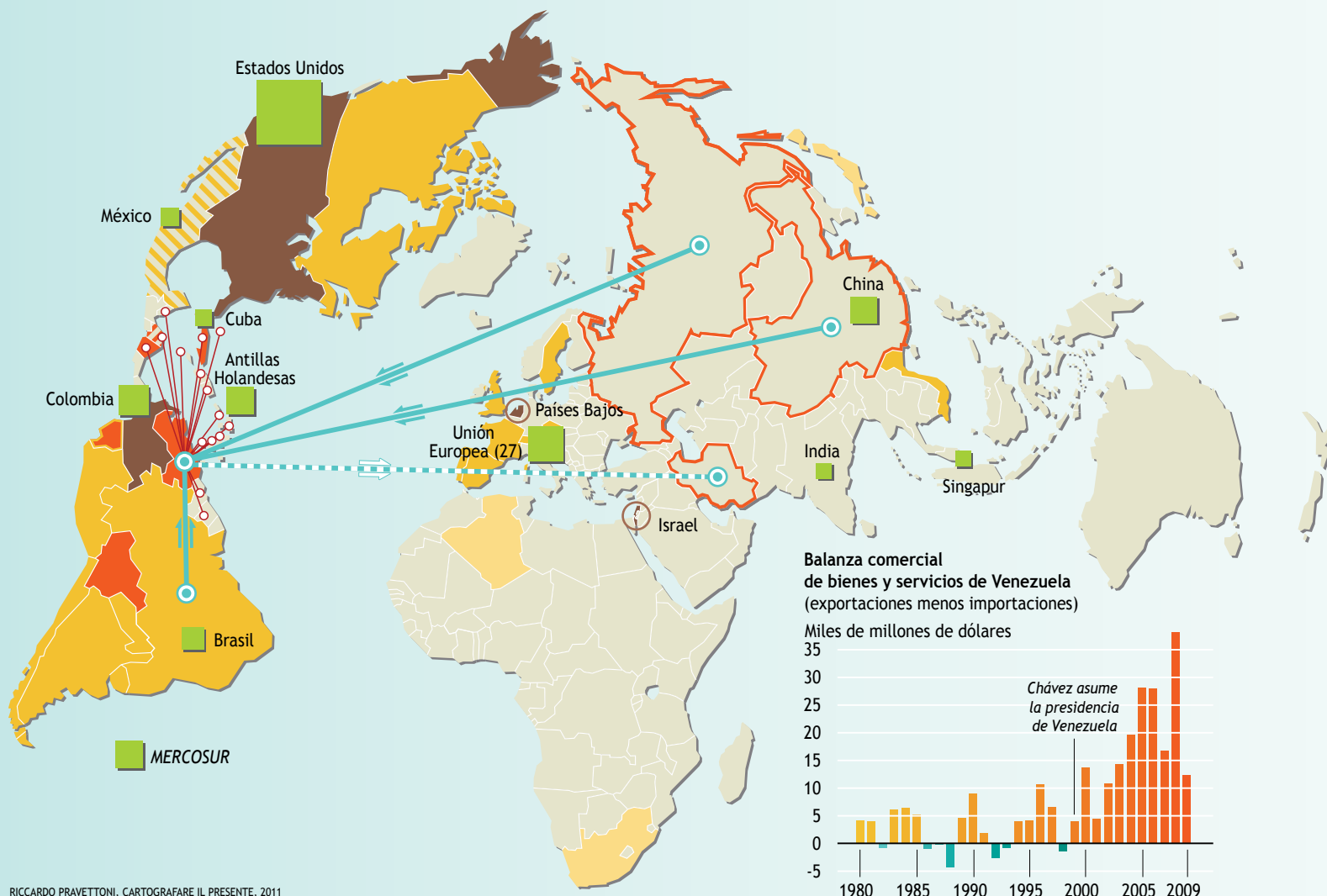
En abril de 2005 se firmaron decenas de acuerdos entre Caracas y La Habana. En ese momento se tomó la decisión de crear en Venezuela 600 centros de diagnóstico integral de salud, 600 dispensarios y 35 centros de alta tecnología para garantizar al conjunto de la población venezolana el acceso gratuito a la salud y a los cuidados médicos. Venezuela, por su parte, decidió abrir en La Habana una agencia de su empresa petrolera nacional PDVSA, así como una sucursal del Banco Industrial de Venezuela. Ambos gobiernos acordaron tarifas preferenciales recíprocas para su intercambio comercial. Estos intercambios constituyen buenos ejemplos de comercio “justo” o equitativo: cada país entrega aquello para lo cual tiene las mejores condiciones de producción y recibe como devolución aquello que necesita, independientemente de los precios del mercado mundial.

Al mismo tiempo, se creó PetroCaribe, empresa destinada a entregar a 11 países del Caribe recursos energéticos a precios reducidos con facilidades de pago, cuyo objetivo consiste en permitir a los gobiernos de la región protegerse contra la volatilidad y la escalada de los precios del petróleo en el mercado internacional, al mismo tiempo que los alivia parcialmente de la presión que ejerce Washington para imponerles acuerdos bilaterales que acentúan su dependencia hacia la economía estadounidense. ■

*Profesor de la Universidad de Río de Janeiro. Extractos del artículo “El lento y firme despertar del ALBA”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, febrero de 2006.

Traducción: Lucía Vera

Alianzas y redes estratégicas de la Venezuela de Chávez



Sistema de alianzas

- Países miembros de la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA)
- Países que abandonaron el ALBA
- Aliados: Estados con visiones e intereses comunes en el ámbito político, económico y militar
- Estados con acuerdos económicos bilaterales con Venezuela
- Acuerdos económicos bilaterales anteriores y no renovados actualmente
- Estados en tratativas económicas con Venezuela o futuros socios económicos (países que firmaron recientemente acuerdos comerciales con Venezuela)
- Estados considerados hostiles por el gobierno venezolano

Principales socios comerciales (importaciones y exportaciones)

Miles de millones de euros, 2009



Redes estratégicas

- Provisión de armas
- - - Colaboración en el desarrollo de plantas nucleares de uso civil
- 📍 **Petrocaribe:** Provisión de petróleo a precios reducidos por parte del gobierno venezolano a cambio de servicios o a modo de ayuda económica

Fuentes: artículos de BBC, Reuters, *El País*, *La Repubblica*, International Crisis Group; Estadísticas DG Trade, 2010; UNCTADstat, 2011.



Chávez
Si VA

Chávez
Si VA

Chávez
Si VA

¡UH!
¡AH!
Chávez

4

Lo vivido, lo pensado,
lo imaginado

CONTRASTES IRRECONCILIABLES

En muchos sentidos, los destinos de la Revolución Bolivariana se jugaron para bien y para mal en la televisión y en la lucha por la preeminencia del discurso y las ideas. Tras la participación central de los medios de comunicación concentrados en el intento de golpe de Estado de abril de 2002, Chávez libró una batalla discursiva y legal por la reforma y regulación del panorama mediático e informativo, que dividió a la sociedad en facciones enfrentadas y sin diálogo.



La guerra por otros medios

por Philip Kitzberger*

Hugo Chávez inauguró un inusitado ciclo de politización en el que se debatieron –no sin controversias– la estructura, el rol y la regulación de los medios de comunicación en democracia. Existían antecedentes de reformismo en ese campo en América Latina, pero sus tácticas de confrontación pública con los medios ampliaron el muestrario de opciones políticas disponibles.

En la esfera mediática, la Revolución Bolivariana se ha destacado por su radicalismo. En general, este carácter refundacional ha sido atribuido al colapso del sistema político venezolano y a la profundidad de la crisis de representación en la que se produjo el ascenso de Hugo Chávez. Análogamente, la clave explicativa del radicalismo mediático puede vincularse a los avatares de la credibilidad de las instituciones mediáticas. La actuación de los grandes medios televisivos y de prensa durante el fallido golpe de abril de 2002 constituye una coyuntura crítica a partir de la cual se observan realineamientos y una movilización radical y novedosa respecto del patrón histórico de la relación política-medios de comunicación.

Durante buena parte del siglo XX, la renta petrolera mantuvo al Estado como el principal actor en la economía venezolana. Por esta razón, las élites gobernantes dispusieron históricamente de un gran ascendente frente a los demás actores sociales. Más que en otros países de la región, ocupar el Estado significó siempre contar con los recursos para disciplinar y alinear actores sociales. En este marco funcionaron también las relaciones entre élites políticas y mediáticas durante la democracia surgida del Pacto de Punto Fijo. La alternativa entre cooptación e inviabilidad explica la estructuración de vínculos entre los editores de los principales periódicos y los liderazgos de Acción Democrática (AD) y COPEI. En los casos en que el esquema de prosperidad a cam-

bio de deferencia se rompió, la opción de los actores periodísticos no pasó por la oposición sino por la sedición, respondida desde el Estado, eventualmente, por medio de medidas coercitivas.

A partir de los años ochenta, el impacto en la renta petrolera impuesto por las bajas e inestabilidad del crudo alteraría el equilibrio entre élites políticas y mediáticas. La merma en la capacidad estatal afectó el prestigio del *establishment* político bipartidista. La subordinación deferente dio lugar a una actitud más autónoma y agresiva por parte de empresarios televisivos y editores periodísticos.

Dichos cambios en las relaciones de poder estuvieron a su vez condicionados por transformaciones del campo mediático. Desde 1959 se exiliaron en Venezuela un importante número de empresarios (la familia Cisneros entre ellos), técnicos y profesionales de la precoz televisión cubana. Éstos acrecentaron el desarrollo de una industria que de por sí experimentó un auge regional en los setenta. Con la presidencia de Jaime Lusinchi (1984-1989) se iniciaría un proceso de liberalización, concentración y expansión en el sector radiotelevisivo, en especial la industria televisiva, convertida en tercera en facturación en América Latina durante la década de los noventa. Sobre esas plataformas encontraría espacio un periodismo de imagen modernizada, convertido en arma político-corporativa controlada por estos nuevos grandes empresarios, entre los que se destacarían el Grupo Cisneros (Venevisión) y el Grupo Phelps/Granier (RCTV). →



Globovisión. El canal de noticias fue uno de los mayores instrumentos del golpe de 2002. Su dueño, Guillermo Zuloaga, abandonó Venezuela en 2010 y acabó vendiendo la emisora en 2013.

Manual de estilo

El diario *El País*, símbolo de la Transición española, rebasó todos los límites éticos en su tratamiento de la realidad venezolana bajo Chávez. De los adjetivos sobre el color de tez del Presidente y el apoyo al golpe de Estado en 2002, hasta la falsa foto de un Chávez entubado publicada en portada el 24 de enero de 2013.

→ Particularmente después del Caracazo en 1989, se generalizó en los medios una corrosiva crítica de la clase política que aportó a la disolución del sistema bipartidario. Los medios colaboraron así con el derrumbe de la democracia puntofijista y, por ende, pese a no haberlo apoyado, con la victoria electoral de Chávez en 1998, el carismático *outsider* que había irrumpido en la escena pública con el levantamiento militar de 1992.

Confrontación y radicalización

Desde su llegada a la presidencia, Chávez sostuvo una relación confrontativa con medios y prensa, lejos no obstante de la radicalización posterior a la crisis del “paro cívico”: golpe de Estado y paro petrolero de 2002-2003. La Constitución sancionada en 2000 supuso una reafirmación del rol del Estado como garante de derechos y amplió los mecanismos de democracia participativa sin abandonar, no obstante, la institucionalidad de la democracia representativa en lo sustancial. En el ámbito comunicativo, recogiendo debates reformistas en los que Venezuela tuvo cierto protagonismo en los años setenta (1), amplió la definición de libertad de expresión y reconoció –sin afectar la legitimidad del lucro– al Estado y al sector privado no-comercial como actores legítimos del espacio mediático. En consonancia, la Ley de Telecomunicaciones de 2001, en contraste con el avance estatal en el sector de hidrocarburos, hacía importantes concesiones a los intereses del sector privado comercial en radio y telecomunicaciones, a la vez que dotaba de estatuto jurídico al sector comunitario.

Pero pulverizados los partidos, los medios privados se convirtieron en foro e imán de la oposición, exacerbando su rol político desde el inicio mismo de la presidencia de Chávez. Excluidos de la llegada al Estado desde el recambio político, y como parte de la polarización creciente, los grandes medios de comunicación –abandonando progresivamente todo vestigio de autonomía periodística y lógica informativa– llegaron hasta el paroxismo con la actitud de anteponer sus agendas políticas, económicas y de clase. Los cinco principales canales de televisión y la mayoría de los diarios fueron confluyendo así en el objetivo de deslegitimar y destituir al gobierno. Embarcados en una agresiva campaña en la que no se ahorraron prácticas reñidas con los estándares periodísticos, polarizaron la relación con el gobierno iniciando una espiral confrontativa en la que el gobierno no dejó de redoblar apuestas.

A lo largo de esta primera etapa, los medios privados confrontados con el chavismo dominaban las ondas radioeléctricas y el espacio mediático en general. Carente de estrategia comunicacional, el gobierno apenas contaba con las débiles señales estatales de radio (RNV e YVKE) y televisión (VTV), de un trato más cordial por parte de ciertos medios alternativos (la cadena cristiana Fe y Alegría y Catia TV), además del apoyo de unos pocos periódicos. Este escenario cambiaría radicalmente después de la crisis política de 2002-2003.

El núcleo conspirador comenzó a articularse a fines de 2001 con los líderes de la organización patronal, sindicales, sectores militares, tecnócratas de PDVSA y un bloque coordinado de prominentes miembros del *establishment* mediático como Marcel Granier, Gustavo Cisneros, Guillermo Zuloaga (Globovisión) y Miguel Henríquez Otero (director de *El Nacional*), además de presentadores y periodistas estrella como Rafael Poleo e Ibéyise Pacheco. Más allá de los llamamientos directos en espacios editoriales, los canales pasaron a cubrir en forma continuada y exclusiva la huelga general y la movilización opositora, manipularon la información sobre abastecimiento y silenciaron completamente las voces del gobierno (2). Éste intentó contrarrestar esta cobertura invocando cadenas nacionales que fueron eludidas dividiendo la pantalla. El 11 de abril de 2002 los canales transmitían las conferencias del núcleo golpista que pedía la renuncia al Presidente, mientras –por medio de un montaje de edición deliberado– se mostraba a militantes chavistas disparando contra la multitud opositora. Por la noche, los conspiradores lograron cortar la transmisión del canal estatal, único medio controlado entonces por el gobierno. En una operación comandada por Pedro Carmona desde las oficinas de Venevisión, Chávez fue detenido en la madrugada del 12 de abril. Los medios dieron a conocer su “renuncia” y, sin proceder a verificar la información, celebraron al nuevo gobierno. Al día siguiente, sin embargo, oficiales lea-

les a Chávez retomaron el control de la situación, y sus partidarios, predominantemente de los barrios populares, se volcaron masivamente a la calle coordinados por algunos medios alternativos y por la incipiente telefonía celular. Repentinamente los medios produjeron un verdadero apagón informativo al poner en el aire deportes, telenovelas y dibujos animados en lugar de reportar los acontecimientos relevantes que ocurrían en la calle y en los cuarteles. El día 14, resquebrajada la coalición golpista, luego de que grupos de medios comunitarios amparados por miembros de la guardia presidencial retomaron la transmisión del canal estatal, Chávez fue repuesto en el Palacio de Miraflores.

La abierta opción insurreccional de los grandes medios de comunicación en abril de 2002 marcó un punto de inflexión. El involucramiento expuesto en la conspiración afectó significativamente la credibilidad pública de los medios privados. La brecha de confianza abrió el espacio político para una radicalización del contrahegemonismo mediático chavista modelada, en buena medida, en respuesta a la experiencia desestabilizadora. Algunas orientaciones preexistentes se institucionalizaron. Si bien comenzó en radio en 1999 y pasó a la televisión en 2000, *Aló Presidente* se consolidó –más allá de su función como dispositivo de comunicación directa– como un espacio

a vehículos, facturación y audiencia (90% de la tasa de encendido televisivo aproximadamente en 2010).

Un debate empobrecido

En 2004 se sancionó la Ley de Responsabilidad Social en Radio y Televisión, conocida como Ley Resorte (3). Esta norma establece un marco de actuación de los concesionarios fuertemente orientado a la regulación de contenidos. Su disposición más polémica prevé severas sanciones para quienes “promuevan, hagan apología o inciten a la guerra; [...] a alteraciones del orden público [...]; al delito; sean discriminatorios; promuevan la intolerancia religiosa; [...] sean contrarios a la seguridad de la Nación”. Esta regulación de la libertad de expresión está motivada –explícitamente– en la memoria fresca de las incitaciones mediáticas de 2002. Los críticos de la Ley afirman que la ambigüedad en la definición de las sanciones y de las propias conductas interdichas deriva en niveles de discrecionalidad y arbitrariedad que, sumados al control de las agencias regulatorias por el Ejecutivo, promueve la (auto)censura y la disuasión en la emisión de información y opinión. Esta cuestión se ha convertido por lo tanto en una de las que más han erizado la relación del gobierno bolivariano con los organismos internacionales.

En 2007, el gobierno no renovó la licencia de RCTV, la red de televisión más antigua y de mayor audiencia

Aló Presidente

Entre el 23 de mayo de 1999 y el 29 de enero de 2012, Chávez condujo 378 emisiones dominicales de *Aló Presidente*, un espacio ineludible de comunicación directa con el pueblo, en el que el Presidente desplegaba todo su histrionismo, dialogando con otros mandatarios, analizando la realidad y gobernando en directo, a veces durante varias horas.

Una porción significativa de los espacios sustraídos a la lógica comercial termina ocupada por voces oficialistas verticalizadas.

regular desde donde hacer pública la denuncia y de construcción de los medios en clave de sus intereses.

El gobierno no tuvo igual en cuanto a protagonismo estatal en la creación de medios. Además de relanzar las estaciones de radio y televisión preexistentes (RNV y VTV), la administración creó otros dos canales televisivos de amplia cobertura (ViveTv y Tves). La red de radio estatal se amplió considerablemente (existían 79 FM públicas en 2009), además de varias experiencias de prensa gráfica estatal. En consonancia con su visión geopolítica, Venezuela se convirtió en impulsora y principal sostén de Telesur, la red regional de noticias orientada a disputar el dominio informativo regional de vehículos como CNN en español. Si bien se abrieron importantes espacios que incorporaron voces, agendas, contenidos y experiencias participativas, una parte importante de estos espacios se alineó con el oficialismo arrastrados por el enfrentamiento polarizado con la oposición. Los medios comunitarios, por su lado, pasaron de la ilegalidad en 1998 a detentar 243 concesiones de radio y 37 de televisión en 2009, además de contar con programas estatales de equipamiento y asistencia. Pese a estas importantes novedades en el paisaje mediático y al declive en el ritmo de concesiones a los actores comerciales, éstos siguen siendo mayoritarios en el éter en cuanto

del país. Lo mismo sucedió con otras 34 concesiones de radio y televisión. El oficialismo alegó incumplimientos e invocó su derecho como poder concedente de no renovar una licencia para utilizar canales radioeléctricos. La medida produjo protestas de organismos internacionales, gobiernos, ONG e incluso de algunas voces sociales y políticas hasta entonces cercanas. Muchas de estas voces críticas arguyeron que la justificación de la caducidad en el antecedente golpista no cuajaba con la renovación de concesión a Venevisión, igualmente protagonista de 2002, producto de un pacto con Cisneros de despolitizar la pantalla a cambio de subsistencia. Ante los ojos de muchos, apareció entonces como una retaliación política y una amenaza grave a la libertad de expresión. Por otra parte, de las manifestaciones que surgieron en respuesta a la medida emergió un movimiento estudiantil que jugaría, de ahí en más, un rol relevante en la reorganización de la oposición política.

Así, desde la oposición, la política de medios de Chávez se ha convertido en uno de los principales tópicos en la denuncia de la deriva autoritaria del régimen. En el otro extremo del polarizado espacio político venezolano, se lee el proceso en modo inverso. En el campo chavista, y en particular en sus sectores más radicalizados, el golpe mediático de 2002 es interpretado →

Manipulación

Con el auge de las redes sociales se ha agudizado el uso de fotos trucadas, sacadas de contexto o tomadas en otros países para generar malestar. Durante el golpe de Estado de abril de 2002 fue flagrante la manipulación de imágenes televisivas para hacer creer que militantes de los círculos bolivarianos disparaban contra la marcha opositora en la zona del Puente Llaguno.



© Stringer / Venezuela / Reuters / Latinstock

Telesur. Para combatir a la CNN, Chávez creó un canal regional.

→ como la crisis que produjo reacciones en la conciencia de los oprimidos y motorizó un proceso de democratización sin precedente en un espacio históricamente dominado por los sectores sociales dominantes.

El caso de la salida del aire de RCTV (4) y las otras no renovaciones reflejan las diferentes concepciones de la libertad de expresión y la democracia en juego. Muchas de las críticas se han centrado en el argumento según el cual el cierre de un medio supone lisa y llanamente un silenciamiento y por lo tanto un injustificable cercenamiento a la libertad de expresión. Dicho razonamiento asume tácitamente que el espacio público es infinito y que el ejercicio del derecho a la expresión es no-rivalizante o no-escaso y que la no-interferencia en la esfera privada es el pilar de la libertad de expresión. Sin embargo, en condiciones de amplias desigualdades de poder social, el ejercicio de la libertad de expresión que hace al proceso de autodeterminación política puede requerir y justificar interferir el espacio de la autonomía privada. Que intervenga la política –y no el mero mercado– en la determinación y regulación de qué voces –rivales– pueden tener acceso al espacio mediático no parece ser objetable en sí.

La libertad política democrática y el espacio público mediático que requiere su ejercicio puede necesitar y justificar la interferencia estatal sobre intereses privados que deben estar subordinados al imperativo de igualar el acceso de los ciudadanos a la información y la capacidad de individuos, identidades, e intereses colectivos relevantes para hacerse oír públicamente. Democratizar significa en este caso desacoplar acceso, representación de voz y otras capacidades relativas al ejercicio de la libre expresión respecto de las asimetrías de poder económico, social y político.

Sin embargo, en Venezuela los resultados de la intervención política a favor de una esfera pública más democrática se presentan ambivalentes. El protagonismo estatal ha abierto sin duda el espacio mediático a voces y expresiones alternativas a los contenidos dictados por lógicas comerciales, tanto por la gran multiplicación de medios comunitarios como por la aparición de espacios en la plétora de nuevos *outlets* estatales, entre los que cabe destacar la experiencia participativa de ViveTV. No obstante, estas alternativas no han logrado desplazar a los medios privados de la hegemonía sobre las audiencias masivas. En lo que hace al debate público, la fuerte polarización determina que una porción significativa de estos nuevos espacios sustraídos a la lógica comercial, termina siendo ocupada por voces oficialistas verticalizadas. El problema no es tanto su presencia –necesaria y justificada, por cierto– como el que la lógica binaria que entablan con la oposición (de los medios privados) empobrece las condiciones del debate democrático.

Tendencias discrecionales

El caso RCTV derivó en 2015 en un fallo de la Corte Interamericana de Derechos Humanos adverso a Venezuela. En el mismo, si bien se reconoce el

deber de intervención de los Estados en favor de la libertad de expresión democrática y el pluralismo de voces, se condenó al gobierno: “Al realizar [...] un trato diferenciado basado en el agrado o disgusto que le causaba la línea editorial de un canal, esto conlleva que se genere un efecto disuasivo, atemorizador e inhibidor sobre todos los que ejercen el derecho a la libertad de expresión” (5).

La tendencia a los usos discrecionales y selectivos del poder estatal en detrimento de la libertad de expresión parece haberse agravado en el contexto más reciente de crisis signado por la muerte de Chávez en 2013 y la caída del precio del crudo. Alegando la escasez de divisas el gobierno ha restringido desde 2012 la importación de papel prensa y ha centralizado su distribución. En un marco donde varios periódicos han debido cerrar o reducir sus ediciones, aparecen denuncias de una discrecional asignación de cuotas del insumo en función de las líneas informativas.

Más recientemente han prosperado denuncias en la justicia civil y penal contra editores de algunas de las principales instituciones periodísticas opositoras, como Miguel Henrique Otero y Teodoro Petkoff, editor de *Tal Cual* (6). En suma, parece verificarse que la agudización de la crisis y la polarización hacen prevalecer los impulsos retaliatorios en el uso de la intervención estatal por sobre la democratización de la esfera mediática ■

1. En el contexto posterior a la crisis petrolera de 1973 y de la confluencia con el Movimiento de No Alineados se produjo una “guerra informativa del petróleo” que acercó a Venezuela a los debates en el seno de la UNESCO en los que se discutían los flujos informativos, la hegemonía comunicacional del Norte desarrollado y el imperialismo cultural estadounidense. En ese marco, el primer gobierno de Carlos Andrés Pérez alentó el Proyecto de Radio y Televisión de Venezuela (RATELVE) que proponía reformar la radiodifusión como servicio público.

2. Como recordara Andrés Izarra, la orden del propietario de RCTV, donde trabajaba, fue “cero chavismo en la pantalla”.

3. En 2009 una modificación amplió su aplicación a los contenidos de Internet.

4. RCTV reanudó luego operaciones como canal de televisión por suscripción bajo el nombre RCTV Internacional. En 2010, la autoridad regulatoria suspendió sus operaciones por no cumplir con la Ley Resorte. Desde 2013, RCTV opera y ofrece sus contenidos a través de una plataforma en internet.

5. Venezuela abandonó el Sistema Interamericano de Derechos Humanos en 2013. Pese a ello, el fallo permanecía vinculante al juzgarse un acto anterior a la denuncia del pacto. No obstante, el gobierno, amparado en un fallo del Tribunal Supremo de Justicia de Venezuela, decidió desconocerlo.

6. En abril de 2015, Diosdado Cabello, presidente de la Asamblea, demandó a estos y otros directivos de medios por difamación al reproducir sus publicaciones informaciones del diario español ABC sobre supuestos vínculos de Cabello con el narcotráfico. Dicha demanda prospera judicialmente con consecuencias como la prohibición de salir del país a los denunciados y onerosas multas a los medios de prensa.

“Doctor en Filosofía (UBA), investigador del CONICET y profesor de la Universidad Torcuato Di Tella. Versión actualizada del artículo “Politización del campo mediático y democracia en la Revolución Bolivariana de Hugo Chávez”, *Iberoamericana*, Vol. XII, N° 47, Madrid-Fránfort, 2012.

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur

Representación del progreso industrial

El cinetismo

por Jacques Michel*

Venezuela es la cuna de un contingente de artistas cinéticos de gran éxito internacional. A mediados de los 60, ese arte popular, basado en la participación del espectador en juegos de sentidos, calzaba como anillo al dedo de una sociedad de desarrollo y consumo.

Los países de América del Sur, y Venezuela más que ningún otro, aportaron un gran número de artistas a la llamada escuela del “arte cinético”. Este arte del movimiento, real o simulado, cuyo lenguaje es una simbólica de la modernidad tecnológica, tiene sus raíces en la tradición del arte futurista que, a principios del siglo XX, celebraba el advenimiento del mundo industrial y su velocidad mecánica. ¿Cabe entonces sorprenderse de que en los países que han emprendido un proceso de modernización los artistas se pongan a soñar con el mundo tecnológico?

Venezuela es la cuna de un verdadero contingente de artistas cinéticos; dos de ellos, ambos nacidos en 1923, íntimamente vinculados con la Escuela de París: Jesús Soto [fallecido en 2005] y Carlos Cruz Diez. El segundo siguió las huellas del primero en su exilio a las márgenes del Sena. Fue en París donde Soto y Cruz Diez ganaron su lugar y adquirieron una envergadura internacional gracias a la galería Denise René que, contra viento y marea, los apoyó hasta que alcanzaron el éxito.

Si bien a principios de los años sesenta había artistas en Venezuela, el país aún no contaba con un ambiente artístico, galerías de arte, mercado ni coleccionistas. Todo eso llegó en simultáneo con el enriquecimiento petrolero. A comienzos de los años setenta, la enriquecida Venezuela convocó a sus artistas. Algunos vivían en París, como Soto y Cruz Diez –a quienes hay que agregar una tercera figura, Alejandro Otero [1921-1990]–, otros trabajaban en Nueva York, como Marisol Escobar [1930-2016] –una artista relacionada con el pop art norteamericano–.

Se sabe que nadie es profeta en su tierra. Venezuela, sin tradición en el arte contemporáneo, no tenía criterio para juzgar a sus propios artistas. El interés vino de afuera. A mediados de la década de 1960, el cinetismo parisino –al que respondían el op art (*optical art*) neoyorquino y londinense– estaba a la vanguardia de las vanguardias. Este arte calzaba

El ambiente artístico llegó con el enriquecimiento petrolero.

como anillo al dedo a una sociedad de progreso tecnológico, desarrollo, consumo y comunicación de masas. Se trataba de un arte que buscaba llegar a la mayor cantidad de gente posible, un arte al alcance de (casi) todos.

Movimiento pendular

¿Qué es una obra cinética? Un juego retiniano, una estrategia de ilusión óptica. Un juego erudito del artista, de fácil acceso para el espectador dispuesto a jugar con sencillez. El “penetrable” de Soto, que puede admirarse en su museo de Ciudad Bolívar, no es una obra para mirar. Como su nombre indica, uno entra en él. Es una especie de lluvia tropical de varillas metálicas que tintinean al pasar, que se abren y cierran a medida que uno avanza. Una escultura que acaricia. El público venezolano no puede sentirse indiferente.

Tampoco ante una columna “cromointerferente” de Cruz Diez. El espectador puede manipular los componentes de esta escultura móvil a voluntad para hacer intervenir la magia de los colores, que cambian, interfieren, se funden, desaparecen y reaparecen listos para un nuevo comienzo. Lo mismo sucede con sus “cromosaturaciones”. Con ellas, el espectador se convierte en un actor que se sumerge físicamente en un espacio de luz, saturado de colores.

Todo el arte de Soto y Cruz Diez se apoya en el efecto que produce la mezcla de colores (los impresionistas ya practicaban esa mezcla, pero en las propias pinturas; los cinetistas, por su parte, realizan esa mezcla en la retina del espectador, por medio de la yuxtaposición de colores, sus complementarios u opuestos) introduciendo la ficción del movimiento y la inestabilidad de las imágenes. Su carácter popular, propicio a la participación, fue lo que le otorgó al arte cinético su lugar natural en la arquitectura moderna de Caracas.

En la capital de Venezuela abundan las obras de arte (frente a un banco, un edificio público, un aeropuerto, en la propia plaza o bien a lo largo del río Guaire). En Caracas, el recurso al arte cinético fue la manera de singularizar una arquitectura que el estilo industrial tendió fatalmente a uniformizar. Sin obras de arte, esta capital tendría un porte desesperadamente pragmático.

Las sociedades que se enriquecen producen y consumen arte. Caracas cuenta ya con varias galerías de arte que exponen obras contemporáneas, coleccionistas y un Museo Nacional de Bellas Artes. Hay incluso un Museo de Arte Contemporáneo que un promotor inmobiliario privado construyó como servicio público en el Parque Central, en el corazón de la capital.

En la actualidad [1977], hay más artistas que “viven” en Caracas, los movimientos nacen, se contradicen y se oponen. Los cinetistas son testigos del ascenso de un grupo de artistas expresionistas que militan por un cambio en los códigos artísticos de Venezuela. Estos artistas defienden “valores nacionales” y humanistas con su parte de intimismo, fetichismo y narcicismo, contra los “valores universales” y modernistas del arte cinético. Este movimiento pendular es símbolo de una sociedad que, después de haber exaltado sus beneficios, comienza a interrogarse sobre el sentido del enriquecimiento. El relevo está asegurado. ■

*Periodista.

Traducción: Georgina Fraser



Patria o muerte

por Alberto Barrera Tyszka*

En su último libro, *Patria o muerte*, Premio Tusquets Editores de Novela 2015, del que se reproduce aquí un fragmento, el escritor, guionista y periodista Alberto Barrera Tyszka refleja con crudeza la convulsión vivida por los venezolanos durante la enfermedad de Hugo Chávez.

—Chávez no se va a morir. Todo es un engaño mediático. Ya lo verás.

Así se había expresado su hermano Antonio. De manera tajante. Habían ido juntos a caminar al parque del Este y habían terminado discutiendo y peleando. Sanabria estaba acostado en la cama, junto a su mujer. Empuñaba el control remoto y saltaba sobre los canales, buscando alguna noticia, alguna novedad. Habían pasado ya varios días desde la operación y seguía sin saberse nada. El silencio comenzaba a ser una forma de violencia. Por más de diez años, Chávez había refundado el Estado y el país como un sistema que solo funcionaba girando a su alrededor, pronunciando su nombre. La posibilidad de que ese centro fallara, desapareciera de pronto, se evaporara o se esfumara, secuestrado por la noche, por ese desorden rutinario de la naturaleza que es la noche, producía en todos un desconcierto absoluto. Los ánimos estaban cada vez más crispados.

—¿Vladimir te ha dicho algo? —preguntó su hermano cuando comenzaron a caminar. Antonio quería saber si su hijo le había comentado algo sobre la enfermedad de Chávez.

—Como ustedes dos son tan unidos —masculó con leve reproche—. Y como tú eres oncólogo —añadió en el mismo tono.

Miguel dijo que no. Antonio apuró el paso.

—Yo creo que Chávez está como una pepa. Que ya se curó.

—Hay cosas que no tienen cura, Antonio.

—Eso es lo que quiere la oposición. Que se muera. Pero Chávez nuevamente los va a dejar con las ganas.

Miguel obvió el comentario y trató de con-

centrarse en el cielo azul que comenzaba a desteñirse en los bordes de la montaña.

—Como no pudieron ganarle ninguna elección —su hermano insistía—, trataron de asesinarlo.

Esa teoría había sido propuesta por el mismo Presidente. Hacía más de un año, el 29 de diciembre del 2011, en un acto de saludo a las fuerzas militares, Chávez jugó con la posibilidad de que el cáncer que padecía hubiera sido inducido. Le parecía sospechoso que cinco mandatarios del continente tuvieran la misma enfermedad. Especuló que tal vez Estados Unidos había desarrollado una tecnología secreta que permitía inocular el mal de manera directa y personalizada.

—Clínicamente es imposible —musitó Sanabria. —No seas ingenuo. ¡Los gringos son capaces de eso y de mucho más!

Miguel se detuvo. Los dos hermanos se miraron. No estaban jadeando.

—¿En verdad quieres que hoy hablemos de todo esto?

Quedaron en silencio unos segundos. Luego, retomaron la marcha. El azul del cielo ya le daba paso a las rayas naranja que anunciaban el final de la tarde. Antonio mantuvo la mirada hacia delante y siguió masticando algunas frases. Unos minutos después, ya los dos hermanos estaban enganchados nuevamente en una discusión.

—Tú puedes decir lo que quieras, Antonio, pero hay vainas inaceptables. Ahí está lo de la comida podrida, ¿qué pasó con eso?

Se refería a más de ciento veinte mil toneladas de alimentos, importados por el gobierno, que jamás fueron distribuidos y que se vencieron en depósitos o bodegas del Estado. —No hay responsables, no pasa nada. Y eso

fue un guiso, pura corrupción. Ahí más de uno se hizo rico.

—Antes pasaba lo mismo —gruñó Antonio.

—¡Ya dejen ese chantaje! ¿Qué importa qué pasaba antes? ¿O quieres decirme que ustedes son una mierda igualita a todos los gobiernos anteriores?

Antonio había ido sintiendo cómo, con el paso del tiempo, el tono moderado de su hermano se había ido deshilachando, dando paso a un ánimo personal más desordenado, rabioso. Últimamente, lo encontraba más irritable, menos tolerante. Esa actitud provocaba en él una resistencia inmediata. Su hermano tenía razón. Había cosas injustificables. Pero era necesario defender al gobierno.

—No somos la misma mierda. Esto es distinto. Esto es un proceso que está a favor del pueblo. Son los empresarios que corrompen a los funcionarios. Todo eso es una herencia del capitalismo.

—¡Por favor! —Miguel volvió a molestarse—. ¡Estamos hablando en serio! ¡No me salgas con esas pendejadas!

—Esto es un proceso largo, Miguel. No es fácil hacer cambios en este país.

—¿Sabes cuánto dinero ha entrado en estos años por concepto de petróleo?

Antonio se detuvo. Lo miró desafiante.

—¡Más de un millón de millones de dólares! —Miguel siguió hablando, dio unos pasos, girando alrededor de su hermano—: ¿Dónde están, coño? Mira los hospitales públicos. Mira las escuelas. Mira las carreteras. Ve cómo está la economía... ¡Dime! ¿Dónde está ese dinero?

Hubo un silencio espeso. Miguel se dio cuenta de que se había dejado llevar, →

“El Sistema”

En 1975, el economista, músico y pedagogo José Antonio Abreu fundó un programa de enseñanza gratuita de música clásica para niños —principalmente pobres—, que hoy integra a más de 300.000 niños de toda Venezuela. Se enseña a los chicos a tocar un instrumento pero también a fabricarlo y restaurarlo. De sus filas surgieron Gustavo Dudamel y Diego Matheuz.



Culto. La figura de Chávez es venerada por sus seguidores.

→ estaba alterado. Él, que jamás perdía el control, se encontraba de pronto haciendo una escena en una esquina de un parque. Antonio lo miró severamente, se acercó, lo encaró.

—Ese dinero está en un lugar que tú no ves. En una gente que para ustedes jamás ha existido. En los cerros, en los campos. La plata se ha gastado en la gente, en los pobres.

—¡No me jodas, Antonio! —Miguel sintió de nuevo la temperatura escalando hasta sus oídos—. ¡Tú sabes que eso no es verdad! ¡Son unos descarados! ¡Han hecho de los pobres su negocio!

Antonio retomó el paso a ritmo de caminata forzada. —¡Ahora me vas a decir que antes no robaban! —refunfuñó, irónico, molesto.

Miguel lo retuvo por el brazo.

—¡Antes el país no funcionaba! Y siempre lo criticamos. La diferencia es que tú, ahora, eres incapaz de criticar lo que ocurre. Perdiste cualquier capacidad de discernir, Antonio.

Se miraron por unos instantes, como dudando, como decidiendo si valía la pena seguir con el desafío. La respiración de los dos parecía no poder continuar a la velocidad y con el calor del debate. Suspiraron hondamente. Ambos miraron hacia árboles diferentes.

—Compréndelo, Miguel —dijo, ya más calmado, tras una pausa—. Lo que hay aquí es una guerra. Los gringos y la oligarquía se niegan a perder sus privilegios y están todo el día, por todos los medios, tratando de acabar con la revolución. Eso es lo que pasa.

—Yo lo veo de otra forma, Antonio. Todo esto solo es otra oportunidad perdida. Es más de lo mismo. Con otras mafias, con otros grupos, con otros narcos, pero es más de lo mismo. Mira a los militares. Mira a la cúpula que nos gobierna. ¿Qué conclusión puedes sacar?

Antonio volvió a sentirse pésimo. No soportaba que, cada vez que podía, su hermano tocara ese punto. Sintió que el parque era un secuestro. Quiso irse.

—Volvimos al pasado —dijo Miguel—. Volvimos a los caudillos. A los cuarteles. Esa es nuestra historia. La mejor inversión económica que se puede hacer en Venezuela es dar un golpe de Estado. Esa es la conclusión. Ahora todos ellos son millonarios, tienen el poder, hacen lo que quieren.

Antonio meneó la cabeza negativamente, propuso una mueca de impotencia, como indicando que no había manera de discutir, que no tenía sentido seguir hablando.

—Yo no quiero hablar más de esto contigo, Miguel. Entiéndelo. Es imposible. Tú y yo no vivimos en el mismo país —rezongó.

Dio dos o tres pasos, estirando las piernas, como evitando un calambre. Luego volvió a mirarlo, con tristeza, y añadió:

—La verdad, jamás pensé que tú fueras tan escuálido.

La historia de las palabras no registra aún el momento en que comenzó a usarse el término *escuálido* para designar a cualquier venezolano que se opusiera al presidente Chávez y a su proyecto. No hay dudas,

sin embargo, que fue el propio líder quien, en una de sus largas tandas de faena verbal, creó la asociación y puso a danzar el término en el mapa. Desde que ganó la presidencia, Chávez se dedicó a atacar cualquier tipo de disidencia. Un adversario era un enemigo. Podía despreciarlo con rudeza pero también con sorna e ironía. Convirtió la descalificación política en un acto humorístico. Cuando dijo escuálidos, el eco fue inmediato. Sus seguidores comenzaron a estrujar la palabra con despectiva pasión y, poco a poco, el vocablo se instaló en el habla del país. Había grupos radicales que se definían como antiescuálidos. Un comentario, según su cercanía o no a los planteamientos adversos al Presidente, podía ser considerado o no una escualidez. Y del lado de la disidencia comenzó a haber también un orgullo escuálido. Beatriz se ufanaba de ser una superescuálida. Y además lo pregonaba en voz alta y sin ningún miramiento. A su nieto, cuando se comunicaban a través de la computadora, trataba de enseñarle a repetir consignas contra el gobierno, cosa que a Sanabria le parecía ya el colmo de la escualitud. Chávez continuó solazándose, usando el término, con cinismo. Paradójicamente, en abril del 2010, en un mensaje a la nación a través de una cadena de todos los medios de comunicación, afirmó que “ser escuálido es una enfermedad”. Y habló entonces del escualidismo. “El que se meta a escuálido va por el camino de la perdición.” Aseguró que se trataba de una enfermedad grave. Para la que quizás no había ninguna cura.

Esa noche, tendido en la cama junto a su esposa, buscando alguna noticia en la televisión, Sanabria lamentaba la pelea con su hermano, se reprochaba nuevamente haber caído en una diatriba inútil.

—Con Antonio es imposible discutir nada —dijo Beatriz—. Son unos fanáticos.

Sanabria admitió que tenía razón pero que la frase también podía funcionar al revés. Que en ese mismo instante, Antonio podría estar pensando lo mismo de ellos dos. Al final, todo parecía un problema de fe. Chávez había aprovechado la enfermedad para terminar de convertir la política en una religión. Ya había demostrado que ganar elecciones era lo que mejor sabía hacer, pero durante todo ese tiempo estuvo dedicado a otra campaña. Quería ganar un lugar en el cielo. Hizo de la enfermedad un nuevo desafío. Una oportunidad para convertirse en un mito.

El 13 de enero del 2012, al presentar ante la Asamblea Nacional la Memoria y Cuenta del Ejecutivo del año anterior, el mandatario habló de manera ininterrumpida durante nueve horas y veintiocho minutos. Fue una manera de retar a todos los que ponían en duda su salud, a cualquiera que pensara que no estaba en condiciones de aspirar y de seguir por mucho tiempo al frente del gobierno. ¿Cómo era posible que un hombre enfermo o moribundo hablara durante tanto tiempo sin parar? ¿Cómo era posible que alguien débil, frágil, desfalleciente, minado y sin futuro, pudiera estrujar el abecedario durante tanto y tanto tiempo? Su lengua suelta fue la verdadera no-

ticia. Su lengua resuelta, imbatible, dominando todo su cuerpo, dominando incluso las fragilidades más grandes de su cuerpo, las secuelas de tantas jornadas de quimioterapia, las ganas de mear, el dolor en las rodillas. Su lengua controlándolo todo, invadiendo mapas, sometiendo enemigos. Su lengua: su gobierno.

El país fue nuevamente el reino de la oralidad. La antigua leyenda de El Dorado, nacida en la fragua de la conquista española, inauguró una tradición esencial: la historia nace del relato. La fantasía es nuestra estadística. La fabulación tiene más poder que los hechos.

La enfermedad había hecho más fuerte a Chávez. Podía romper sus propios récords de largas jornadas de gimnasia discursiva y monologar durante casi diez horas ante todos los medios de comunicación del país. La multiplicación mediática era una señal. Su verbo repitiéndose era un síntoma de vida. El exceso de palabras parecía una señal de salud y era, también, de alguna manera, un diagnóstico del país: un territorio donde reinaba un único relato. Chávez había tenido éxito al proponerles una nueva narrativa a los venezolanos. Pero, al llegar al poder, comenzó a consolidar esa narrativa como un nuevo consenso nacional, con un proyecto hegemónico alrededor de su persona, de su voz, de sus gustos y de sus mañas, de sus preferencias y de sus caprichos.

Sanabria había pasado todo el año observando este proceso con detenimiento. Sabía que mentía. ¿Mentía? A veces, mirándolo actuar en televisión, dudaba. Chávez parecía tan seguro, tan convencido, tan honesto, tan vitalmente honesto. Pero, por otro lado, Sanabria mismo había visto los exámenes, conocía el tratamiento que le estaban aplicando. Le resultaba imposible creer que Chávez no supiera exactamente el estado y la gravedad de su enfermedad. ¿Y si lo engañaban? ¿Y si le mentían a él? En cualquier caso, de cara a los ciudadanos comunes, la falta de transparencia era absoluta. La mayoría sabía poco y lo poco que se sabía era vago, superficial. Ese manto de ambigüedad y silencio seguía alimentando y desarrollando una gran industria del rumor. Durante todo el 2012, también en el país se multiplicaron los oncólogos, profesionales o aficionados. Todo el mundo tenía un tío o un primo, o un amigo de un tío o de un primo, que a su vez tenía también un cuñado que, según decía, sabía del tema, tenía datos secretos, fuentes fidedignas. Ante la reserva o el disimulo gubernamental, un conocido periodista terminó transformándose en la voz con informaciones más certeras y precisas sobre la salud del Presidente. A través de sus columnas de prensa o de sus cuentas en las redes sociales, ofrecía datos concretos y realizaba anuncios que, luego, la realidad terminaba confirmando. Las fuentes oficiales solo eran un eco, todos repetían la escasa información que ofrecía Chávez, sin añadir nada más. Vladimir le había dicho, en secreto, que los especialistas de una clínica de Brasil habían realizado un análisis del caso y habían afirmado que el tratamiento que le estaban aplicando a Chávez en Cuba tenía treinta años de atraso.

—Treinta años, imagínate —dijo.

—Él lo eligió —dijo Sanabria—. Él eligió ser un enfermo sin doctores.

En algún momento, se había manejado la posibilidad de tratarse en el Hospital Sirio-Libanés de São Paulo, pero la institución se había negado a aceptar las exigencias de seguridad, entre las que destacaba una reserva absoluta, el compromiso de silencio que debían guardar los médicos sobre el proceso clínico del Presidente. ¿Por qué hizo eso?, se preguntaba Sanabria. ¿Por qué decidió que el secreto era más importante que su salud?

Chávez ganó las elecciones y se consolidó como Me-sías. Realmente, no estaba aspirando a la presidencia. Quería ganar otra cosa. ¿Hasta qué punto había transitado conscientemente por ese camino? ¿Todo respondía, en realidad, a un plan preciso, perfectamente diseñado? A Sanabria le costaba aceptarlo. El cuerpo no responde mecánicamente a ese tipo de proyectos. La otra cara de la enfermedad es el milagro. Chávez no parecía ser un hombre dispuesto a resignarse fácilmente. Menos aún, dispuesto a renunciar a sí mismo, a su éxito, a su fama. Pero estaba cerrando el año en silencio, mudo, encerrado en un hospital de La Habana, nuevamente.

—¿Es normal que lleve tanto tiempo en cuidados intensivos?

—Sí. Ya dijeron que se había complicado.

—Pero de todos modos es extraño, ¿no? A él que le gusta hablar y hablar. Ahora no dice nada.

—No puede decir nada.

Sanabria ya había decidido que, apenas su mujer se fuera a Panamá, él abriría la caja de tabacos que había traído Vladimir. Ya no aguantaba más. Quería encender el teléfono y observar las imágenes del Presidente. No tenía sentido no verlas. Tampoco se había comprometido con su sobrino. No tenían un pacto. Sanabria cada vez presentía con más claridad que el video había sido tomado justo antes de la operación. Quizás en esa caja estaban las últimas palabras de Hugo Chávez. —Tú sabes algo, Miguel —murmuró Beatriz, dándose media vuelta bajo las sábanas.

Sanabria apagó la televisión y giró también sobre su costado. Se miraron. Su esposa viajaba al día siguiente a Panamá. Iba a acompañar a Elisa, quien ya estaba en el séptimo mes de su nuevo embarazo.

—Tú tienes que saber algo —insistió Beatriz, sonrió. Le acarició suavemente la mejilla.

Sanabria solo sonrió. Le dio un beso.

—Duérmete ya. Mañana tu vuelo sale muy temprano.

Beatriz asintió y se arropó con la colcha.

—Solo dime que se va a morir muy pronto —susurró. ■

León de Oro

En 2015, la película “Desde allá”, ópera prima del director venezolano Lorenzo Vigas se convirtió en el primer filme latinoamericano en conquistar el premio mayor en la 72 edición del Festival de Cine de Venecia. Centrada en la historia de una relación homosexual entre personajes de distintas clases, la cinta “intenta mostrar a Caracas en toda su complejidad”, señaló el director.

3.791 millones

Según la OMC, en 2013, Venezuela fue el tercer importador mundial de servicios personales, culturales y recreativos.

*Escritor, guionista y periodista venezolano. Autor, junto con Cristina Marciano, de *Hugo Chávez sin uniforme. Una historia personal* (Debate, 2005). Extractos de su última novela, *Patria o muerte*, Tusquets, Buenos Aires, 2016, galardonada con el Premio Tusquets Editores de Novela.



5

Lo que vendrá

EL COLAPSO DEL “ESTADO MÁGICO”

La muerte de Hugo Chávez y la brusca caída de los precios del petróleo dejaron a Venezuela sumida en una profunda crisis económica, política y social, de consecuencias imprevisibles, que amenaza el legado de la Revolución Bolivariana. Pero las razones de esta crisis exceden el proceso liderado por Chávez en la dos últimas décadas y deben buscarse en la catastrófica vigencia del capitalismo rentístico venezolano, que impide el desarrollo endógeno del país y ata sus ciclos económicos a los vaivenes de las cotizaciones internacionales del crudo.

CATASTRÓFICA VIGENCIA DEL RENTISMO

La urgencia de otro rumbo

por Tomás Straka*

Coexisten en Venezuela mundos distintos, paradójicos; una contraposición de realidades, de altibajos vertiginosos, que requieren trascender la coyuntura para ser comprendidos en toda su complejidad. El colapso económico que hoy sufren los venezolanos, y que parece estar borrando de un plumazo todos los logros sociales de la Revolución Bolivariana, es fruto de un proceso de al menos tres décadas, que antecede al chavismo, y que persistirá en caso de que la dependencia de la renta petrolera no sea superada, amenazando con arrastrar al país de crisis en crisis.

El 8 de junio de 2015, el entonces vicepresidente de Venezuela, Jorge Arreaza, recibió del director general de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) un reconocimiento por los avances de su gobierno en la lucha contra el hambre. Aunque la oposición calificó al hecho de escandaloso, la FAO sostuvo que el número de venezolanos que padecen hambre había bajado de 13,5% en 1990 a alrededor de un 5%. Sin embargo, poco menos de un año después el panorama de Venezuela parece completamente distinto. Anaqueles vacíos, largas filas para adquirir productos de primera necesidad y enfermos que mueren por no hallar sus medicinas ya hacen hablar a muchos de una crisis humanitaria.

¿Será que todo, o al menos la mayor parte de lo presentado en el informe de la FAO era mentira, como denunció la oposición? ¿O será que ocurrió algún tipo de cataclismo bíblico que destruyó al país en diez meses? Esta contraposición de realidades, que no siempre se debe a los anteojos ideológicos de quienes las miran; estos altibajos vertiginosos, de la opulencia a la inopia; esa coexistencia de mundos distintos y paradójicos, son característicos de la realidad venezolana. Es necesario entonces encontrar algunas pistas para entender esta complejidad. La crisis es indudable, tanto como la urgencia de que el país encuentre otro rumbo, pero es importante verla en un contexto que trascienda las tribulaciones de la administración de Nicolás Maduro. Se trata de un proceso de al menos tres décadas, que arropó (y acaso arrastró) al chavismo y que si no es comprendido y enfrentado en esa magnitud, podrá arrastrar todo lo que venga después.

Alrededor de un derrumbe

Ni la FAO ni la oposición estaban completamente equivocadas. Esto es lo primero que hay que subrayar: en Venezuela pocas cosas son lo que parecen ser a primera vista. Por una parte, datos aportados por el Estado y por organizaciones independientes como la Universidad Católica Andrés Bello confirman que, efectivamente, la pobreza en Venezuela disminuyó de forma importante entre 1998 y 2008, de un 42,45% en 1997 al 37,61% en 2007 en el caso de la pobreza relativa, y del 13,87% al 10,56% en el de la pobreza extrema. Ésto, según un estudio del sociólogo Luis Pedro España, significa que el consumo creció a un ritmo del 5% anual entre 1999 y 2003, y a partir de entonces a un increíble 13% anual hasta 2008. Con un agregado: el aumento fue mayor entre los más pobres, que llegaron a duplicarlo (1). Si no hubiera muchas otras explicaciones para los triunfos electorales de Hugo Chávez, esta sola bastaría.

Pero al mismo tiempo, según un informe presentado a la ONU en el mismo 2015 por el Observatorio Venezolano de la Salud, la Fundación Bengoa y el Centro de Investigaciones Agroalimentarias, se anunciaba el riesgo de la crisis alimentaria que en efecto empezó a perfilarse en los siguientes meses y que al día de hoy afecta a la mayor parte de los venezolanos. La caída en picada de la producción de alimentos (por poner un caso: el arroz,

© Carlos García Rawlins / Reuters / Latinstock



Escasez. La ausencia de alimentos y otros productos básicos, fruto de la especulación y el colapso económico, deriva en largas colas y tumultos, particularmente en los mercales, que venden productos de primera necesidad a precios subsidiados.

que pasó de 900.000 toneladas en 1999 a unas 300.000 en 2014), la dependencia de la importación (del 40% de los alimentos en 1999 a más del 70% en 2014), en momentos en los que caía el precio del petróleo, auguraban un problema de grandes proporciones. El tiempo les dio la razón. Para finales de año los anaqueles estaban vacíos y la práctica destrucción de la moneda, que en su cambio de mercado libre pasó en un año de 180 bolívars por dólar a 980, desató la peor inflación del mundo (180% según el Banco Central y 270% según estimaciones independientes) y la pulverización abrupta de los salarios de casi todos los venezolanos. Para inicios de 2016 el valor de la canasta básica era de 121.975,47 bolívars mientras que el sueldo mínimo era de 24.853,80 bolívars, si se incluyen los tickets de alimentación. Y eso sin considerar que ante la escasez (de un 80% en algunos productos) suele ser necesario acudir al mercado negro (a los “bachaqueros”) donde todo es muchísimo más costoso.

Con la necesidad de cinco salarios mínimos para cubrir la canasta, no es de extrañar que según la Encuesta de Condiciones de Vida (ENCOVI) de 2015, elaborada por las universidades Central de Venezuela, Simón Bolívar y Católica Andrés Bello, el 12,1% de los venezolanos coma sólo dos veces al día, cifra que sube al 39,1% entre los más pobres (y el 4,8% lo hace sólo una vez al día). Además, lo que come es de muy mala calidad: básicamente arepas, pasta, arroz, es decir, carbohidratos y grasas. No en vano somos el tercer país latinoamericano con mayor número de obesos (y el décimo del mundo), con un 31% de la po-

blación en obesidad. Según ENCOVI, consumir carne, vegetales y frutas es un signo de estar por encima del umbral de la pobreza. Y por encima de ese umbral sólo está el 27% de los hogares venezolanos (el otro 73% está formado por un 49,9% de hogares en pobreza relativa y un 23,1% de pobreza extrema) (2).

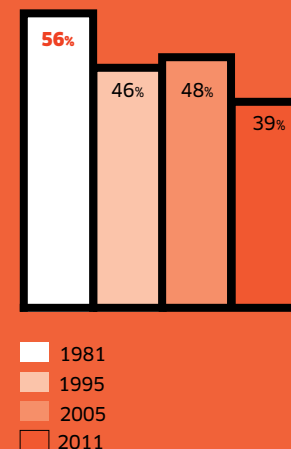
El paisaje de las ciudades con largas filas, en las que las personas se han peleado a cuchilladas por sus puestos; donde, según el actual vicepresidente de la República, Aristóbulo Istúriz, hubo veintiún saqueos de comida sólo en la Semana Santa de 2016, se asemeja bastante al de un colapso. Parece que de un plumazo se revirtió todo lo que en apariencia se había avanzado con Chávez. La pregunta es, entonces, cómo se ha llegado a este punto. Aunque es imposible eludir el hecho de que las decisiones económicas de Chávez tienen mucho que ver con el colapso, bien por su naturaleza o por su ejecución, es bueno mirar más allá y entender que lo que está en crisis no es sólo el modelo chavista, sino algo más amplio en lo que los venezolanos hemos estado inmersos desde la década de 1930.

¿“Excepcionalismo” o “ilusión”?

Parafraseando a Eric Hobsbawm, podríamos hablar de un “siglo XX corto venezolano”, que arrancaría en 1920 y terminaría en 1989. Fueron casi setenta años en los que el país experimentó uno de los cambios más grandes de la historia mundial, alcanzando muchos de los sueños pergeñados desde su fundación como república independiente en el siglo anterior. Entre 1936 y 1977 se experimentó una tasa promedio de →

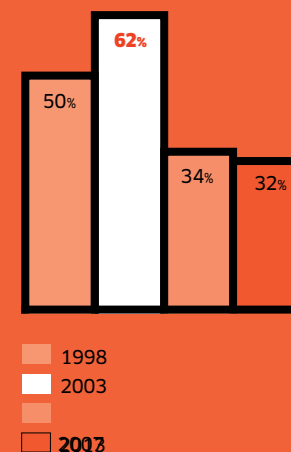
Desigualdad

(Coeficiente de Gini)



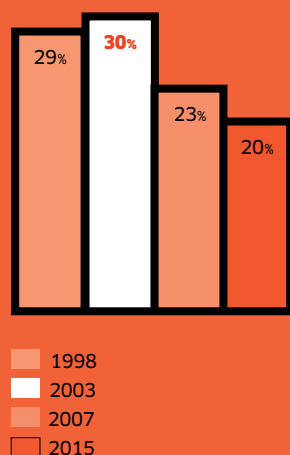
Pobreza por ingreso

(porcentaje de la población, 1998-2013)



Pobreza por NBI

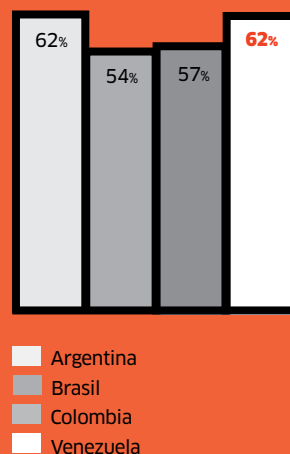
(Necesidades Básicas Insatisfechas, porcentaje de hogares, 1998-2015)



Inseguridad. La tasa de homicidios, que ya en los años 1990 colocaba a Caracas entre las ciudades más peligrosas del mundo, ha crecido sostenidamente, alcanzando niveles alarmantes y diezmando principalmente a los jóvenes.

Población con sobrepeso

(en porcentaje, mayores de 18 años, 2014 (IMC >= 25))



→ crecimiento de más del 8% (que en ciertos momentos llegó a ser del 13% interanual); la población se disparó de tres millones de personas en 1920 a quince millones en 1981; aumentó la esperanza de vida de 42 años en 1940 a 70 años en 1990 (una de las explicaciones de esta explosión poblacional); bajó el analfabetismo de casi el 70% en 1936 al 16% en 1980; de unos 5.000 kilómetros de carreteras en 1930 (sólo 1.000 pavimentados) el país pasó a tener 84.000 kilómetros en 1996; y de dos universidades y un pedagógico en 1936, se pasó a más de un centenar en 1990. Y éstos son sólo algunos indicadores macros que reflejan otros más difíciles de cuantificar, como el de haber sido un siglo de paz o el avance sostenido hacia formas cada vez más amplias de democratización.

En efecto, cuando Marcos Pérez Jiménez fue derrocado en 1958 por una rebelión de la sociedad secundada por las Fuerzas Armadas, Venezuela retomó la ruta democratizadora iniciada en 1936 que la singularizó en una región donde lo común eran las dictaduras militares. Otro tanto puede decirse de la violencia. Después de la última guerra civil en 1901-1903 y de algunos conatos de alzamientos posteriores, el mayor desafío a la paz en el siglo XX fue la guerrilla comunista que, inspirada en (y financiada por) la Revolución Cubana, actuó entre 1961 y 1969. La rendición de la mayor parte de sus efectivos en sólo ocho años es considerada un ejemplo mundial de éxito en la lucha antiguerrillera, demostrando que un sistema democrático y políticas sociales amplias son más efectivos que la sola represión. Aunque se habla, no sin razones, de la “década violenta”, ni las acciones guerrilleras (que implicaron intentonas de golpes de

Estado, los combates en el campo, una pequeña expedición armada enviada desde Cuba, los asaltos, secuestros, sabotajes y ejecuciones) ni las gubernamentales (se contabilizaron numerosas violaciones a los derechos humanos), alteraron esencialmente la vida cotidiana de los venezolanos. Por sólo señalar dos datos, el aumento de la inversión privada (un estudio de 1979 demostró que el 80% de las empresas existentes entonces habían sido creadas después de 1960), así como la continua fundación de escuelas (fueron los años de la masificación: entre 1958 y 1967 la matrícula de primaria aumentó en un 78% y la de secundaria en un 404%), hablan de un país en crecimiento y un clima de confianza.

No en vano el 90% de los venezolanos votó por partidos pro-sistema (especialmente el socialdemócrata Acción Democrática) entre 1958 y 1994. La democracia parecía estar cumpliendo con la gran aspiración del ascenso social. Pongamos un ejemplo: para 1979 el valor de la canasta básica era de 798 bolívares, y el 73% de los hogares tenían ingresos ubicados entre 799 y 5.000 bolívares mensuales. Aunque el 80% de la renta petrolera era absorbido por el 20% más rico, casi todos, a su nivel, tenían motivos para estar contentos. Son los años de la llamada Gran Venezuela, que según el presidente Carlos Andrés Pérez comenzaría el 1º de enero de 1976, fecha de la nacionalización de la industria petrolera, y que para el 2000 ya sería un país desarrollado; años en los que los precios del petróleo disparados por la crisis energética (de unos tres dólares el barril en 1973 a más de treinta en 1981) permitieron pisar a fondo el acelerador de las reformas sociales, no sin fomentar

el derroche, el clientelismo y la corrupción. El historiador Steve Ellner se refiere a estos años de paz, democracia y una clase media creciente como los años del “excepcionalismo” venezolano. Sin embargo, las cosas para finales de los setenta no estaban tan bien como parecían. Los investigadores Ramón Piñango y Moisés Naím hablan de aquel momento como una “ilusión de armonía” (3).

La crisis del capitalismo rentístico

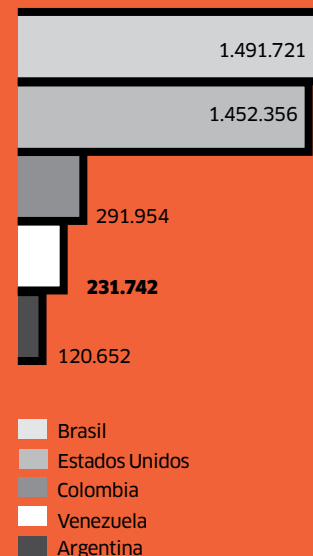
Es imposible entender los cambios experimentados durante el “siglo XX corto venezolano” sin el petróleo. De hecho, en Venezuela casi cualquier cosa es imposible de comprender en realidad sin esta variable. De allí la importancia de tomar en cuenta dos tesis que explican el modelo venezolano de desarrollo: la del “Estado mágico”, de Fernando Coronil, y la del “capitalismo rentístico”, de Asdrúbal Baptista.

El esquema esencial es el siguiente: en Venezuela, siguiendo la tradición legal española, no existe la propiedad privada en el subsuelo. Esto hace del Estado venezolano una especie de gran terrateniente, que tiene en sus manos unas enormes reservas de petróleo (de hecho, las mayores del mundo con unos 300.000 millones de barriles, aunque hay que acotar que la mayor parte de los mismos son de petróleo ácido y pesado). Ese Estado “terrateniente”, desde principios del siglo XX, le otorga a un tercero el derecho (la concesión) de explotar el recurso, a cambio de lo cual recibe, como todo propietario en una relación de este tipo, una renta, la llamada “renta petrolera”, for-

capaz de dispensar por obra de la renta hospitales, escuelas, autopistas, buenos sueldos, viviendas, que se asentó en la mente de los venezolanos.

A pesar de que este modelo generó los indicadores de bienestar ya mencionados, era muy frágil y, a partir de la década de 1980, comenzó a agotarse. La abundancia de petrodólares hizo a la industria nacional, pública y privada, poco competitiva; el salto hacia la Gran Venezuela implicó cuantiosos endeudamientos, la espiral de importaciones finalmente obligó a devaluar y la inflación apareció para quedarse por cuarenta años. Así, el llamado Viernes Negro (18 de febrero de 1983), cuando el bolívar fue devaluado frente al dólar (de 4,30 a 6,30 por dólar), representó la manifestación de lo que ya muchos economistas advertían: una crisis que con la caída de los precios del petróleo en los siguientes años se agudizó (de casi 30 dólares el barril en 1985 a 14 en 1986). Generalmente se dice que el Caracazo (27 y 28 de febrero de 1989) fue producto de las reformas neoliberales anunciadas por Carlos Andrés Pérez al inicio de su segundo gobierno. Probablemente se trate de otra simplificación, porque los efectos de las mismas no se habían empezado a sentir cuando ocurrió la ola de saqueos sangrientamente reprimida por el ejército. Pero para ese momento la población ya había experimentado un severo empobrecimiento y estaba bastante frustrada: a finales de 1988 la canasta básica estaba en 2.670 bolívares, mientras que el salario mínimo era de 1.850 bolívares, lo que llevó el porcentaje de hogares pobres a casi el 48% del total.

Cirujías estéticas
(en cantidad, 2013)



Pareciera que de un plumazo se revirtió todo lo que en apariencia se había avanzado con Hugo Chávez.

mada por las regalías y un conjunto de impuestos. Hasta 1976 las concesionarias eran empresas extranjeras, pero con la nacionalización de aquel año pasaron a una empresa en manos del Estado, Petróleos de Venezuela Sociedad Anónima (PDVSA). En 1996 se permitió el retorno de las transnacionales, a las que Chávez obligó en 2005 a asociarse con PDVSA en empresas mixtas.

Pues bien, con la renta petrolera el Estado decidió, desde la década de 1920, crear un capitalismo en Venezuela. El lema “sembrar el petróleo”, acuñado por Arturo Uslar Pietri en 1936 y asumido por todos los presidentes desde entonces hasta Chávez, consistió en transferir la renta a la sociedad a través de inversiones, obras públicas, empleos y préstamos. La idea es que con ello se formaría una economía no petrolera autónoma (lo que, por varias razones, no ha sido posible). Ésto es lo que Baptista ha llamado el “capitalismo rentístico”: una economía más o menos definida por el mercado; un empresariado privado, una clase media, ahorro e inversión que en última instancia dependen de la renta petrolera. Lo cual está muy relacionado con la idea de un “Estado mágico”,

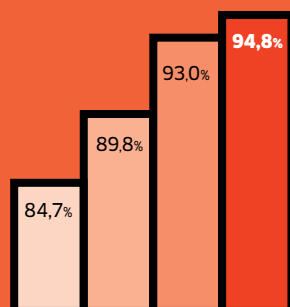
Los venezolanos votaron por Pérez esperando un retorno milagroso a los años setenta, cosa que le garantizó un triunfo con el 57% de los votos y una abstención del 8%, lo que en conjunto implica que fue mucho más votado que Chávez, que siempre enfrentó abstenciones de alrededor del 30% (4). Cuando informó que ello no sería posible, estallaron en disturbios motorizados por el ascenso del precio del transporte público que, vistos por todo el país por la televisión, tuvieron un efecto multiplicador.

El cambio postergado

Naturalmente, no todo es economía. El empobrecimiento hizo más molestos los escándalos de corrupción y la creciente deficiencia de los servicios públicos. Mientras hubo más o menos dinero para todos, las malversaciones y los peculados de algunos (que no todos) funcionarios y políticos, eran más o menos tolerados e incluso aceptados como una forma de garantizar lealtades por la vía del clientelismo. Pero en cuanto comenzó la carestía, los escándalos y la impunidad que los cubría crearon un nuevo culpable: los políticos, →

Alfabetización

(en porcentaje de personas de 15 años o más)



1981
1990
2001
2011



© Edwin Montilva / Reuters / Latinstock

Narcotráfico. El avance del narcotráfico desde Colombia, que utiliza a Venezuela como puerto de salida hacia África Occidental, Europa y Estados Unidos, provoca la emergencia de bandas mafiosas y zonas sin control.

Miss Venezuela

El 6 de enero de 2014 fue asesinada de dos disparos Mónica Spear, Miss Venezuela 2004. Sin embargo, su nombre no fue recordado en la edición del certamen ese año. La fantasía no debía ser opacada en un país fascinado por ese concurso de belleza, manejado por la Organización Cisneros.

→ que se han robado el dinero. Esa fue una de las fuentes, aunque no la única de indignación y frustración.

Si bien el expediente de los “políticos corruptos como causa de todos los males” es exagerado, lo cierto es que la democracia se fue deslegitimando a los ojos de los venezolanos cuando se mostró incapaz no sólo de mantener la promesa del ascenso social (para 1995 ya se hablaba de un 80% de hogares pobres) sino al menos de castigar la corrupción. El “Estado mágico” había perdido su magia y los partidos políticos se desprestigiaron por ello. Fue el momento que los jóvenes de varias logias militares (de derecha y de izquierda) llevaban años esperando. La trama de conspiraciones existentes entre diversos grupos políticos, militares y empresariales, que en cada caso querían llevarse los restos del sistema como su propio botín, fue su oportunidad. Aunque el golpe del 4 de febrero de 1992 fue una derrota militar, significó un triunfo político. Cuando el teniente coronel Hugo Chávez llama a la rendición de sus compañeros, pero desliza la frase “por ahora”, la sociedad vio en él a un salvador. No poco del imaginario militarista y autoritario que la democracia no había logrado borrar del todo en la mentalidad de la población afloró aquel día: “Ha llegado el hombre corajudo a poner orden”.

El punto es que la crisis del sistema político, que llevó a la destitución de Carlos Andrés Pérez en 1993, no resolvió el problema de base: el capitalismo rentístico ya no tenía para continuar su magia. Últimamente reivindicado por muchos sectores, a Pérez al menos hay que reconocerle que puso sobre la mesa el asunto de la inviabilidad del sistema y un intento de transformación, rápidamente abortado. Puede alegarse que la clase política, desacreditada, no te-

nía moral para pedir sacrificios; que subestimó el impacto de lo que llamó el “Gran Viraje”; que el neoliberalismo, como él mismo dijo durante la campaña electoral, es la “bomba-sólo-mata-gente”; pero fue el primer intento de un cambio estructural.

La Revolución Bolivariana

El voto inicial por Chávez tuvo más de deseo de no cambiar, que de cambio. Muchos empresarios quebrados por las nuevas reglas de mercado lo financiaron con la esperanza de cooptar su apoyo; así como la clase media le aportó su primer caudal de votos. Lo que no contaban es que Chávez tenía otro plan, que pronto comenzó a verse con la Ley Habilitante de 2001. Luego de que en el golpe y los paros de 2002 y 2003 logró derrotar a las elites políticas y económicas del antiguo régimen –la central sindical, el gremio empresarial, la gerencia de la industria petrolera, los medios de comunicación, los partidos y varios sectores del generalato y la Iglesia– decidió avanzar hacia la construcción de lo que llamó, siguiendo de forma bastante libre a Hans Dieterich, “socialismo del siglo XXI” o “socialismo bolivariano”. Beneficiando a los más pobres con políticas sociales y politizándolos, después de su abrumador triunfo en las elecciones de 2006 (¡60% de los votos!), hizo del socialismo la política de Estado.

Este socialismo ha sido el segundo intento serio por modificar el sistema. Chávez estaba en lo correcto en al menos dos cosas: que el sistema no daba para más y que había que buscar una forma de implementar los cambios que no fuera tan traumática para la población. En esencia, fue lo que también buscaron, y con notable éxito, otros presidentes de

izquierda con los que mantuvo estrechas alianzas, como Inácio Lula da Silva, Evo Morales y Rafael Correa. Queda por estudiar por qué Chávez escogió un camino más radical, aunque tal vez el hecho de contar con mayores recursos gracias al petróleo y menores contrapesos después de 2002 le permitió ir más lejos que los demás. En cualquier caso, el “socialismo bolivariano” puede considerarse como una versión “liberal” de los socialismos reales. Todo lo que se considera estratégico debe pasar al Estado, como se hizo con multitud de fincas, bancos, la telefónica, las cementeras, siderúrgicas y compañías eléctricas (para 2013 se calculaban unas 1.200 empresas estatizadas); pero permitiendo para ciertas actividades la iniciativa privada y las “empresas sociales”, de signo más o menos comunitario.

Rechazado el modelo en el referéndum de reforma constitucional de 2007, se fue aplicando a cuenta gota. La contracción que generó en la producción sólo fue posible de paliar con el gran *boom* petrolero de 2003 a 2008 (el barril pasó de 36 dólares a 116), que permitió, a un mismo tiempo, expandir el consumo a través de ayudas públicas y de un incremento gigantesco de las importaciones (de un promedio de 14.000 millones de dólares anuales a 50.000 millones en 2014). Por una parte, el Estado, otra vez mágico, le metía dinero en el bolsillo a la gente; y por la otra, le llenaba los anaqueles con productos a precios regulados para que gastaran ese dinero comprándolos. Son esas importaciones las que explican el premio de la FAO y son también, en gran medida, las que explican el colapso que vino inmediatamente después.

Necesario cambio estructural

Como vemos, Chávez no cambió las reglas esenciales del capitalismo rentístico. De hecho, cuando Maduro ha llamado a “acabar con el rentismo” (5), tácitamente estaba reconociendo lo poco que se avanzó en esa dirección. Nuevamente, al Estado se le acabó la magia. Treinta años de postergación ya son demasiados y el colapso económico así lo demuestra. En este panorama faltan muchas otras piezas. Tal vez lo político esté demasiado subordinado a lo económico y social; hay variables, como la delincuencia, que son indispensables. En particular esta última: la combinación de empobrecimiento, la corrupción y la pérdida de capacidad del Estado ha hecho de Venezuela uno de los países más peligrosos del mundo con 73 homicidios por cada 100.000 habitantes, en el que las megabandas ya compiten por el control de regiones enteras, en las que actúan con relativa libertad. Muchos hablan de un Estado fallido, similar a algunos países donde ha desaparecido toda forma de control institucional.

En cualquier caso, queda clara la complejidad del problema, que trasciende las simplificaciones maniqueas, así como el tamaño de aquello que los venezolanos enfrentan y deben resolver como primer punto en la agenda de cualquier cambio político que pretenda serlo de verdad. La situación no es soste-



© Stringer / Venezuela / Reuters / Latinstock

Contaminación. Los pescadores de la cuenca del Lago Maracaibo, histórico centro neurálgico de la producción petrolera, denuncian la falta de controles sobre la actividad energética.

nible (según todas las encuestas el 80% de la población evalúa muy mal a Maduro y casi un 70% votaría en contra suyo en un referéndum, sin contar los saqueos y otras protestas diarias) y todo indica que en el corto o mediano plazo habrá un cambio político, o bien porque el chavismo se reconduzca, liderando la transición, o bien porque pierda el poder, como insinúa el arrollador triunfo opositor en las elecciones parlamentarias del 6 de diciembre de 2015. Pero ese cambio deberá apuntar hacia lo estructural. De otro modo Venezuela seguirá rodando hacia una catástrofe cada vez peor. ■

1. Luis Pedro España, “El socialismo petrolero. Situación y políticas sociales bajo un fallido modelo de desarrollo”, Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS), Caracas, octubre de 2013.
2. www.rectorado.usb.ve/vida/node/58
3. Moisés Naím y Ramón Piñango (editores), *El caso Venezuela, una ilusión de armonía*, Ediciones IESA, Caracas, 1984.
4. Esto es muy llamativo, si se considera que Chávez logró incorporar a decenas de miles de personas que no estaban empadronadas y, en ocasiones, ni siquiera tenían documento de identidad, lo que constituyó una de sus políticas de inclusión más exitosas. El colapso del sistema en la década de 1990 fue el que generó en gran medida esa exclusión, que nunca se logró revertir del todo: hasta entonces, una de las banderas de la democracia había sido la de haberles dado el voto a todos, por lo que un signo inequívoco de su crisis fue la creciente exclusión de la década anterior a la llegada de Chávez al poder.
5. “Maduro: la enfermedad del rentismo petrolero se metió en los huesos de todos”, www.noticierodigital.com, 18-2-16.

*Historiador y columnista. Director de las Maestrías de Historia en la Universidad Católica Andrés Bello, Caracas. Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela. Columnista en la web Nueva Sociedad (<http://nuso.org>) y en Prodavinci.com. Su más reciente libro es *La república fragmentada. Claves para entender a Venezuela* (Editorial Alfa, Caracas, 2015).

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur

PRIMERA SERIE

TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

1 CHINA
2 BRASIL
3 INDIA
4 RUSIA
5 ÁFRICA

SEGUNDA SERIE

TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

1 ESTADOS UNIDOS
2 ALEMANIA
3 JAPÓN
4 GRAN BRETAÑA
5 FRANCIA

TERCERA SERIE

TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

1 IRÁN
2 MÉXICO
3 COREA DEL SUR
4 TURQUÍA
5 ESPAÑA

CUARTA SERIE

TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

1 CUBA
2 COLOMBIA
3 VENEZUELA
4 PERÚ
5 BOLIVIA

EXPLORADOR

Los números anteriores se consiguen en librerías o por suscripción a través de www.eldiplo.org

LE MONDE
diplomatique

PROCEDENCIA DE LOS TEXTOS

La lucha por la libertad, por Elena de la Souchère, página 7. *Le Monde diplomatique*, París, julio de 1972.

La segunda independencia, por Philippe Labreveux, página 10. *Le Monde diplomatique*, París, noviembre de 1975.

Un “grande” del Tercer Mundo, por Jean-Pierre Clerc, página 13. *Le Monde diplomatique*, París, mayo de 1977.

El bipartidismo pactado, por Gustavo Morales, página 17. *Le Monde diplomatique*, París, junio de 1988.

Últimos carnavales, por Ignacio Ramonet, página 19. *Le Monde diplomatique*, París, noviembre de 1992.

Guerra social, por Ignacio Ramonet, página 22. *Le Monde diplomatique*, París, julio de 1995.

En el umbral de un gran cambio, por Arturo Uslar Pietri, pág. 25. *Le Monde diplomatique*, París, diciembre de 1998.

El enigma de los dos Chávez, por Gabriel García Márquez, página 31. *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, agosto de 2000.

Objetivos de la Revolución, por Ignacio Ramonet, página 34. *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, octubre de 1999.

Golpe de Estado abortado en Caracas, por Maurice Lemoine, página 37. *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, mayo de 2002.

“Revolución en la Revolución”, por Renaud Lambert, página 42. *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, septiembre de 2006.

Claroscuros bolivarianos, por Ana María Sanjuan, página 45. *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, agosto de 2007.

Estado y sociedad, por Margarita López Maya, página 48. *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, octubre de 2012.

Crisis y decepción, por Pablo Stefanoni, página 51. *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, octubre de 2015.

Lucha por el “espacio atmosférico”, por Tony Phillips, página 63. *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, junio de 2010.

¿Liberación o ilusión?, por Julio Sebares, pág. 64. *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Bs. As., enero de 2008.

El despuntar del ALBA, por Emir Sader, página 68. *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, febrero de 2006.

El cinetismo, por Jacques Michel, página 75. *Le Monde diplomatique*, París, mayo de 1977.

FUENTES DE LOS GRÁFICOS

Territorio, página 8
Fuente: Indicadores del desarrollo mundial 2016, Banco Mundial

Población, página 14
Fuente: Indicadores del desarrollo mundial 2016, Banco Mundial.

PIB, página 16
Fuente: Indicadores del desarrollo mundial 2016, Banco Mundial.

Participación en América del Sur, página 20
Fuente: Indicadores del desarrollo mundial 2016, Banco Mundial.

Población urbana, página 26
Fuente: Indicadores del desarrollo mundial 2016, Banco Mundial.

Tasa de desempleo, página 32
Fuente: Indicadores del desarrollo mundial 2016, Banco Mundial.

Inflación, página 33
Fuente: Indicadores del desarrollo mundial 2016, Banco Mundial.

Precio de la nafta, página 38
Fuentes: Indicadores del desarrollo mundial 2016, Banco Mundial y www.globalpetrolprices.com

Renta del petróleo, página 40
Fuente: Indicadores del desarrollo mundial 2016, Banco Mundial.

Crecimiento del PIB, página 41
Fuente: Indicadores del desarrollo mundial 2016, Banco Mundial.

Tipos de cambio, página 46
Fuentes: Banco Central de Venezuela y www.dolartoday.com

Tasa de homicidios en Venezuela, página 47
Fuente: Global Study on Homicide 2013, UNODC, y UNODC database 2016.

Tasa de homicidios en grandes ciudades, página 47
Fuente: UNODC, 2016.

Gasto militar, página 59
Fuente: SIPRI database 2014.

Principales exportadores de crudo, página 60
Fuente: Annual Statistical Bulletin 2015, OPEP.

Principales destinos de exportación de crudo, página 61
Fuente: Annual Statistical Bulletin 2015, OPEP.

Reservas convencionales de crudo, página 62
Fuente: Annual Statistical Bulletin 2015, OPEP.

Exportaciones de petróleo de Venezuela, página 62
Fuente: Annual Statistical Bulletin 2015, OPEP.

Desigualdad, página 83
Fuente: All the Ginis database, Banco Mundial.

Pobreza por ingreso, página 83
Fuente: Indicadores del desarrollo mundial 2016, Banco Mundial.

Pobreza por NBI, página 84
Fuente: Instituto Nacional de Estadística, Venezuela.

Población con sobrepeso, página 84
Fuente: Global Health Observatory (GHO) data, OMS.

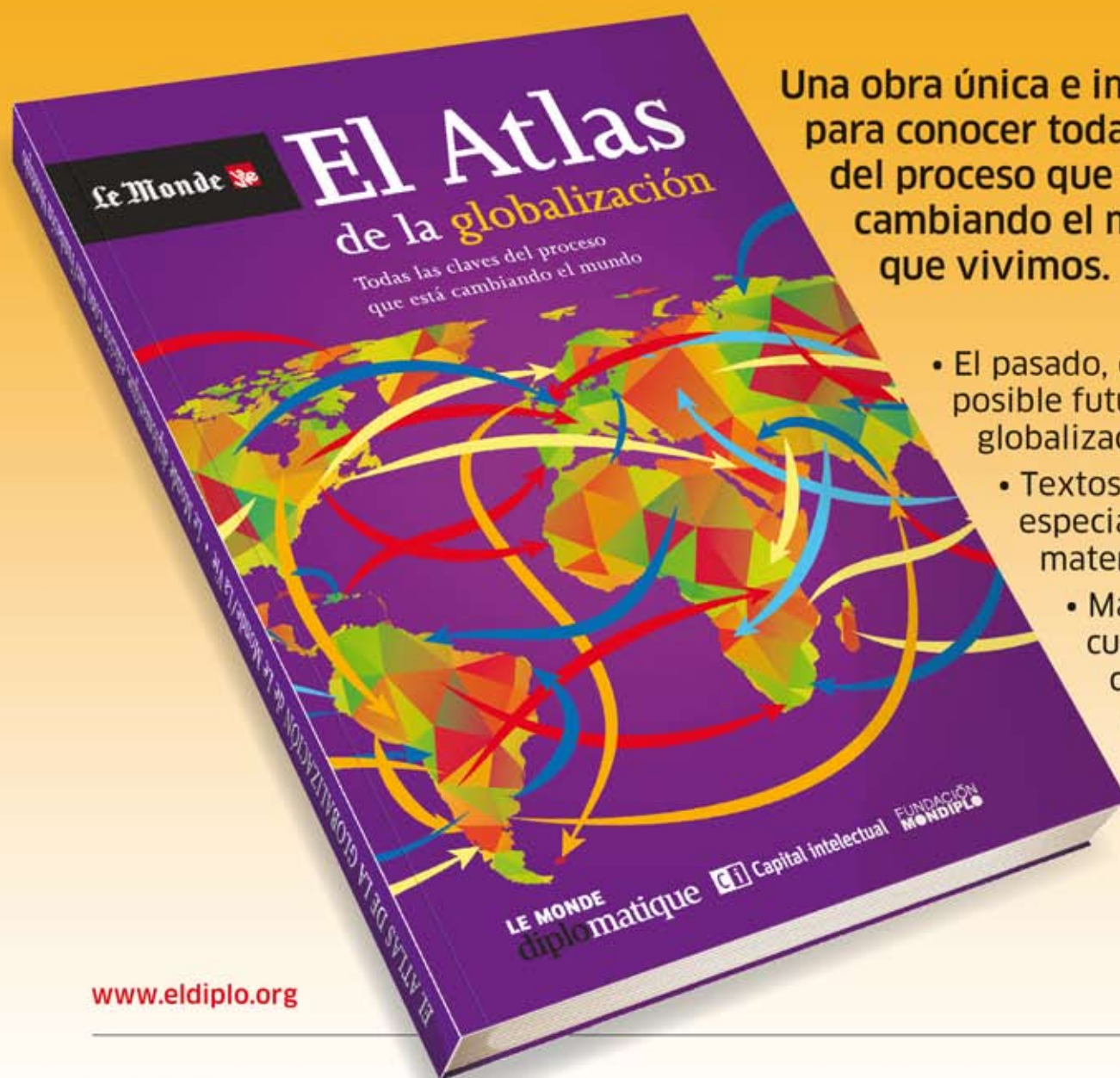
Cirujías estéticas, página 85
Fuente: International Study on Aesthetic/Cosmetic Procedures Performed in 2013.

Alfabetización, página 86
Fuente: Indicadores del desarrollo mundial 2016, Banco Mundial.

MAPA
Alianzas y redes estratégicas de la Venezuela de Chávez, por Riccardo Pravettoni, pág. 67, www.cartografareilpresente.org, 2011.

El Atlas de la globalización de Le Monde/La Vie

EN VENTA EN
LAS MEJORES
LIBRERÍAS



Una obra única e imprescindible para conocer todas las claves del proceso que está cambiando el mundo en que vivimos.

- El pasado, el presente y el posible futuro de la globalización.
- Textos de los mayores especialistas en la materia.
- Mapas, gráficos, cuadros comparativos y estadísticas.

www.eldiplo.org

LE MONDE
diplomatique

ci Capital intelectual

FUNDACIÓN
MONDIPLO

LE MONDE
diplomatie

#YO REVOCO



ISBN 978-987-614-516-9



Venezuela: Un país en pugna La lucha por la libertad **Nacionalización del petróleo**
Bipartidismo pactado **Del Caracazo al 4F** En el umbral de la V República **El enigma**
Chávez Golpe abortado en Caracas **Claroscuros bolivarianos** Crisis y decepción
"Diplomacia de los pueblos" Guerra por otros medios **El colapso del Estado mágico**

El mundo
cambia

EXPLORADOR

3